

Al principio de la eternidad

senndha

Al principio de la eternidad



Senndha

Capítulo 1

CAPÍTULOS

La isla

El navegante

El tiburón y la rémora

El capitán

En otra dimensión

Ella en la tormenta

Un hombre negro

Catábasis

Los caminos del alma

La paradoja

Adiós, Ernest, Adiós

Jonás y la Ballena

La eternidad

Homero no te oye

La isla

No sé qué edad podía tener porque si alguna vez la tuve y fue mía la perdí como se pierde el tiempo en el espacio. Recuerdo que era una mañana cálida, apenas entraba una leve brisa por las ventanas y yo estaba en la casa haciendo... las cosas que hacemos los niños, supongo. Noté el cambio en el ambiente, respiré la extraña fragancia que impregnaba la isla; oí a los vecinos abandonar sus casas, el ruido sordo de los pies descalzos pisando la arena. Caminé entre ellos, entre sus murmullos casi imperceptibles que penetraban en mis oídos como una agradable vibración.

Entre azules se acerca una barca. Lentamente navega al revés sin rumbo, contra más se aleja más se acerca. Nosotros expectantes esperamos, sin prisa, sin tiempo. Rostros: ojos que miran perdidos más allá; inspiraciones que acercan la barca, espiraciones que la alejan.

El mar no la deja marchar, la mece en su seno ¿Qué habrá en ella tanpreciado que no quiere perder? La isla intercede susurrándole a través del viento que necesitan de ella para poder vivir. Sobre las arenas de la playa el mar deposita una ilusión que le pertenece y que a él regresará. Guardaba para sí a un hombre, a una mujer y a un niño... ¡Un niño! no había palabras que expresasen mi alegría, ya que yo era la única niña de la isla. La gente se acercó en silencio a ayudarles a bajar, se cruzaron miradas, tímidas sonrisas y gestos de bienvenida y de agradecimiento. Los acompañamos hasta un pequeño almacén de viejos aparejos. La gente volvió a sus casas, yo me quedé, no repararon mucho en mi presencia. Colocaron las jarcias y cabos que se extendían enredándose por encima de trozos de mástiles y de vergas que aún sujetaban jirones de lonas que en su día fueron velas mayores hinchadas al viento. Ordenaron el viejo almacén, no tiraron nada de lo que allí había: apilaron unas cosas en el suelo y otras las colgaron de las paredes y de las vigas. Arrebullaron las redes y las colocaron de lecho; todavía brillaban en ellas escamas iluminadas por los finos rayos de luz que penetraban por las pequeñas grietas del techo.

Los vecinos fueron volviendo poco a poco con útiles de sus hogares para hacer la vida más fácil a los recién llegados. Fue un goteo incesante de gente hasta el atardecer. En cuanto todos se recogieron en sus casas la armonía del anochecer y el silencio roto por el mar hicieron su función de

prestidigitadores de almas, adormeciéndolas en los brazos de Morfeo.

Las calles vacías, las puertas de las casas abiertas de par en par; la brisa caliente acariciando las fachadas oscurecidas por la falta de luz, espectros de chiquillos pálidos como la luna corriendo y jugando por todo el pueblo. Había noches que entraban por la ventana de mi cuarto y me despertaban para que fuera a jugar con ellos. Corríamos por las calles, estiraban sus brazos transparentes y cambiaban de forma las casas. Transformaban el pueblo, unían calles alejadas y separaban otras, corría con ellos perdiéndome y redescubriendo cada madrugada un pueblo diferente. Si estaba profundamente dormida susurraban en mis sueños para que viera lo que ellos habían visto.

Me levanté antes de que se despertara el sol. Cogí un cubo y salí corriendo al aljibe de la plaza a por agua. Sobre él unas vecinas conversaban entre susurros alrededor del brocal esperando su turno. Otra tiraba de la cuerda sacando el balde lleno que vertía en un recipiente colocado en el escurridero. Sonrieron al verme llegar, la mujer volvió a dejar que se deslizara la cuerda entre sus manos hasta que se oyó un sonido hueco, entre tanto las demás desenredaban mi cabello con los dedos y cogían agua con la cuenca de sus manos para lavar mi cara, mis brazos y mis piernas.

Vertió el agua en el cubo llenándolo hasta la mitad, lo retiró y me lo dio. Ten cuidado niña no la vayas a derramar, asentí con mi carita húmeda y fría como el amanecer. Caminé descalza por las calles de arena parando de vez en cuando para cambiarme el cubo de mano. El cielo se pintaba de azul con tintes rosados, por el poniente todavía oscurecía. Cuando llegué a casa doña Gregoria ya se había levantado, era una anciana de muchísima edad que se hizo cargo de mí, siempre me dijeron que yo era hija del mar.

Has madrugado mucho, niña, no olvides que hoy tienes que ir a la charca a por sal. Noté como si me pincharan, doña Gregoria se dio cuenta, pero obedecí sin replicar, aunque tenía muchas ganas de ir a ver al niño recién llegado.

Me gustaba ir a la salina, era un lugar muy bonito, la sal adquiría muchos colores dependiendo de la luz: rosados, tierras, azules, blancos, y aunque era un trabajo duro para mí, disfrutaba. Aquel día me molestó porque yo para llenar un cubo echaba la mañana. Tenía que rascar la sal con un cuchillo y con mis pequeñas manitas llenar el cubo y llevarlo de vuelta a casa; si tenía suerte y me encontraba con alguien el cubo llegaba lleno si no tenía que empezar a vaciarlo según me iba cansando. Siempre

intentaba llevar más de lo que podía y al final llegaba medio.

Doña Gregoria vertió el agua del cubo en la destiladera para purificarla antes de beberla, estaba hecha de roca volcánica, tallada delicadamente con forma de cuenco y suspendida sobre una vasija de arena y barro donde caía el agua que se filtraba a través de sus poros. Todas las casas del pueblo tenían una. Las había muy bonitas cubiertas con muebles de celosías para proteger el agua del sol y mantenerla fresca, o simples como la nuestra, aunque no por ello carecía de encanto.

Me sentaba en el suelo frente a ella con las piernas cruzadas, los codos apoyados sobre las rodillas y la cara apoyada sobre las palmas de mis manos y así pasaba horas enteras contemplando el gotear incesante del agua; la roca negra fijada sobre la pared blanca, la frondosidad y el espesor del culantrillo: un helecho que crecía en el interior de la destiladera y que se descolgaba casi hasta tocar el suelo; era un cuadro de pinceladas verdes, blancas y negras con sabor a humedad y ese precioso tesoro fluyendo como la vida misma. Ponía mis manitas debajo, uniendo las palmas en forma de cuenco esperando que las gotas las llenaran, sentía la frescura del agua en mis labios al beberla, refrescándome la boca y la garganta.

El agua era el centro de nuestras vidas, la base de nuestra cultura debido a su escasez. La cuidábamos y la mimábamos convirtiendo su utilidad en un ritual. Solo disponíamos de una forma de conseguirla y esta era cuando llovía, lo cual no era muy a menudo, las pocas veces que ocurría nos afanábamos en recoger la mayor cantidad posible, ya fuese en la mareta que se llenaba aprovechando el agua de escorrentía de las laderas de escasa altura que la rodeaban, en aljibes como el de la plaza o poniendo vasijas, cubos e incluso telas extendidas que luego se escurrían. Todo aquello que pudiera almacenarla era útil. Salíamos a la calle con la cara levantada hacia el cielo y los brazos extendidos dejando que la lluvia nos empapara el cuerpo, dando gracias por aquella bendición bajo nubes grises que ocultaban el cielo más allá de cualquier horizonte. La isla perdía su luz, la mañana se convertía en tarde y todo se transformaba en gris plomizo húmedo.

Agarro el asa con las dos manos por delante de mí y me pierdo absorta en el sonido rítmico de mis rodillas golpeando el cubo mientras camino, llenando el silencio a mí alrededor como un tambor que marca el paso o los latidos del corazón que marcan una vida. Así aparezco sin darme cuenta ni proponérmelo frente al viejo templo del mar.

La silueta del niño caminando por la playa se recorta contra las olas que poco a poco van adquiriendo la luminosidad del amanecer, recuperan su azul con reflejos amarillos y naranjas que titilan vanamente sobre la superficie del océano intentando escapar.

Mis rodillas siguen golpeando el cubo, pero esta vez de forma lenta y suave, casi con timidez. Deslizo los pies entre la arena fría atraída por la curiosidad infantil de saber. Oye los golpecitos del cubo y se gira también con curiosidad, con los ojos muy abiertos, con la mirada profunda de los niños que miran sin necesidad de ver más de lo que ven.

Está agachado recogiendo un trozo de madera, lleva un fajo sujeto con el otro brazo contra el pecho, trozos que las olas depositan a lo largo de la playa: desechos de naufragios que el mar llora incapaz de controlar sus arrebatos de locura.

Callados estamos el uno frente al otro, separados por el cubo y la leña, corre una ligera brisa que nos retira el pelo de la cara dejándola limpia, satisfaciendo nuestra curiosidad a nuestro antojo. Sin apartar la mirada de mí, mete la mano en el bolsillo del pantalón descolorido y raído que lleva puesto, con un atisbo de sonrisa la extiende, gira el puño colocándolo boca arriba, abre los dedos despacio mostrando la palma, hay una pequeña caracola de color turquesa con destellos naranjas, la más bonita que he visto nunca. Suelto una mano del asa y la cojo con dos dedos contemplándola contra el cielo, al devolvérsela me hace un gesto con los ojos para que me la guarde, le sonrío y caminamos hacia el viejo almacén.

La mujer está de pie junto a la puerta, nos acercamos, acaricia la cabeza del niño deslizando su mano hasta la mejilla, se agacha delante de mí, me sujeta la carita dulcemente y me besa con ternura. Ve la pequeña caracola, la coge de entre mis dedos con delicadeza y entra con ella en el interior. Tarda un rato, nosotros esperamos quietos y callados sin despegar los ojos de la puerta. Vuelve a salir, ha traspasado la punta de la caracola y ha pasado un cordel a través, se acerca y me la cuelga alrededor del cuello, nos contempla con nostalgia, nos acaricia los hombros y recoge la leña que carga el niño, se levanta muy despacio y desaparece en la penumbra del viejo almacén. Libre de la leña coge el asa por un lado dejándome a mí el otro, nos alejamos, él ya sabe a dónde, a cualquier lugar que tenga mi compañía y yo la suya. En nuestro horizonte la arena blanca se arremolina formando dunas en los recovecos de las grandes rocas negras que rompen las olas, no tardan en aparecer los reflejos del sol sobre la charca.

Darío y yo nos hicimos amigos inseparables, estábamos juntos desde el amanecer hasta entrada la noche, compartíamos las tareas que nos encomendaban y al terminarlas corríamos libres por la playa.

Jonás nos había preparado un cordel con un anzuelo a cada uno y pasábamos gran parte del día sentados en las rocas con los pies metidos en el agua pescando. Sacábamos peces pequeñitos de colores que luego devolvíamos al mar. Yo siempre pescaba más que Darío y él me decía: Niña eso es porque hasta los peces se acercan a verte.

Darío era un niño bueno, con la mirada limpia y noble, a veces se veía un gran vacío detrás de ellos que yo confundía con tristeza, en cambio era sensibilidad. Respetaba profundamente toda la vida que le rodeaba, no conocía el mal ni la maldad, parecía que su alma siempre estuviese volando... soñando. Anhelaba hacerse a la mar con Jonás, cosa que este retrasaba pues consideraba que no era vida para un niño. Cuando nos cansábamos de pescar paseábamos entre los charcos buscando cangrejos y lapas. La brisa y el mar eran nuestros compañeros, si nos alejábamos de la costa rápidamente los echábamos de menos.

Un día Darío se aventuró un poco más allá del lugar donde pescábamos, tardó un rato en volver y cuando lo hizo vino visiblemente exaltado, braceando, saltando con los pies desnudos sobre las rocas mojadas como si pudiera salvar cualquier distancia que hubiese entre ellas. ¡Ven niña tienes que ver esto! me dijo.

Había encontrado una cala, con una playita de arena blanca como la espuma, rodeada de rocas y protegida del aire donde el mar entraba dulcemente sin oleaje. El agua era tan clara que se podían ver las rocas del fondo, estaba llena de vida.

Era aquel lugar mágico de la infancia donde nadie más que nosotros podía acceder. Darío la descubrió y la compartió conmigo. No, no me regalaba un trozo de la cala en sí misma, pues ella no le pertenecía a nadie, me regalaba la belleza de un cuadro que podías atravesar con los sentidos y perderte en él; en su paisaje lleno de colores que cambiaban constantemente con la luz del sol; en el olor a mar que viajaba en la brisa; en las formas de las negras coladas de lava solidificada sumergidas en el océano.

Estoy allí, pero ella no me ve porque soy el futuro de mi pasado. Estoy allí, pero él no me ve cuando pasa a mi lado y coge mi manita de niña

delicadamente, la acaricia y entrelaza sus pequeños dedos, bajo los ojos tímidamente, y él también los baja inseguro.

Miro mi mano vieja y vacía y todavía siento sus dedos entrelazados creciendo junto a los míos. Sube la mirada y la posa sobre mis ojos, una corriente recorre nuestros cuerpos desde muy adentro erizándonos la piel. La belleza adquiere la dimensión de un amor que nace en el corazón puro e infantil de dos niños y se expande en el tiempo y el espacio alcanzándome en mi vejez con la misma inocencia e intensidad que lo sentí en mi niñez. Darío respira agitadamente, intenta hablar, las palabras se le agolpan y no le salen, se ruboriza por su torpeza, le sonrío y miro al mar en silencio, todo parece distinto e irreal. Se da cuenta de que mi mano sigue unida a la suya, suspira profundamente y se calma. Pierde el suelo bajo sus pies y flota sobre el mar junto a mí.

A la espalda de los niños, veo las montañas de fuego con sus grandes cráteres transformar la tarde en uno de esos a mediodías calurosos, en los que es imposible salir a jugar por la isla porque el sol reina con todo su esplendor abrasando la tierra y sumiendo a la gente en un agradable sopor en la penumbra de sus hogares.

Estoy sentada en el suelo a los pies de doña Gregoria quien muy viejita y arrugada está sentada en su silla cuando se abre la puerta y la luz rasga la penumbra. Dos siluetas se recortan contra el umbral, esperan a que la vista se les acostumbre a la semioscuridad, y entran cerrando la puerta tras de sí. Agradecen el suave descenso de la temperatura en el interior. Darío corre a sentarse junto a mí y besa las rodillas de doña Gregoria. Jonás besa la frente de mi viejita y a mí me besa en la mejilla. Su presencia llena la habitación como lo hace el aire ocupando el vacío. Doña Gregoria lo invita a sentarse, él acepta rehusando hacerlo en una silla, se sienta en el suelo junto a nosotros sosteniendo la mano de doña Gregoria entre las suyas. Sus gestos son palabras dulces que te llegan directamente al corazón, me siento en su regazo para impregnarme de él, se sorprende gratamente porque no es consciente de lo que hace sentir a los demás debido a su humildad o quizá sea su humildad lo que hace sentir bien a los demás.

Hoy no salió a faenar porque la pesca escasea y prefiere darle un descanso al mar, los tiempos corren duros. Contempla en silencio a doña Gregoria y la ve tan viejita que casi roza la niñez. Entiende porqué aprovechamos estos ratos para estar con ella, escuchándola recordar sus recuerdos en forma de cuentos. Tiene tanta edad que no tiene ninguna porque ya no hace caso al tiempo. Es una mujer muy sabia que

duerme sobre la vida y sueña lo que en ella pasa.

Comienza a hablar, su voz suave te envuelve en un susurro y te lleva allí con ella, al pasado que convierte en presente, para contar un futuro que ya sucedió.

La historia de uno se repite con todos los errores que cometimos en ella y da igual donde estés... lo lejos que te hayas marchado o el tiempo que haya pasado... porque te encuentra y te enfrenta a ellos y solo de uno mismo depende cambiarla. Esto ocurrió mucho antes de que yo naciera, por lo tanto, no sé si pasó o está por pasar. Podría decir que corrían tiempos duros, pero ¿cuándo no han sido así? Que el paisaje era árido, luminoso, arrastrado por el viento y golpeado por el mar, como su gente ¿Es que acaso ahora es diferente? El tiempo es una ilusión, perdonar que no lo respete y que vague por él a mi antojo. Doña Gregoria levanta la mirada y la pasea sobre nosotros hasta fijarla en la penumbra vacía de la habitación, entra en trancé y a través de ella se manifiesta una voz de otro mundo, en silencio la escuchamos.

El Navegante

Dejé mi hogar, jovencito me hice a la mar, con la pena de mi madre y la frustración de mi padre. El hambre y la pobreza me dejaron en manos de un destino incierto. Recuerdo el rostro de mi madre en el despertar de aquella mañana de nubes grises y viento, la sonrisa en sus labios y la tristeza y el miedo en sus ojos tratando de ocultar su amor para no hacérmelo más difícil, aferrándose a la esperanza para soportar el adiós de un hijo que entregaba al mar. Cuanto debió de sufrir pues fue la última vez que me acarició.

Ahora puedo volver sobre mis recuerdos, ya hombre, coger sus manos entre las mías, mirar su rostro y acariciar sus mejillas, decirle que jamás la olvidé, que siempre me acompañó su amor, que cuidé de él para que

nunca muriera.

Mi padre cargó con todo el peso de la pobreza y se convirtió en un hombre hundido. No pudo por más que regalarme su silencio mientras contemplábamos aquel bosque de mástiles y jarcias que se entrecruzaban elevándose hacia el cielo oscuro, mecidos por el viento y las aguas verdes del puerto, ramificadas en sucios canales que se abrían paso entre la infinidad de cascos de madera de las distintas embarcaciones que flotaban cansada y pacientemente a la espera de hacerse de nuevo a la mar.

Se acercaron unos hombres a mi padre, tenía su brazo colgando alrededor de mi cuello, según conversaban me estrechaba contra su pecho al que yo apenas llegaba, me estaba entregando su último brillo de esperanza y trataba de sujetarlo para que no se le escapara. La posibilidad de creer en un futuro mejor para mí, de alejarme de la pobreza que él no había podido evitar, le hacía sobreponerse al dolor. Pude advertir en sus ojos que algo dentro de él moría al alejarme en compañía de los hombres, hasta que lo perdí de vista para siempre.

Crucé a otra dimensión completamente desconocida para mí: gritos, sudor y esfuerzo; hombres cargados que se abrían paso a fuerza de empujones, caras curtidas en la dureza y el sufrimiento. Quería echarme a correr y desaparecer de allí pero no me atreví, me dejé llevar hacia un velero. Conforme me acercaba pude contemplar su casco negro y viejo hendido de cicatrices flotando en las verdosas aguas, sus altos palos perdiéndose entre los tormentosos nubarrones; oía el viento silbar entre las jarcias y cabos, una pasarela lo unía al muelle a través de la cual los marineros subían y bajaban de él sin parar, siempre cargados. Fue la primera vez en mi vida que me sentí solo. Subí por la pasarela, al llegar al final me dieron un empujón que me hizo rodar por la cubierta. Así me enrolé en "El Navegante".

Me puse de pie asustado, no sabía a dónde ir ni que hacer, no me atreví a preguntar a nadie porque todos me daban miedo. Me acerqué a la borda, miré hacia las casas de la ciudad, entonces la vi frente al velero; era la niña de mis sueños. Se me hizo un nudo en el estómago y las lágrimas afloraron en mis ojos. Estaba tan cerca que pude haber salido corriendo y decirle lo que sentía antes de partir; estaba tan lejos que sabía que nunca la podría alcanzar. Allí se marchaba mi infancia y dejé mi amor con ella para que no se estropease, para que nadie los dañase, sin saber si un día la iba a volver a ver.

Elegí el silencio. Ser el héroe secreto de mis fantasías y el antihéroe de la realidad que me rodeaba, muerto de miedo en un mundo de hombres

rudos, donde el mar no dudaría en arrebatarme la vida ante cualquier señal de debilidad.

En aquellas condiciones y por muchos años fui capaz de no rendirme buscando la belleza allí dónde mis ojos se posaron. Di lo mejor de mí para encontrar lo mejor de los demás, aunque no siempre fue así. Aprendí a desaparecer delante de las narices de aquellos de los que me tenía que alejar, a pasar desapercibido, ya que en un barco no te puedes esconder por siempre. Me aferré a mis sueños y a mi imaginación para superar la tristeza y creer en un mundo mejor.

Vuelvo sobre mis pasos entre aquella ralea multirracial de hombres y mujeres trabajadores, puedo mirarlos a los ojos como a iguales, caminar entre ellos. Se paran aun yendo cargados cuando paso. Entre la multitud distingo el rostro triste de mi padre, igual que la última vez que lo vi. Me acerco, él parece no reconocermme perdido en el tiempo, un rayo de luz ilumina sus ojos cuando poso mis manos sobre sus hombros y lo abrazo. Mi querido viejo, jamás te reproché ni una sola vez que me entregaras al mar. Siempre me acompañó tu dolor y sobre él me levanté. Me quedó de ti este recuerdo, el de un hombre que no me cerró las puertas de la esperanza.

Una gigantesca figura negra apareció delante de mí, con un cuerpo musculoso cruzado de cicatrices y con una ferocidad que me heló la sangre. Me abrió la boca con sus grandes manos, observó mis dientes, después con los pulgares tiró de la piel de mis párpados hacia abajo, me presiono el abdomen y me hizo un gesto para que lo siguiera.

Se alejó ágilmente por la cubierta, apenas lo pude seguir por mi torpeza, vi como desaparecía por la escotilla de proa. Cuando llegué a aquel agujero me paré frente a él inseguro y atemorizado. Descendí por las escalerillas, la poca luz que había en el exterior desapareció. La mezcla de olores fuertes y penetrantes me hizo dificultoso respirar y continuar. Esperé a que mis ojos se acostumbraesen a la oscuridad, aún desde los peldaños pude contemplar aquel mundo reducido sin apenas espacio que era a la vez la cocina, el comedor y el dormitorio de la tripulación.

Bajé los escalones que me quedaban lentamente no queriendo llegar nunca hasta el final. Frente a mí había una estrecha mesa rodeada de literas. Colgaban de ellas trajes mugrosos impermeabilizados con brea. La

poca ventilación dejaba el olor de los guisos impregnado en una capa de grasa que cubría todas las partes de aquel extraño lugar. Todavía esperaba ver a mi padre aparecer por la escotilla y sin decirme nada cogerme de la mano y sacarme de allí.

De entre las sombras surgió una mano que agarró mi petate, me lo arrancó de un tirón lanzándolo acto seguido por encima de la mesa contra un pequeño nicho triangular. Mi corazón latió desbocado, me dio tiempo a ver desaparecer unos pies sucios y descalzos por los últimos escalones de la escotilla. Me interné en la oscuridad, pasé entre el estrecho espacio que separaba la mesa y las literas hasta llegar a ese pequeño hueco donde habían caído mis escasas pertenencias. No pude evitar llorar oyendo los golpes y gritos de los marineros que estibaban la carga y los quejidos del barco al balancearse.

Contra el mamparo de la bodega estaba instalada la cocina sin apenas espacio para que se revolviera un hombre y menos un hombre como aquel. Veía su contorno y el blanco de sus ojos, no me prestaba ninguna atención, aunque eso no me hizo sentir mejor. Estaba aterrorizado, deseaba que mi madre me despertara de aquella pesadilla y me estrechara entre sus brazos para sentirme seguro; allí no había brazos que me estrecharan y protegieran sino oscuridad que me amenazaba.

Me encogí en mi pequeño nicho escudado por mi petate para que nadie me viera y me quedé dormido. Me encontré abrazado a mi madre, oliendo su aroma, sintiendo su calor y sus besos, me cantaba para que no tuviese miedo. Entre mis sueños se mezcló el olor de puchero. Entreabrí los ojos, una luz mortecina iluminaba la estancia y cimbreaaba sobre los rostros de los hombres que estaban sentados alrededor de la mesa, dándoles un aspecto fantasmagórico. Comían con avidez, algunos incluso con desesperación a la vez que voceaban y gesticulaban, me abracé con fuerza al petate y cerré de nuevo los ojos porque no quería estar allí.

Cuando los volví abrir todo estaba como al principio, vacío, oscuro; oía ruidos, golpes, gritos, carreras sobre la cubierta, estaba solo otra vez y desorientado, pensaba que apenas había tenido los ojos cerrados un rato, pero la claridad que entraba por la escotilla era distinta. Me dirigí hacia las escaleras, vi detrás de ellas sobre la cocinilla una ración de comida, pudo más el hambre que el miedo.

Subí algunos peldaños, la luz me deslumbró, todavía sujeto a la escalerilla escuché el sonido del viento arremetiendo contra las velas e hinchándolas, sacudiéndolas como en las frescas mañanas de primavera de mi infancia sacudía las sábanas que mi madre tendía al sol: corría entre ellas, entre

aquellos cielos de tela y de viento, presagio de lo que iba a ser mi vida. Me sobrecogió semejante fuerza llenando de vigor cada palmo de El Navegante. Habíamos zarpado.

Asomé la cabeza por la escotilla y miré a mi alrededor, fue como si alguien se hubiese dejado la ventana del mundo abierta de par en par y este se escapara a través de ella empujado por el viento más allá de cualquier horizonte conocido. Atrás quedaba el contorno marrón de la tierra que fue mi hogar, envuelta en una neblina azulada que poco a poco la engullía dejando en un recuerdo todo lo que amaba. Apenas era consciente de que en adelante todos los días despertaría en el mar, y de que en aquella soledad estaba yo solo.

En mi primer día ni siquiera tuve el valor de marearme. Y no pasaron dos que me di cuenta de que andar por cubierta sin nada que hacer solo me podía traer problemas, y teniendo algo que hacer, golpes y problemas.

Me quedaba abajo en el compartimento de proa, extrañamente si permanecía allí nadie se metía conmigo. Me atrincheraba en el pequeño nicho detrás de mi petate con la absurda y deliciosa idea infantil de que desaparecía detrás de una barrera mágica que nadie podía atravesar. Era una ilusión que me creaba la falsa seguridad que necesitaba. Un día me haría mayor y ya no tendría miedo. Todo sería distinto. Solo tenía que aguantar.

En aquel inframundo no eran mi alma y mis pensamientos los que vagaban solos, estaba la presencia de aquella forma oscura y enorme que se desenvolvía ágilmente en el reducido espacio de la cocina como si de un fantasma se tratase. Ambos estábamos sin estar, si se percató de mi existencia no dio ninguna muestra de ello, ni para bien ni para mal. Lo observaba desde mi escondite durante horas, hasta dudar realmente de que estaba allí. Cuando algún tenue rayo de luz penetraba por la escotilla y se cruzaba en su camino, podía ver fugazmente el reflejo de su piel de ébano, y por un momento quedaba definido en la oscuridad hasta que se disipaba. Entonces me decía a mí mismo que el que no estaba allí era yo.

Su comportamiento no variaba con el resto de la tripulación, no hablaba con nadie, miraba y a veces con eso bastaba para que más de uno bajase la cabeza. No se preocupaba en absoluto de lo que yo anduviese haciendo, de sus labios sellados no salía palabra alguna que me acarrease

carga, todo lo hacia él. No era igual que los demás. Quería caerle bien e imité alguna de las tareas más fáciles que le vi desempeñar. No lo miraba a los ojos por miedo a que se diese cuenta de que estaba allí y me echara. A veces pasaba rozándome y de reojo podía ver el brillo de las cicatrices le que laceraban la piel.

Aprendí a callar porque olvidé hablar. Solo oía la voz de mis pensamientos. Así se sucedieron muchos días y muchas noches como un solo día y una sola noche, sin percibir el paso del tiempo. Siempre había llegado ayer y esperaba con ansia que tarde o temprano que hoy se convirtiese en mañana y lo cambiara todo. Mientras tanto hacia lo único que podía hacer, sobrevivir, de la misma forma en la que se camina sobre la cubierta de un velero, sin saber dónde vas a apoyar el pie en el siguiente golpe de mar.

Me despertó el sonido de una melodía; venia del exterior, era bella y nostálgica; llena de tristeza y de esperanza. Cada nota penetraba en mi alma como una gota de agua en tierra fértil, despertando mis emociones, mis sentimientos y mis pensamientos como nada lo había hecho antes. Estaba consciente sin embargo soñaba; soñaba aun estando despierto porque podía oír mis pensamientos. Sobre la música se desplazó mi cuerpo, a pie de la escotilla me elevé hacia el firmamento, millones de estrellas brillaban. La materia estaba desprovista de colores; vi la silueta de un hombre recortada sobre la popa, del instrumento que sujetaba entre sus manos brotaba la música de su alma. Volaba por encima de la mayor, viendo como el espacio se desplegaba a mi alrededor.

El Navegante quedaba abajo insignificante y pequeño; extremadamente frágil en la inmensidad. Un edén de vida en un océano mortal. Que vulnerable me pareció la vida y que valiente para surcar las aguas de lo insondable. Aquel velero tenía alma, su energía fluía hacia el interior de los hombres que lo escuchaban. Miré hacia arriba envuelto en la melodía, maravillado por aquella experiencia inexplicable que estaba viviendo, contemplé las nubes celestiales abriendo sus entrañas en extraordinarias formaciones de luces y colores sembradas de estrellas. La música remitió suavemente, regresé de nuevo a mi nicho donde se hizo el silencio.

El tiburón y la rémora

Atrapados en las calmas, recostado cerca de la popa donde había pasado mi primera noche al raso debido al calor, contemplaba el amanecer. Frente a mí, hacia la proa, algunos hombres aprovechaban esas primeras horas en las que aún se podía respirar para pescar y de paso combatir el aburrimiento y la monotonía. Era una forma de no agotar las provisiones ya que nadie sabía si alguna vez volvería a soplar el viento.

El sol, bajo en el horizonte, creaba una densa cortina de luz, veía el contorno de las siluetas veladas sin poder distinguir quien era quien; oía las mismas lamentaciones una y otra vez cuando izaban la red vacía. Me disponía a bajar a la cocina para comenzar mi jornada antes de que alguno se diese cuenta de que estaba por allí ocioso cuando los oí gritar. Apenas podían tirar de la red, en sus voces se notaba el esfuerzo; los hombres se quejaron amargamente. Soltaron la red sobre la cubierta, el agua escurrió a través de los imbornales, el motivo de sus lamentos eran libros.

Libros abiertos que luchaban por respirar, que el mar les entregaba y que estos maldecían y a brazadas volvían a tirar al agua. De entre los pies de los marinos una sombra los rescataba como un relámpago, alguien me tapó la visión solo unos segundos y cuando volví a mirar había desaparecido. Lo busqué por todo el barco. Bajé a la cocina, eché un vistazo sobre las literas, debajo de las colchonetas, no había nada, ni un solo libro, quizá aquel a quien vi los recogía para tirarlos como los demás.

Era un niño, pero sabía que poseían secretos que aquellos hombres desechaban en su más profundo desconocimiento. Me senté en mi colchoneta, triste, pensando cómo me hubiese gustado pasar sus páginas y ojearlos para que me acompañaran en la soledad de aquellos largos y tediosos días de calma en alta mar. Me dejé caer sobre el petate, la humedad traspasó mi ropa, me incorporé, metí la mano dentro del saco y palpé una textura extraña, saqué la mano asustado, estaba demasiado oscuro y no veía el interior, lo volqué con cuidado sobre la colchoneta, cayeron varios libros envueltos en una tela mojada, los cogí, respiraban entre mis manos, acaricie sus tapas llenas de escamas, pasé sus hojas húmedas con sorpresa y alegría; temblaba de emoción, lo había deseado

y sin saber cómo habían llegado a mí, los volví a esconder inmediatamente, tenía un tesoro, como los piratas de las viejas historias que contaban los marineros al anochecer.

En aquel viaje de iniciación a la vida, también me tocó conocer y experimentar el lado oscuro de los hombres. El cocinero desaparecía durante horas al terminar de servir las comidas y las cenas llevándose con él una bandeja con dos raciones y toda mi curiosidad. Quería que supiese que yo estaba allí, así que asumí por mi cuenta parte de sus tareas: servir, recoger y fregar. Él aprovechó ese tiempo libre y prolongó sus ya destacadas ausencias. Se marchaba de la cocina antes de que la tripulación bajase, con lo cual me quedaba solo con ellos. Durante los primeros días todo marchó con normalidad. Por desgracia en el mar uno aprende pronto las rutinas de los demás y en cuanto los dos más infames se dieron cuenta de que el cocinero ya no volvía, las noches se convirtieron en una pesadilla para mí.

He de decir sobre aquellos dos hombres de los cuales no quiero recordar ni sus nombres que eran como el tiburón y la rémora. Me cuidé bien de ellos desde que los vi por primera vez. El tiburón olía el miedo y no perdía la oportunidad de hacerlo crecer. La rémora era aún si cabe más despreciable, ya que incitaba y se aprovechaba de la situación, se alimentaba de los restos de esos miedos bajo la protección del tiburón.

Apenas se habían enrolado en El Navegante unos meses antes que yo, y con paciencia habían ido influyendo en la tripulación envenenándolos con palabras, de lo único que un hombre en un barco no puede escapar.

Las mentiras contadas una y otra vez en un lugar confinado acaban por convertirse en verdades. Y ambos dominaban ese juego. Aprovechaban cualquier momento para contar las atrocidades que cometían en tierra, preocupándose de que los demás oyeran lo que hacían creer confidencias. Al principio no les prestaron atención, no eran niños como yo sino hombres de mar. Tristemente los meses de navegación en soledad y en reclusión daban muchas oportunidades de coger desprevenidos a los hombres: momentos de desánimo o de incertidumbre en el espíritu y las palabras penetraban como el veneno infectando el corazón y la mente. La terrible ignorancia y la superstición de aquellos que no habían visto otra cosa que el mar, el bello y despiadado mar, hacía el resto; que dos deshechos humanos tuvieran poder a través del miedo. Un miedo que no

existía, que ellos creaban y trabajaban.

Estaba estipulada una ración de aguardiente al día por orden del capitán. Tras la cena fueron varias las botellas que aparecieron sobre la mesa. Algunos se opusieron tímidamente cayendo finalmente en la tentación.

Traté de desaparecer porque así me lo gritó mi intuición, en mi huida la rémora me agarró de la muñeca en el último instante con una sonrisa torcida y desdentada, me sentó de golpe junto a él. Con el olor del alcohol sin haberlo probado aun al tiburón se le inyectaron los ojos en sangre, bebió varias rondas, sacó el machete que llevaba a la cintura y lo acaricio con los dedos mirándome con una sonrisa turbada; yo era su presa, la más débil de todas.

Era cobarde y sabía hasta donde podía llegar con el resto de la tripulación, consciente de lo que podía pasar si tensaba el cabo demasiado, por eso les guiñó el ojo cuando vio que alguno de ellos se ponía en guardia, me sentí aliviado por un momento, pronto la angustia me retorció el corazón. Me subió sobre la estrecha tabla de la mesa y me obligó a bailar y a cantar mientras ellos daban palmas. Apenas entre el miedo y los balanceos del barco me sujetaba de pie. Veía sus rostros desencajados, sus sonrisas ebrias y el dolor que el alcohol hacia aflorar en sus almas y que ellos trataban de acallar bebiendo más.

Hazlos reír, mejor que rían, pensaba, quizá sientan lastima. Para ellos solo era un pequeño animal al que humillaban, del que se servían. No había nada de humano en todo aquello, hacia lo que me pedían para que se olvidasen de mí, pero a la rémora siempre se le ocurría una más.

La noche era la pasada y era la siguiente. Cuando el sol bajaba yo me escondía a llorar para no hacerlo delante de ellos. En el momento que el cocinero se marchaba sentía que mis fuerzas se iban con él.

Durante las comidas nada hacía presagiar lo que ocurría en las cenas, aquello me invitaba a un optimismo que poco a poco se derrumbaba. Cada vez era peor, se sentían más confiados, pensé que toda mi vida iba a ser así de triste y dolorosa. Que estaba solo y abandonado. Ni si quiera sabía si el capitán al que apenas había visto dos veces y de lejos sobre la

cubierta de popa al anochecer tenía conocimiento de mi existencia.

Alternamos largas calmas con escasos momentos de navegación en los que el viento amainaba a las pocas horas de levantarse para mi gran decepción, pues albergaba en lo más profundo de mí la esperanza de que al volver a navegar todo sería como antes, que el duro trabajo cansaría a los hombres, alegraría sus almas y los mantendría ocupados. Lejos de ser así el tiburón y la rémora se envalentonaron hasta el punto de no ocultarse en la noche para maltratarme. Cruzaron ese límite que me había hecho la ilusión de creer que no podían atravesar.

Un a mediodía los vi descender por la escotilla, el corazón me dio un vuelco, sentí un dolor agudo en la boca del estómago. Las expresiones de sus rostros en nada se correspondían con el tono condescendiente de sus palabras. Vamos es hora de que aprendas a nadar. No me atreví a contradecirles y sin entender si quiera lo que me habían dicho los seguí. Sobre la cubierta el día era espléndido. El sol brillaba ardiente en un cielo limpio de nubes y el mar estaba pulido como la superficie de un espejo, con un color azul profundo; las velas colgaban pesadas como trapos inertes, rendidas como los músculos de un luchador vencido, no corría ni una brizna de viento.

Me ataron un cabo alrededor del pecho por debajo de las axilas, acto seguido sin mediar palabra y sin entender todavía qué sucedía me vi suspendido en el aire. Me estremecí cuando caí al mar. Braceé asustado, la fatiga contraía violentamente mis pulmones buscando aire para respirar. Me estaba ahogando. Tiraron de mí, me tumbaron sobre la cubierta mientras vomitaba el mar entre convulsiones. Me daban ánimos y me frotaban la espalda a la vista de los demás. No pude recuperarme del todo cuando me vi de nuevo envuelto en las frías aguas. Otro fuerte tirón del cabo me sacó a la superficie, braceé y pataleé con toda mi alma manteniendo la cabeza fuera el tiempo suficiente para dar pequeñas bocanadas de aire, sujetaban el cabo sin tensión expectantes. Había sido un revés para ellos. Traté de calmarme porque me estaba agotando y con menos esfuerzo conseguí flotar boca arriba. No se lo esperaban, ni yo mismo daba crédito y aun en la precaria situación en la que me encontraba supe que les había vencido. Aunque soltaran el cabo y me hundiera en el mar, un niño les había derrotado.

La rémora se revolvió presa de la ira y en contra de su intención me ayudó cuando gritó, ¡Tiburones! En el momento que los marineros oyeron esa palabra se agolparon en la borda y no les quedó más remedio que

tirar del cabo y subirme a bordo.

Los dos hervían de rabia. El resto de la tripulación de los cuales muchos no sabían nadar me palmearon la espalda por mi valor. Un valor que yo no había buscado. Vi entre ellos un poco más alejado al cocinero, supongo que me envalentoné. Mirando al tiburón y a la rémora a los ojos les dije, prefiero ahogarme solo a que me ahoguéis vosotros. Y salte al mar. Oí los gritos de júbilo de la tripulación que se volvió loca. Por una vez y sin pretenderlo me había ganado el respeto de casi todos. Tuve la certeza flotando sobre las aguas a la espera de que alguno de ellos me lanzase un cabo, de que en cuanto llegara la noche iba a pagar cara mi osadía.

Se contuvieron, no quisieron dejar ver la humillación que sentían hasta que de nuevo apareció el alcohol, no sé cómo era posible que noche tras noche sacasen botellas, me atrevería a decir que de alguna forma lo fabricaban o simplemente habían encontrado la manera de robarlo del tonel de la bodega.

Esa noche al igual que lo habían hecho a mediodía también cruzaron el límite. Me agarraron y me subieron a la tabla de la mesa, varios marineros dijeron que había demostrado valor, que me dejaran en paz. El tiburón hizo oídos sordos y me gritó que bailara. Permanecí en silencio, sin moverme, me sentía respaldado, ya no quería pasar más por aquello.

¡Baila! Me volvió a gritar. Esta vez no fue él el que sacó el machete y lo apoyo sobre la mesa, fue la rémora. Se oía el miedo y la tensión. No, le contesté en un susurro temblándome las piernas y sintiendo arcadas. Mi corazón latía con tanta fuerza que pensé que se me iba a salir por la boca, luchaba por contener las lágrimas. Lanzó la palma de su mano abierta y la hundió contra mi pecho, caí empotrado entre el estrecho hueco que separaba la mesa y las literas donde estaban sentados algunos marineros, viendo su cara desencajada por la locura. Nadie tuvo tiempo de reaccionar, una sombra se abalanzó sobre él desde la escotilla con la agilidad y la fuerza de una pantera que solo dejaba ver sus colmillos. Lo agarró por el cuello con una mano, lo levantó en el aire sin apenas esfuerzo. Oímos al tiburón forzar la respiración hinchándosele las venas y cambiando de color. La rémora soltó el cuchillo y se fue hacia atrás. El cocinero subió al tiburón por las escalerillas como si llevara un muñeco de trapo sin tocar con los pies en el suelo. Lo soltó sobre la cubierta, mientras el tiburón recuperaba la respiración y la sangre le volvía a fluir, el cocinero le ató un cabo alrededor de los tobillos y lo lanzo por la borda sosteniéndole cabeza abajo.

Tenía la fuerza de diez hombres. Llevaba el torso desnudo y de sus caderas colgaba un pantalón hasta por debajo de las rodillas. En sus ojos se percibía la lucha por dominarse y no dejarse arrastrar por el odio. Sostenía el cabo a pulso con una sola mano, su brazo fuerte como el tronco de un árbol completamente estirado fuera de la borda mantenía al tiburón con medio cuerpo sumergido bajo el mar.

Sabía lo que era estar ahogándome como le estaba sucediendo a aquel hombre. Deseaba que toda aquella violencia terminase, no quería que la única persona a quien respetaba fuese como ellos.

Vi asomar la silueta oscura del capitán por la escotilla de popa y observar sin mediar. Un solo gesto del cocinero aflojando el cabo de su mano y el tiburón desaparecería para siempre y con él se llevaría el silencio de la tripulación. Tiró de él y lo elevó como si fuese un pez. Lo tendió, presionó fuerte su pecho para que vomitase el agua que había tragado y que encharcaba sus pulmones. Le desató el cabo, se puso de pie, miró al resto de la tripulación entre los que me encontraba, advertí en el brillo de su mirada que había dominado su odio, que la oscuridad había pasado.

Su silencio habló alto y claro, no toleraría nada parecido a lo que había ocurrido, leí en sus ojos que jamás ningún niño, mujer u hombre debía ser humillado ni maltratado. Pudo haber abusado de su fuerza sometiendo a toda la tripulación con el miedo y no lo hizo, guardó silencio. Detrás de él el tiburón se levantó tambaleándose, profirió todo tipo de amenazas desenvainando el cuchillo de su cintura. El gigante se giró y se encaró, apenas unos centímetros separaban la afilada punta del cuchillo de la fina piel de los abdominales del cocinero. Lo dominó con la mirada, agarró la mano que empuñaba el cuchillo sin que este se atreviese a hacer un solo movimiento, la apretó hasta que oímos claramente en la noche el chasquido de sus huesos y vimos cómo se retorció de dolor soltando el arma que se clavó de punta en la cubierta; pisó la empuñadura con el pie descalzo y partió la hoja por la mitad. Cogió la empuñadura, arrancó la hoja y las lanzó al mar, seguidamente sin decir nada se volvió hacia nosotros con la mirada perdida en la escotilla, se encaminó hacia ella, a mi altura puso suavemente su mano sobre mi espalda y me empujó levemente por delante de él instándome a descender por las escalerillas.

Me acosté sin saber si había sido una pesadilla de la que aún no me había despertado. No todos los marineros bajaron, tres lo hicieron pasado un buen rato con un largo cabo entre las manos, se dirigieron a la litera de la rémora donde yacía tendido de espaldas profundamente dormido desde el momento en el que apareció el cocinero. Lo agarraron entre los tres, lo sacaron sin que este opusiera la menor resistencia, haciéndose el

sorprendido.

Entrada la madrugada se levantó un extraordinario y bien esperado viento de popa que arrancó a la tripulación de sus literas montando una gran algarabía, El Navegante recobraba la vida.

Los dos hombres permanecieron varios días en el exterior atados por el torso al palo mayor, uno de espaldas al otro sentados sobre la cubierta, les habían dejado movilidad en un antebrazo para que pudieran comer por sí solos. Yo fui el encargado de subirles las raciones. Al principio me acercaba con miedo porque era duro y desagradable para un niño ser testigo de aquella situación. El odio con el que me miraban me afectaba durante el resto del día. No era capaz de comprender qué empujaba a dos personas a albergar tales sentimientos, provocando la ruina de sus vidas. Tan solo era cuestión de elegir un camino de dos posibles y estaba claro que ellos habían elegido mal.

El sol, el viento, la sal de las olas que barrían la cubierta hicieron mella en sus almas y en sus cuerpos, ni siquiera tenían fuerzas para odiar. Me compadecí mucho de ellos, les subía a menudo agua dulce para calmar su sed y con un paño húmedo trataba de limpiar las úlceras de sus cuerpos. Me di cuenta en aquellos breves espacios de tiempo de que jamás cambiarían. Se adaptarían a cualquier condición o circunstancia para sobrevivir, incapaces de entender lo que hacía por ellos de forma desinteresada después de lo que me habían hecho pasar. Estaban más cerca de la bestia que del ser.

El viento arrastró al tiempo dejándolo atrás, los días se sucedieron surcados por la proa de El Navegante. Reinaba el buen ambiente debido a la navegación. Los dos hombres fueron reincorporados a sus puestos a la espera de desembarcarlos en cuanto arribáramos a puerto. Por las noches me tumbaba sobre la cubierta de proa para contemplar las estrellas si el mar y el cielo acompañaban.

El capitán

Absorto contemplando el firmamento me sorprenden unos pasos cerca de mí, me incorporo de inmediato. Permanezco en silencio sin saber que decir. Estira el brazo entre las sombras y me ofrece su mano. Soy el capitán Roy Allen Randall, acompáñame.

Le sigo hasta el puente de mando, saludo al timonel con el que el capitán cruza unas palabras. Sobre un cofre de madera tiene extendidas cartas de navegación y mapas pisados por extraños objetos de observación. El capitán Roy les da nombre a las estrellas, dibujándome un universo de constelaciones. Me descubre mares, tierras lejanas y extrañas dibujadas sobre el papel, y le da forma al universo al que ahora pertenezco. Marca sobre la superficie de un mapa el punto donde nos encontrábamos bajo el firmamento y sobre el océano, el lugar que ocupamos en el mundo que recién descubro.

Desborda mi imaginación con cada una de sus explicaciones, con las descripciones de los parajes extraordinarios de las tierras que ha visitado; de las gentes que habitan en ellos y de sus costumbres. Nos sorprende la franja de claridad en el horizonte, la noche ha pasado como un suspiro, estoy tan emocionado que no siento cansancio ni sueño.

El amanecer que despuntaba era el último y era el primero, ya nada sería igual. A la hora de la comida ese presentimiento quedó confirmado. No fue el cocinero el que abandonó la cámara de proa ese mediodía con una bandeja y dos raciones, sino que me la entregó a mí y me acompañó hasta el camarote del capitán: era un lugar luminoso con varias ventanas en la popa, había un estrecho camastro, una pequeña estufa de hierro y una mesa ocupada por un sin fin de cartas de navegación, con dos sillas: una donde estaba sentado el capitán, y la otra vacía frente a él. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros. El cocinero había desaparecido, me encontraba solo en el umbral de la puerta. El capitán me hizo una señal para que pasara y tomara asiento, despejó la

mesa colocando todo sobre el camastro.

Comimos juntos en silencio y dedicó el resto de la tarde a darme clases. Me enseñó las ciencias que explicaban el funcionamiento del mundo y su comprensión. Al terminar el día me tendí sobre mí colchoneta con la cabeza embotada. Supe a qué había dedicado el cocinero todo aquel tiempo en el que desaparecía porque yo había pasado a ocupar su lugar.

Mis días se llenaron de luz. El recuerdo de mis padres se volvió dulce, quizá esto era lo que habían soñado para mí. La nostalgia y la tristeza quedaron relegadas por falta de tiempo, apenas tenía un segundo de descanso. Al principio temí que aquel cambio pudiera molestar al cocinero, en ningún momento dio muestras de ello, siguió como siempre cumpliendo con su obligación y sin buscar a nadie sobre quien descargarla.

Se fueron creando lazos de afecto entre el capitán y yo, siempre bajo la disciplina y la obediencia. Era un hombre de mediana edad con un espíritu tan joven como el mío. Tenía una personalidad fuerte y un carácter extravagante, nunca sabía lo que estaba pensando ni cuál iba a ser su reacción en un momento dado. Era firme, de fuertes y nobles ideales. Vestía un pantalón negro desteñido que le llegaba por encima de los tobillos y una camisa que más bien parecía el trapo de una vela con grandes solapas y tan vieja como el mar. El pelo lo llevaba recogido en un moño sobre la coronilla y tenía dos pobladas patillas que le llegaban hasta la comisura de los labios.

No era hombre para enredar ni para tomarlo a broma, sin embargo, tenía un don para la vida, la vivía y la entendía de una forma diferente. Ningún horizonte era suficiente, siempre iba más allá. No enseñaba, pero si lo escuchaba aprendía. Era el personaje de los libros que él mismo me leía. Los hombres le tenían mucho respeto y admiración, había demostrado con creces su destreza y pericia al mando de El Navegante. No hablaba si no tenía algo que decir. Recuerdo tardes de silencios eternos entre los dos, él siempre con la mirada perdida en el mar a través de las ventanas del camarote, el cual rara vez abandonaba durante las largas travesías en las que constantemente variaba de rumbo sin razón aparente, con él nunca había un destino definido, siempre llegábamos a alguna parte, aunque no supiésemos a dónde ni porqué. Estaba claro que navegaba para encontrar puerto una y otra vez. Era un viejo lobo de mar que necesitaba la tierra para aullar.

No hay nada comparable en el mundo con la aparición en el horizonte del contorno azulado de una costa extraña y desconocida después de permanecer durante largos periodos de tiempo perdidos en el océano. Se experimenta tal sensación de libertad que quedas condenado para siempre a vagar por los mares.

Así me ocurrió la primera vez que aviste tierra desde la cubierta de El Navegante en un día soleado y ventoso de cielo claro y limpio que mostraba en la distancia como emergía de las profundidades un paraíso lleno de vida, una vida que por breve se vivía con una gran intensidad, pues antes de llegar ya sabías que ibas a partir.

El olor a tierra húmeda y a vegetación despertó el júbilo en nuestros corazones. Para mí la alegría fue doble, perdería de vista a aquellos dos indeseables.

La frondosa línea de vegetación llegaba casi hasta el borde del mar en las inmediaciones del puerto, quedando este flanqueado por ambos lados. El aire estaba cargado de una densa humedad llena de fragancias embriagadoras que embotaban los sentidos. La luz del sol inundaba aquella tierra con colores que ya había olvidado. El viento era el escultor de aquel paraíso, tomaba forma entre las copas de los árboles, esculpía las ramas y los troncos, arqueaba las palmeras; creaba caprichosas estructuras en la roca a lo largo de la costa y hacia un poco más llevadero el calor asfixiante de aquel hermoso paraje.

En la distancia se veían toldos de llamativos colores que cubrían el género de los puestos de un mercado situado en el centro de la población, del que emanaban olores que despertaban el apetito y sonidos de cantos alegres que alimentaban el espíritu.

Fueron las ropas de exóticos colores que jamás había visto lo que me llamó poderosamente la atención, eran las mismas telas con las que habían comerciado los héroes de mis lecturas y como ellos estaba descubriendo tierras lejanas y surcando los grandes océanos.

No era ningún héroe. Tan solo un chico, hijo de la pobreza, del dolor y de la soledad; hijo del adiós y de la distancia que me arrastraba llevado por las corrientes del océano y del viento, lejos, cada vez más lejos del pasado igual de niño que de hombre, viviendo a cada instante, a cada

abrir y cerrar de ojos; obligándome a caminar hacia delante en la eterna búsqueda de la razón de mi existencia, en un intento de alcanzar mis sueños para dejarlos atrás y volver a soñar. Quería convertirme en el protagonista de mi propia historia, el escritor de mi propia vida.

Una vez en tierra, el suelo se escoraba a babor y a estribor, aunque el horizonte permanecía firme: sensación que remitió pero que no desapareció hasta el día nos hicimos de nuevo a la mar.

La tripulación se alejó, me sentí incapaz de dar un solo paso tras ellos, me dije a mi mismo que lo mejor era volver a embarcar. Me sentí mucho mejor con el ligero balanceo de las aguas del puerto. Al rato aparecieron por la escotilla de popa el capitán y el cocinero. El capitán me preguntó que hacía todavía allí, le conté el mal que me aquejaba, desapareció y volvió con un pequeño frasco de cristal entre sus manos, contenía un líquido viscoso y turbio. Me dijeron que me lo bebiera tapándome la nariz, que aguantara las arcadas y los síntomas remitirían. Así lo hice, porque los dos se quedaron delante de mí, y me vi con menos fuerzas de defraudarlos a ellos que de defraudarme a mí mismo. Me instaron a que los acompañara para que anduviera un rato por tierra firme.

Eran los dos únicos hombres a los que admiraba y respetaba. Quizá el suelo se siguiera moviendo, no lo recuerdo, lo que sí recuerdo es que me sentía protegido y que el mundo me daba menos miedo.

Me hundí en aquella marea de gente exótica, en el olor y el color de sus cuerpos, de sus ropas; en el aroma de las especias, de las frutas, de los pescados y de las carnes que colgaban de tendedores colocados de punta a punta de los puestos; el sonido de los toldos golpeados por el viento, las conversaciones a gritos en una lengua extraña, el bullicio, los empujones y los golpes de los artesanos que curtían las pieles o tallaban madera bañados en sudor. Después de tanta soledad y de tanto silencio creí estar caminando en un sueño.

El Navegante llevaba la bodega cargada y buscaban comprador o compradores, lo hacían así en cada puerto, ciudad o pueblo tierra adentro si era necesario hasta que lo conseguían. Una vez vendida la mercancía, el capitán pagaba a la tripulación y con el resto compraba provisiones e

invertía de nuevo.

El único género que entraba en las bodegas de El Navegante era el que el capitán Roy Randall compraba y pagaba con su dinero. No aceptaba negocios de transporte de mercancías que le impusieran condiciones de tiempo de entrega y rumbo a seguir. Sacrificaba cualquier beneficio económico personal por mantener su libertad. A veces ganábamos más, otras veces menos, pero siempre ganábamos.

La actividad era igual de frenética que la naturaleza bella y salvaje sobre la que se abría camino. El viento amainó a primera hora de la tarde y el cielo se cubrió de un espeso manto de nubes. El calor se volvió más sofocante, para entonces caminaba solo cerca de los puestos del mercado que hombres y mujeres desmontaban apresuradamente.

Veía desde allí los mástiles de los veleros en la distancia. Con el primer trueno tembló el suelo bajo mis pies y acto seguido se abrió el cielo dejando caer el mar sobre la tierra, me pilló por sorpresa, quizá un poco asustado por el trueno, pero cuando noté el agua fresca caer sobre mi cuerpo arrastrando el salitre de mi piel reseca... la primera vez en tanto tiempo que veía llover... me quedé allí quieto con la cabeza levantada hacia el cielo y la boca abierta, saboreando las dulces gotas de agua.

Ya no se veían los mástiles de los veleros en la distancia, solo se veía una cortina de agua gris. Los árboles y las palmeras se doblaban bajo el peso de la lluvia torrencial. Se levantaban de forma inesperada fuertes rachas huracanadas que arremetían violentamente contra todo. Era invisible bajo la tormenta. Oí la voz del viento susurrar entre las hojas de los árboles detrás de mí... me llamaba... me di la vuelta, allí estaba, bajo la lluvia, con sus profundos ojos en los que me perdí como la espuma se pierde en el mar, la niña sin rostro de mis sueños.

No le pude hablar porque estábamos en mundos diferentes y cuando se marchó la intenté alcanzar, pero mis pasos no redujeron la distancia que nos separaba. Oí la voz del viento susurrar entre las jarcias, las botavaras y los mástiles... me llamaba... frente a mí se dibujó la silueta de El Navegante, ella ya no estaba. La busqué sabiendo que no la encontraría, porque por más que corría en todas las direcciones siempre acababa sobre la cubierta de mi velero. Desistí aterido de frío bajo la oscura cortina de lluvia que cubría el mundo, con los pies desnudos sobre la madera empapada que dormía en silencio, como dormían y lloraban los mástiles sin hojas y las velas recogidas sin viento.

Caminé hasta la escotilla de proa, no había nadie a bordo. Bajé a la cámara, me desnudé, escurrí la ropa, encendí el fuego de la cocinilla y la tendí cerca para que se secara. La lluvia golpeaba de forma intensa sobre la cubierta. Tiritando me metí bajo las mantas. Abrigado por el extraño recuerdo de lo que había vivido fui entrando en calor y me quedé profundamente dormido.

Me despertó el silencio entrada la madrugada, busqué su rostro de niña en la oscuridad. Necesitaba tanto volver a ver aquellos ojos que no pude evitar llorar de amor por primera vez en mi vida. Y dolía, provocándome la angustiosa necesidad de ser, únicamente por ella. Desapareció en el tiempo llevándose consigo mi alma de niño, dejándome un sentimiento inquietante y profundo: la amaba desde siempre, desde antes de ser yo. Encendí una luz para poder respirar en la asfixiante oscuridad, intenté mitigar el dolor del amor en mis libros, me abandoné, viajé tan lejos que cuando desperté la tripulación ya había vuelto.

El cocinero aprovechó el hueco que habían abierto entre la carga de la bodega para izar con un cabo y una polea algunos de los barriles vacíos. Los dejamos rodar por la pasarela guiándolos hasta un depósito de agua potable. Había otros grumetes que esperaban su turno. El cocinero se acercó hasta un techado de cañas que había junto al depósito en el que un hombre se resguardaba del sol y cansadamente apuntaba la cantidad de agua que cada velero cargaba y el precio a pagar.

Tras colocar los barriles cerca del depósito para que los pudiera llenar cuando llegara mi turno desapareció. Fue cuestión de segundos que, empujados por la curiosidad, la juventud y las ganas de vivir, formáramos un grupo y nos hiciéramos entender a pesar de la diferencia de nuestras lenguas. Iniciamos juegos de forma espontánea, se forjaron amistades sólidas y fuertes curtidas en la profunda brevedad del tiempo, no había más, teníamos que aprovecharlo y vivirlo con la mayor intensidad, contra más nos adentrábamos en su interior más se dilataba y menos percepción teníamos de él.

El depósito se alejó y nos vimos corriendo por las callejuelas de las barriadas cercanas arrastrados por nuestra imaginación y por la necesidad de vivir aventuras para luego recordarlas en alta mar y sentirnos menos solos.

La presencia de esos primeros amigos tan necesarios para que escucharan en el siguiente encuentro el relato de mis hazañas, de mis aventuras

heroicas y que jamás volví a ver, no dejó de aparecer en cada puerto.

Uno de ellos dio la voz de alarma cuando se percató de la posición del sol, el miedo colectivo nos hizo correr a la desesperada. Nos habíamos perdido en el tiempo, lo que les supuso a los otros grumetes una cantidad desmesurada de patadas e insultos por parte de algunos de los marineros de sus respectivas tripulaciones. A pesar del calor y de que el corazón se me salía del pecho debido a la carrera, el sudor se me volvió frío cuando vi al cocinero al pie del depósito no menos sudado que yo. Me acerqué despacio con un nudo en la boca del estómago, consciente de mi falta.

Apoyaba el pie desnudo en la base de los pesados barriles y los inclinaba hacia su cuerpo haciéndolos rodar con el canto, alejándolos un poco del depósito y agrupándolos frente a un carro que había conseguido por ahí. Estaba bastante atareado y no me prestó atención. El carro era estrecho con grandes ruedas y dos largas vigas de madera que más bien parecían para el tiro de algún animal. Lo inclinó hasta que apoyó con la parte delantera en el suelo, calzó las ruedas con piedras para que no se movieran, inclinó los barriles hasta que apoyaron sobre la plataforma, empujó las empuñaduras de las dos vigas hacia abajo con tal fuerza que pensé que se iban a partir. Con el carro cargado me miró por primera vez desde que estaba allí, vi cierta sorpresa en sus ojos, como si no me esperara. Me hizo un gesto con el brazo para que me subiera sobre los barriles. Realizamos algunos viajes más y el inicio de una amistad que marcaría mi vida.

En el momento que todo estuvo listo para zarpar el capitán nos hizo pasar uno a uno a su camarote para entregarnos la paga. Nos dio unos días más de permiso, y partieron cargados con provisiones hacia la selva. Una sombra cubría sus rostros al regresar, buscasen lo que buscasen no lo habían encontrado. Nada más embarcar el capitán dio la orden de zarpar sin demora y ambos se distanciaron de los demás durante largos días. Poco a poco se fue imponiendo la rutina y con ella regresó la normalidad.

En una noche placida y cálida mientras estudiaba en el camarote, oímos pasos sobre la cubierta de popa, seguidamente por las ventanas abiertas de par en par penetró la extraordinaria y nostálgica melodía que una noche creí soñar. Un escalofrió me recorrió el cuerpo. Era tan bella y tan triste a la vez; tan humana que albergaba todos los sentimientos del alma. El capitán apagó la lamparilla quedando sumidos en la penumbra. Evocaba el dolor de la perdida; el valor de vivir para buscar y encontrar ¿Qué alma se podía expresar así a través de la música? ¿Qué desesperación soportaba y que fe le empujaba? ¿Quién era aquel que hacía dibujar al viento en una hoja en blanco, el esbozo de una niña sin

rostro que llevaba el amor que yo sentía en sus ojos?

En otra dimensión

Recuerdo la primera vez que el mar me habló. Había crecido, ya no era un niño, tampoco un adulto, era un joven inquieto, me sentía fuerte y capaz. Alguien dio la voz señalando al océano. Asomaba el lomo de una ballena, sopló y acto seguido se sumergió volviendo a emerger mostrando toda su grandeza en el aire, el mar estalló. Todos permanecemos en silencio contemplando aquella extraordinaria criatura. No daba crédito a pesar de las historias y cuentos que había oído. Verla con mis propios ojos superó cualquier expectativa que hubiera podido imaginar. Tanto fue así que no pude reprimir la fuerza que me empujaba. No escuché los avisos de la tripulación que se agolpaba sobre la borda, no alcancé ninguno de los cabos que me lanzaron; lo que hice sin saber por qué fue nadar hacia ella hipnotizado, arrastrado por su grandeza.

Pude ver su gran ojo: profundo, triste y oscuro, me miraba con humanidad, acerqué la mano y la acaricié. Sentí una sacudida. Me sumergí. Destellos luminosos iluminaban mi mente formando imágenes que me permitían ver el fondo oceánico, descubriendo todos sus secretos a cientos de kilómetros de distancia: criaturas inimaginables, bosques y selvas de la vegetación más extraña y exuberante, cielos acuáticos de nubes de gases emanados por volcanes y fumarolas que se elevaban desde las profundidades. Buceaba sintiéndome grande y fuerte, respetando la vida que había a mi alrededor y que a mi paso crecía porque yo era riqueza.

Emergí y nadé hacia El Navegante. No conté nada a nadie ¿Qué es lo que podía contar? ni yo mismo sabía qué me había ocurrido. Tuve miedo.

Avistamos tierra y fondeamos en una pequeña bahía cerca de la costa, junto a una pequeña ciudad de entorno árido y desértico, no había muelles para el amarre, únicamente pequeñas embarcaciones de poco calado llegaban hasta lo que parecía el puerto.

Las casas eran de adobe, en la distancia se confundían con la tierra. No había vegetación excepto unas cuantas palmeras. Era una tierra arrasada por el viento, llana, extensa, donde las nubes cargadas de agua pasaban de largo sin ninguna oposición.

Desembarqué junto con el capitán el cocinero y algunos hombres. Las mujeres llevaban velos que dejaban ver mínimamente sus ojos. Los niños andaban descalzos por las ardientes arenas. El fuerte olor a excrementos y orines del ganado junto al calor agobiante hacían la atmosfera irrespirable. La gente se agolpó a nuestro alrededor vociferando y gesticulando, se empujaban unos a otros por ser los primeros. Se acercó un grupo de niños abriéndose paso entre la multitud alarmada, uno llevaba una serpiente que se retorció y silbaba de forma violenta cogida por el cuello con dos palos a modo de tenazas y los otros agitaban en el aire escorpiones que sujetaban con los dedos por el aguijón. Metieron sus capturas en el saco de un viejo y se marcharon recibiendo más de un golpe.

El viejo nos ofreció el saco con una gran sonrisa desdentada, tenía la piel de la cara arrugada y curtida como el cuero. Algunos nos echamos hacia atrás espantados por el movimiento compulsivo de la vida que había dentro, el cocinero cogió el saco y negoció el precio. El capitán se dirigió hacia las barcas amarradas e inició conversaciones con los dueños.

Me interné con el cocinero por las callejuelas de la ciudad, excitado y ansioso. Nos dirigimos hacia la zona de los artesanos: una calle estrecha y larga cubierta por altos toldos. En las puertas de las casas se exhibían todo tipo de artesanías. Le pedí al cocinero que negociara por mí el precio de algunas telas hermosas que había visto. Tenía tomada la decisión de invertir mis pagas como hacían los personajes de los libros que leía, con la intención de hacer con el tiempo una pequeña fortuna con su venta. Quizá esa fue la primera vez que sin saberlo contemplé la posibilidad de que un día abandonaría El Navegante.

Caminaba de vuelta muy satisfecho con mis primeras adquisiciones, aunque todo el mérito había sido gracias a las implacables negociaciones del cocinero, que luchó mi dinero como si fuera suyo, gritó y se golpeó el

pecho como cualquiera de ellos; apunto estuve varias veces en el transcurso de aquellas acaloradas discusiones de abandonar mi idea del todo, pues estaba convencido de que yo nunca sería capaz de un enfrentamiento semejante, por mucho que después se dieran la mano con una sonrisa.

El capitán había regresado al barco con varias barcazas en las que cargaban parte de la mercancía. En apenas unos días vendimos más de la mitad de la carga. Permanecimos fondeados con la esperanza de concluir el resto de la venta. Esta vez fueron varios los hombres que acompañaron al capitán y al cocinero tierra adentro.

Ansiaba en silencio ir con ellos. Antes de partir el cocinero extrajo el veneno de los colmillos de la serpiente y de los agujones de los escorpiones, diseccionó los cuerpos cuidadosamente, sumergiendo las partes que consideró más valiosas en líquidos viscosos contenidos en recipientes transportables que envolvió con trapos y guardó entre los víveres preparados para el viaje.

Los días eran largos y tediosos durante aquellas esperas. La tripulación desaparecía durante días, los cuales dedicaba a leer para huir del tiempo. Había plegado cuidadosamente mis telas colocándolas debajo de la colchoneta de mi litera para que no sufrieran ningún daño. En los momentos de más calor en los que era imposible permanecer en la cámara de proa buscaba un lugar a la sombra al aire libre, si no era posible colocaba una lona para resguardarme del sol y me tumbaba a leer. En cambio, las noches eran frescas, podía dormir a pierna tendida sobre la red que se extendía bajo el bauprés. Era el lugar idóneo cuando el barco estaba fondeado y el sol bajo en el horizonte.

Estaba en la cocina salando pescado, al pisar, una de las tablas crujió, nada fuera de lo normal, excepto porque el otro extremo se levantó sin llegar a desclavarse y dejó escapar una tenue luminiscencia azul. Me agaché con curiosidad e intenté desclavarla con las manos, pero no pude. Cogí un cuchillo e hice palanca, la tabla saltó, se me cortó la respiración. La luminiscencia azul irradiaba del agua que había debajo, en ella nadaban libros, cientos. Los mismos que aquella silueta velada por el sol rescataba de debajo de los pies de los hombres que los menospreciaban y que yo busqué por todo el barco ¡Allí estaban! Sentía el corazón palpitándome en las sienes, inmediatamente esa felicidad se convirtió en un latigazo ¿Y si el barco estaba haciendo aguas? me puse nervioso, temblando hice palanca para levantar varias tablas. No había agua bajo ellas solo un hueco de la altura de los baos que separaba la cubierta inferior de la estructura del casco. Estaba oscuro, cogí una lamparilla para

echar un vistazo, vi lo que parecía una caja ancha y larga, la alcancé. Tenía dos cierres que pude maniobrar con facilidad, en el interior había un violín, el mismo violín que por las noches hacía hablar al viento.

Estaba fascinado; ensimismado con mi descubrimiento, tanto que casi muero ahí mismo cuando la mano oscura y fibrosa del cocinero apareció por detrás de mí y cerró la tapa de la funda del violín. Me encogí contra el mamparo de la bodega esperando lo peor. Apenas había sitio allí para los dos. Volvió a poner la caja en su sitio, colocó las tablas, metió las manos en el agua, sacó varios libros de preciosas escamas de colores que depositó suavemente en mi regazo, se levantó y abandonó momentáneamente la cocina; no pude ver a donde fue, ni siquiera me atreví a levantarme. Volvió con los libros que guardaba en mi petate, los sumergió en el agua, colocó la tabla que faltaba y después de pisar fuertemente sobre ellas desapareció por la escotilla en silencio.

La vida no es más que la imaginación de un niño que crece y la olvida; y con el olvido muere la imaginación y muere el niño, quedándose vacía. Cuando la sentí así lo que hice fue correr; correr detrás del viento sin preguntarme porqué. Todo es como es, qué más da; que el viento me lleve y que el viento me traiga, que corra el loco en su sana locura porque es el niño el que le empuja. Y mientras me empuje el niño que se atreva la cordura a cuestionarme y limitarme, e imaginaré una vida más allá de ella a la que jamás podrá acceder. Sueño; hasta mi último aliento soñaré; prefiero morir soñando y despertar, que morir muriendo sin soñar.

Una noche estando tumbado sobre la proa vi la silueta acomodarse. Seguidamente las primeras notas se elevaron hacia las estrellas en un lamento. No podía apartar la vista de él ¿Cómo el dolor se había convertido en una expresión tan hermosa, delicada y profunda? La manera en que sus ojos reflejaban el sufrimiento de la separación que le hacía morir y el anhelo del reencuentro que lo mantenía vivo. Con qué ternura la música nacía del silencio y se acababa convirtiendo en una llamada desesperada al amor, a la esperanza, a la necesidad de que la vida transmitiese su mensaje a través de los mares, y su música llegase hasta la mujer que amaba y que de su lado fue arrancada. Que supiera que la buscaba y que la buscaría durante toda la eternidad. No éramos diferentes.

Tendió su mano y me acerqué a él. Pasó su brazo por mi hombro y por primera vez en mucho tiempo sentí como mi padre me estrechaba contra su pecho antes de separarse de mí. Colocó el violín bajo mi barbilla y guió mis manos con las suyas.

Seguí tocando el violín durante aquella noche que nunca acabó, mis dedos crecieron presionando las cuerdas contra el diapasón ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba el tiempo transcurrido? Solo en mis recuerdos, sin embargo, no me veía a mí mismo. No sabía quién era y necesitaba encontrarme.

Había invertido todas mis pagas desde la primera hasta la última comprando y vendiendo telas de puerto en puerto, poseía la suficiente cantidad de dinero como para mantenerme durante una buena temporada en tierra. Lo retrasaba: no era el momento o no era el lugar que buscaba; siempre tenía una excusa para volver a zarpar, para no enfrentarme a esa decisión. Es cierto que no era lo mismo imaginar una nueva vida desde la seguridad de mi velero con la compañía del capitán y del cocinero, que poner un pie en tierra y sentirme solo frente al mundo ¿Quién era? o ¿Quién quería ser? en El Navegante siempre sería un niño y necesitaba saber si podía vivir todos esos sueños que había imaginado a lo largo de mi infancia en el mar; los que narraban los libros que leía llenando de luz mis momentos de tristeza, bajo la cimbreada llama de una lamparilla en la oscura cámara de proa, durante una vida en la cual la intimidad media unos escasos centímetros en los que cada uno creaba un abismo con sus propias leyes universales.

Las dudas crean inseguridades y las inseguridades miedos que te empujan a abandonar o a continuar. Yo poseía todas las dudas, inseguridades y miedos del mundo y con ellos el empuje suficiente, debía elegir para qué. Si la vida no se construía a base de sueños como yo creía acabaría rendido, cansado de luchar contra las corrientes en algún momento de mi vida. Sin embargo, la realidad te ignora cuando no tienes el valor de hacerla tuya; te arranca el tiempo y se lo lleva, ni si quiera a un lugar concreto, lo esparce al viento dispersando en él las cenizas de la identidad de uno mismo.

Según crecí y mi infancia fue quedando atrás, el mundo se convirtió por momentos en una imagen que podía contemplar, pero no alcanzar a tocar, distante, ajeno a mí obraba sin contar conmigo, sin importarle lo que yo deseara. Seguía siendo un grumete por más que hiciera las veces de marinero, timonel o cocinero, y no sentía ninguna motivación por esforzarme más de lo necesario, no era la vida que había elegido. Estaba claro que no llevaba el oficio de marinero en la sangre, más bien encontraba justificación en él para no pertenecer a ningún lugar. Había otras vidas por vivir, las percibía desde el movimiento perpetuo de las corrientes oceánicas; cuando llegaba y cuando zarpaba de una tierra a

otra, cada una con la luz de su propio sol, de su propio tiempo.

Ella en la tormenta

Es de noche, intento dormir, estoy muy cansado. El movimiento del barco, las tablas crujiendo, los murmullos de las conversaciones de algunos compañeros, todo me resulta molesto y no me puedo relajar. A ratos, adormecido mezclo la realidad con los sueños y doy pequeñas cabezadas.

Las voces se acallan, los lamentos de El Navegante sometido a las presiones del viento y del océano se alejan lentamente hasta que me quedo sumido en el movimiento, no hay nada más, siento por fin como todo mi cuerpo se relaja. Una corriente fría acaricia un lado de mi cara. Intento moverme y abrir los ojos, no puedo. Estoy paralizado. Lucho por moverme, por despertar, me domina el terror gélido como la respiración que susurra en mi oído, soy plenamente consciente de todo lo que me ocurre e intento controlar el pánico, me dejo llevar.

Estoy dentro de la respiración, recupero el movimiento y abro los ojos. El tono de la oscuridad ha cambiado. Me incorporo... Está frente a mí; dulce, bella y pálida como la luna. Su rostro cambia como las mareas. Siento un profundo amor por ella. Se acerca despacio, estira su mano hasta rozar mi frente. Me muestra el apocalipsis y estoy en él. La oscuridad vuelve a ser oscuridad. Las visiones me han dejado conmocionado. Sigo tumbado con la mirada perdida, asustado, no me atrevo a cerrar los ojos. No quiero volver a dormir nunca más.

Con la primera claridad del amanecer me siento seguro y bajo la guardia, el sueño se apodera de mí sin darme cuenta, hasta que el cocinero me despierta. Dormir me ha venido bien. La mañana es hermosa y cálida; de azules intensos y buenos vientos que limpian mi mente y la aclaran.

El océano está en calma. Es fácil contemplar la belleza del mar bajo la protección de El Navegante y muy difícil ver la verdad que se esconde detrás de esa ilusión. No puedo quitarme de la cabeza lo que he visto en la noche. Comienzo a trabajar para mantener la mente ocupada mas esa

sensación de temor ya no desaparece.

Las horas se suceden lentas. El viento suaviza las altas temperaturas sobre la cubierta, abajo en la cámara el calor es asfixiante, el cocinero y yo nos relevamos cada poco tiempo. Lleva observándome toda la mañana, a veces pienso que puede ver dentro de mí.

Un nudo me oprime la garganta cuando miro desde la cocinilla hacia el lugar donde apareció ella. Escapo al exterior, me siento y trato de calmarme. Me llama la atención la presencia del capitán sobre el puente, observa el horizonte limpio y azul hasta que aparecen tras él las primeras nubes. Continúo sentado viendo cómo se forma un frente que va cercando el cielo. La luminosidad del día se apaga y cesa el viento. Huele a tierra mojada.

Se suceden los primeros relámpagos en la distancia. El capitán da las primeras órdenes. Aseguramos todo, nada queda sin amarrar. Crece la tensión ramificándose silenciosa entre la calma. Arriamos las velas que cuelgan inertes. Cambiamos el foque y la mayor por las de tormenta. Queda clara la intención del capitán. Correr el temporal.

La seguridad que nos trasmite su tono de voz nos da una momentánea tranquilidad, nada nos queda más que la fe, en él, en el velero, en el creador, en lo que sea. Necesitamos agarrarnos a lo intangible para mantenernos a flote ante lo inevitable. La luz es cada vez más tenue y espectral. Los relámpagos son mucho más luminosos y se desencadenan a nuestro alrededor en todas las direcciones. No es una sola tormenta si no varias confluyendo en un punto, nosotros.

Somos observadores sin más. No hay nada que podamos hacer para intervenir en ella y cambiar su designio, solo seguir recogidos en nuestro silencio. El sonido de los truenos retumba reverberando sobre la cubierta, haciéndola estremecer. El Navegante espera, silencioso, entregado, pero no rendido.

Todo es tan bello como aterrador. La tormenta evoluciona viva como nuestra ansiedad. Nada hay en el horizonte que nos pueda resguardar. Jamás he sentido fluir la vida con tanta fuerza como ahora que no sé si habrá mañana. Mi miedo es mayor que el de cualquiera porque no han visto lo que ella me ha mostrado. El cielo se retuerce en una gran masa espiral de nubes; la oscuridad es mayor, los rayos se acercan, son de una magnitud tan colosal que nos obliga a contraer todos los músculos del cuerpo con cada descarga. La visión del capitán Roy Randall con las manos sobre la rueda del timón me tranquiliza. Busco al cocinero y es su

mirada la que me encuentra. Ahora tengo la certeza de que sabe lo que he visto, en sus ojos encuentro mi valor alimentado por el suyo. Ya no es tanta mi soledad.

Se levanta una ligera y fresca brisa que apenas sofoca el calor asfixiante que nos agobia, cuando se abren las puertas del infierno convirtiéndose en un viento huracanado de través que levanta las olas embistiendo a El Navegante, propinándole el primer embate escorándolo violentamente a estribor hasta que la mitad de la cubierta queda sumergida en el océano. No hay sonido alguno que no sea el bramar del viento y del mar. Los hombres flotan sujetándose donde pueden en una escena de gritos sordos y de imágenes dramáticas iluminadas brevemente por los relámpagos una y otra vez. El capitán lucha con el timón por recuperar el control sobre el velero. El oleaje me voltea y me desorienta, necesito respirar, no encuentro la superficie. Todo sucede muy rápido, aunque lo vivo lentamente. No llego a abandonar la cubierta porque el mismo océano arremete contra ella escorándolo al lado contrario. Arrastrado por las olas y la desesperación encuentro en mi camino a la muerte la jarcia fija del palo mayor que me atrapa como una tela de araña a un insecto.

El Navegante resiste y emerge de entre las masas turbulentas de agua levantando su proa, desaguando la cubierta el tiempo suficiente para que nos mantengamos con vida. Escalo la jarcia. El capitán lucha para poner popa al viento, pero esta rola enfurecido de una dirección a otra. En mi huida desesperada de la muerte me dirijo directamente hacia ella, los bandazos del viento y del océano son de una violencia terrible en la altura, amenazan a cada instante con lanzarme al abismo.

El cielo se abre y el océano se invierte. A diferencia de un insecto que lucha por escapar de la tela de araña yo lucho por permanecer en ella, retuerzo mis extremidades entre los flechastes para sujetarme con firmeza. Por primera vez levanto la vista, miro a mi alrededor y veo el final de los tiempos donde ya estuve en la noche, y lloro de soledad. Aprieto fuerte mi cara contra las cuerdas, las muerdo, sé que a medida que mis fuerzas fallan y mi cuerpo se agota, la muerte se acerca.

Entre lágrimas confundidas con la lluvia torrencial y el dolor de los músculos heridos por el roce y la presión de la jarcia siento repentino el aliento frío respirando en mi oído, una suave caricia que remite mi sufrimiento. El viento queda atrás azotando mi cuerpo, oigo una voz que silencia la tempestad, ¡Resiste! Es ella, separo la cara de la jarcia y la busco en la tormenta.

El capitán se ha hecho a duras penas con el control del velero. Descendemos profundos valles, las crestas de las olas superan la altura de los mástiles. La lucha del viento contra el océano es encarnizada. Para mi desgracia soy el privilegiado testigo del poder de destrucción de ambos tiranos. Ignorados, maltratados e insignificantes resistimos. No sé por cuanto tiempo. Casi no tengo fuerzas para pensar, ni si quiera para pedir que se apiaden de nosotros. La sangre de las rozaduras se diluye cayendo a chorros con la lluvia. Ya no noto la mandíbula de morder con fuerza la jarcia para sujetarme. El océano se levanta hasta superar varias veces la altura de los palos que rozan con sus penoles escorados la inmensa masa de agua. Tengo que levantar la cabeza para ver cómo se pierde en la altura, inmisericorde para con nosotros que surcamos su seno.

No es el fin de los tiempos, es el fin de nuestro tiempo; el fin de nuestra vida. Es tanta la impotencia y la ira ante la injusticia de morir cuando quiero vivir que reúno mis últimas fuerzas para gritar, ¡Si acabas con nosotros quien va a contar tu grandeza! ¡Nadie la conocerá jamás! ¡Necesitas el alma del poeta!

El espectáculo es sobrecogedor, el océano estalla sobre sí mismo. Mis brazos y mis piernas se deslizan... no tengo fuerzas para soportar el empuje... no tengo fuerzas para pensar ni para luchar. No siento el huracán sino muy lejos de mí. No distingo la realidad más allá de los sueños que nublan mi mente. Mis dedos pierden el contacto con la jarcia y mi cuerpo queda liberado en el vacío, flotando como si el tiempo se hubiera detenido para mí. Noto en mi piel fría el contacto cálido del brazo que me sostiene, me dejo ir, me abandono a su seguridad, todo se diluye en un profundo sueño. ¡Resiste! oigo la voz lejana que se apaga.

El cocinero carga conmigo en lo alto del palo, frente a la turbulenta muerte que nos acecha. Arriesga su vida para salvar la mía. Desciende lentamente bajo las furtivas e impotentes miradas del capitán Roy que lucha extenuado junto con el bravo velero.

Se entremezclan voces y ratos de silencio, imágenes incoherentes y absurdas. Me encuentro caminando por las viejas calles cercanas a la casa de mis padres; veo a los chiquillos con los que solía jugar despreocupado de la vida. Llego hasta la fachada de casa, aunque no es la misma y está situada solitaria en una playa de arenas blancas, la reconozco como mía.

Lloro de felicidad al ver a mi madre en la parte de atrás tendiendo blancas sabanas al viento. Corro hacia ella, cuando me ve extiende sus brazos rodeándome con ellos. La amo tanto que quisiera quedarme a su lado para siempre. Mi alma ríe y llora llena de dicha. Mi padre aparece con su

figura triste y cabizbaja, sonrío al verme, siempre sonrío al verme, corro a abrazarlo, él aparta la tristeza durante un instante, en sus ojos queda reflejado su amor y con él poco a poco me alejo sin poder evitarlo. Detrás de la casa en la orilla del mar la veo a ella, con su rostro cambiante como las mareas inocente y puro; aunque estiro mis brazos no logro alcanzarla.

Tengo calor y frío, el cuerpo débil y enfermo, me pierdo en largos ratos de quietud sin tiempo. Vuelvo cuando noto fricciones por todo el cuerpo y oigo una extraña y profunda voz que me habla. No soy capaz de quedarme, retorno a la oscuridad. Así una y otra vez en un absurdo sin sentido, en un mundo sin forma, hasta que la voz me despierta y puedo abrir débilmente los ojos por un instante; distingo borroso el rostro oscuro del cocinero junto a mí. Cada vez que abro los ojos él está a mi lado. La debilidad solo me permite mirar sin entender y oír sin escuchar. Acerca sus labios a mi oído y susurra en voz baja, mi nombre es Mumbusu y a ti te llaman Jonás, te temen porque desafiaste a la tempestad.

Un hombre negro

Las horas pasaban lentas, los marineros evitaban acercarse a mí. Cuando me subía la fiebre y comenzaba a delirar Mumbusu cargaba conmigo escotilla arriba, me tendía sobre la fría madrugada y bajo las estrellas me hablaba mostrándome la luz de su memoria: Llegaron por la noche remontando el río con grandes barcas. Armados. Eran los demonios de las historias que nos contaban de niños. La gente corría desesperada intentando huir. Golpeaban a los hombres que oponían resistencia; mataban a los ancianos. Mi mujer me miraba con nuestro hijo llorando entre sus brazos; creía en mí. Cuando los intente llevar hacia el bosque varios hombres se nos abalanzaron. Luché deseando que me matasen antes de ver cómo le arrancaban a nuestro hijo de las manos llevándoselos a ambos a la fuerza, ella gritaba mi nombre con los brazos extendidos hacia mí. Derribé a todos cuantos se interpusieron en mi camino hacia ellos. Hasta que los perdí entre el tumulto y la oscuridad; entre la locura, la violencia y las llamas; entre cadáveres mutilados y

ensangrentados tendidos en la tierra. Me rodearon, pensé que los espíritus de mis ancestros no me dejarían vivir con la humillación y el dolor de no haber protegido a los que amaba. Ese fue mi mayor castigo. Vivir con ello.

Desperté encadenado, la cabeza me dolía. La gente lloraba y gemía. No podíamos hablar entre nosotros, no sabíamos que ocurría ni adonde nos llevaban. Había varios hombres armados que no nos dejaban movernos. Nos golpeaban y se reían. Grité el nombre de mi mujer y de mi hijo con la esperanza de que estuviesen allí, lo único que logré fue que se ensañasen conmigo. Lloré y temí por ellos. La amargura y el dolor oprimían mi corazón cuando pensaba lo que podían estar sufriendo.

Descendimos el río durante días pasando sed y hambre. Nos llevaron a una fortaleza construida con grandes piedras y altos muros en la orilla del océano. Un océano que jamás había visto: la belleza de la creación, frente al horror creado por el hombre. El sufrimiento y la desesperación de miles de seres humanos. Existe el infierno y lo hemos creado nosotros. Yo estuve en él.

Miraba aterrorizado buscando a mi mujer y a mi hijo, había hombres colgados gimiendo, despellejados por los latigazos, mujeres y niños llorando. Continúas escenas de violencia y tortura. No quería creer lo que estaba viendo; me sumí en un estado de amargura y de tristeza que jamás me ha abandonado.

Cada noche al cerrar los ojos, mi mujer gritaba aterrada y el llanto de mi hijo desgarraba mi alma. Me despertaba sudoroso, enfermo por el padecimiento que solo calmaba la ira y el deseo de venganza. Aun hoy Jonás no he sido capaz de encontrar paz dentro de mí. Siento el mismo dolor, tan intenso como si acabara de ocurrir, lucho por contener mi odio, por no convertirme en uno de ellos.

Encontré descanso en la extrema debilidad que me produjo la sed, el hambre, los malos tratos y las torturas que día tras día yo mismo provocaba castigándome por seguir vivo. Ellos veían el odio en mis ojos, en mis gestos y me sacaban de entre los demás para que sirviera de ejemplo. Fui latigado, colgado al sol durante días, la piel se me cayó a tiras y mi cuerpo se convirtió en una masa sanguinolenta y seca llena de moscas, me di cuenta de que no iba a encontrar lo que buscaba, no me iban a permitir morir.

Fuimos hacinados como animales en la bodega de un barco, encadenados. Si pensábamos que no había nada peor, pronto deseamos no haber

nacido. Mareados y deshidratados nos consumía la debilidad dejándonos indolentes sobre nuestros vómitos; entre las infecciones y las enfermedades que flotaban en el aire saturado. A cuantos vi morir sintiendo que eran afortunados. También vi a muchos mostrar lo peor de sí mismos para sobrevivir. Aprendí que la maldad es indiferente al color de la piel.

Éramos mercancía. Mi cuerpo no era mío, mi vida no era mía. Carecía de inteligencia, corazón y razón. Y tenía que cuidar mucho de que así fuese, de no mostrarme nunca mejor que cualquiera de ellos. Me manoseaban, me abrían la boca, golpeaban mis músculos y mi abdomen. No había humanidad. Me retorció en mi interior como un león apresado. Mis ojos reflejaban el odio que me dominaba. Subasta tras subasta nadie me compraba por temor, era un mal negocio y el tratante se volvía loco descargando su furia contra mí.

El último viaje antes de ser vendido fue el más largo. Llovió todo el tiempo, el camino estaba embarrado, caminábamos encadenados empujando una carreta incapaz de rodar en los lodazales. Junto a mí iba un hombre que solo recordaba ser esclavo. Su amo había muerto y después de una vida lo volvían a vender. Una de las veces que tuvimos que empujar el carro cayó lastimándose una pierna. A penas se quejó, se levantó y continuó empujando. Al rato arrancó un trozo de tela de sus ropas, se la ató alrededor de la herida y caminó cojeando. Llegó un momento por las duras condiciones del camino en el que no fue capaz de seguir el ritmo y volvió a caer al suelo. Cargué con él sobre mis hombros. Me miraron ladeando el ala sus sombreros sin decir nada y proseguimos.

En la noche, a la intemperie bajo la insistente lluvia me habló. Si quieres la libertad no dejes ver al león ¡Escóndelo! Que no sepan quién eres ni de lo que eres capaz ¡Pasa desapercibido! me insistió incluso haciéndome señas con las manos por si mi silencio se debía a mi falta de comprensión. Aunque para un hombre como tú sea difícil ¡Aprende todo lo que puedas! Y no muestres lo que has aprendido a nadie, enfatizó en voz muy baja. Cuando lo hayas hecho, te lleve el tiempo que te lleve, los hombres que son como tú se acercaran a ti porque así ocurre y así ocurrirá por siempre, es ley divina.

Si yo no he perdido la esperanza que mi vida se acaba, no la pierdas tú. No te dejes dominar por el odio, te traerá más sufrimiento. ¡Soporta lo que te aguarda! Templa tu espíritu, tarde o temprano aparecerá la oportunidad que yo no supe ver.

Jamás seré libre pensé. Ni aun viviendo en libertad. El hombre se arrebuja con la lona mojada intentando dar calor a sus fríos huesos. Y leyendo mis pensamientos prosiguió: ¿Crees que esos hombres armados que nos acompañan son más libres que nosotros? Sus cadenas no se ven, están sujetas a la de su señor. Obedecen. Aquí los tienes bajo la misma lluvia que no entiende de clases. Sí, están un poco mejor que nosotros que somos esclavos, pero en comparación a sus señores esta noche, apenas hay diferencia.

He tenido muchos amos, más esclavos de sus plantaciones, de sus ambiciones y de sus fortunas de lo que seremos nosotros nunca. Rezaban a Dios por la salvación de sus almas a la vez que las condenaban siendo siervos de la riqueza que veneraban. No te hablo de la libertad que te permitirá un día esclavizarte con el amo que tú elijas libremente. Ni de las leyes que la suavicen y enmascaren. Te hablo de la libertad que proporciona el crecimiento humano. El conocimiento. No vivas y mueras sin saber quién eres, como yo. Si perdiste como reflejan tus ojos, ayuda a que otros no pierdan. Si te lastimaron, ayuda a que otros no sean lastimados. En mi vejez me doy cuenta que no hay mayor libertad que vivir con un propósito, por loco e inalcanzable que parezca. No soy más que un viejo esclavo analfabeto... que ha estado una vida observando y escuchando. Se dio media vuelta sobre el suelo embarrado, se resguardó de la lluvia debajo del carro, apoyó su cabeza contra la rueda y se durmió.

Apenas podía andar el tiempo suficiente para que su cuerpo entrara en calor. Le frotaba las piernas y los brazos mientras lo llevaba sobre mis hombros, todo era inútil, enfermaba. Quisieron abandonarlo, me opuse a pesar del látigo y de las armas. Estaba dispuesto a morir antes que dejarlo tirado en el camino presa de los carroñeros. Supongo que cuanto más deseas la muerte más se aleja.

Le quitaron el alimento, no hacía falta malgastarlo con un moribundo, hasta que finalmente una noche toco mi cara y suspiró. En su rostro nada quedó del sufrimiento ni de la esclavitud. Allí quedaba un hombre bueno y libre al fin.

Llegamos a la ciudad más grande que había visto hasta entonces, vi la franja del océano al fondo. Nos volvieron a encerrar como a animales a la espera de la subasta. Ese mercado no era como los demás, allí no estábamos por cientos sino por miles. Buscaba con la mirada entre las mujeres y los niños con una luz de esperanza que pronto se apagó al ver el trato vejatorio al que eran sometidos. Preferí que ambos estuviesen muertos a soportar aquel mercado de carne. El dolor afloraba, se reflejaba

en mis ojos. Y como bien me advirtió el viejo, el odio trae sufrimiento. Así se manifestó en el cruel rostro del hombre que se puso frente a mí y que ni siquiera negoció, pagó lo que el tratante frotándose las manos le pidió. Quería mi odio para aplastarlo bajo su ego y mostrar la superioridad que por sí solo era incapaz de alcanzar.

Abandoné la ciudad. Durante el trayecto oía cantar a las mujeres de forma melancólica en los campos, el restallar de los látigos en el aire y los gritos de los capataces. Cuando llegamos nos formaron en fila frente a la gran mansión. El dueño se colocó sobre los escalones de la entrada. Tenía el rostro enrojecido por el alcohol, el pelo rubio y escaso, no era muy alto, estaba entrado en años y en carnes. Se acercó a mí. Le sostuve la mirada con el mismo odio y desprecio que él sentía por mí. Sin apartar sus ojos de los míos les dijo a todos ¡Este negro se cree mejor que vosotros, lo cual no me extraña porque sois basura! ¡Lo peor es que se cree mejor que yo! Quizá porque es fuerte y con su altura puede mirarnos a los demás por encima ¡Pues yo te enseñaré lo que es la humildad! ¡Y a bajar la cabeza delante de tu amo! Por si acaso no entiendes mis palabras, entenderás mis actos, susurró acercando su pestilente aliento a mi cara.

Habló con dos hombres, me ataron las muñecas, montaron en sus caballos y me arrastraron por el suelo. Pasaron las cuerdas por la gruesa rama de un árbol elevándome en el aire, me azotaron hasta que mi espalda quedó en un charco de sangre. No había dolor físico que superara al de mi alma. Al de la brutal separación de mi familia, a su anhelo. Allí colgado y moribundo superé el umbral del dolor como tantas otras veces lo había hecho, permitiéndome volver caminar por las llanuras de mi tierra junto a los míos. Bajo el infinito cielo azul que las cubría, sintiéndome libre y feliz con ellos.

Me sometieron a los trabajos más duros y denigrantes. Los capataces entre los que había hombres de mi raza hacían turnos para que trabajara sin descanso, sin dormir, de día y de noche. Cada vez me sentía más fuerte alimentado por del odio. Llevaba los tobillos ulcerados por los grilletes; temían que me escapara una noche y que acabara con todos ellos. Puedo asegurarte que no fueron pocas las veces que lo pensé.

Una madrugada varios hombres me vinieron a buscar a la cabaña donde dormía encadenado junto a los perros. Me arrastraron al exterior, me ataron a un poste de madera junto a una hoguera. Apareció el dueño de las tierras. Si es que las tierras tienen dueño; a pesar de mi profunda ignorancia de negro salvaje, el hombre muere y la tierra queda. Quería

que hablara, que lo llamara amo.

Desde que llegué y con el paso del tiempo todos dieron por hecho que alguna enfermedad mental me había quitado el habla. Sin embargo, aquella madrugada el señor de los suyos dijo que sabía cómo hacer para que mi voz volviera. Llevaba el tiempo suficiente observándome como para darse cuenta de que entendía. Además, me dijo, hasta las bestias gruñen. Y tú gruñirás si no eres capaz de hablar delante de tu amo. Miré al cielo y pensé que por fin había llegado el final.

Soporté el dolor en silencio. Clareaba cuando agotados de golpearme y yo de ser golpeado fueron apartados por su amo. Extrajo de la hoguera un hierro candente. Ya no tenía fuerzas para asustarme, mi respiración era débil y mi corazón se debatía entre si valía la pena seguir latiendo para vivir una vida como esa o parar y encontrar la paz y el descanso eterno. Con él me cruzó pecho lentamente, miré a sus ojos clavados en los míos esperando ver mi dolor, enfermo y cruel. No me iba a dejar vencer por un hombre así, sellé mis labios y soporté temblando aquella tortura hasta que impotente arrojó el hierro contra las llamas. ¡Dejadlo que se muera! gritó en un estallido de cólera provocada por la derrota que jamás admitiría, y se marchó.

Habría muerto de no ser por unos cuantos hombres y mujeres que aún arriesgo de provocar la ira del asesino contra ellos pusieron cataplasmas sobre mis quemaduras y heridas, evitando que se infectaran. Aunque me tuvieron que dejar a la intemperie estuvieron pendientes de mí. Se organizaron para no ser vistos y que no me faltaran cuidados mientras trabajaban en los campos. Mandaban a los niños a jugar alrededor mío, con la excusa de ir a recogerlos me daban de beber o me lavaban las heridas. No sé por qué no me dejé morir. Quizá porque muy dentro de mí mantenía la esperanza de volver a ver a mi mujer y a mi hijo en esta vida.

Fue un hombre blanco el que les pidió ayuda para que me desataran y me llevaran dentro de una cabaña. Atendió mi grave estado de salud durante varios días. El dueño no se pudo oponer.

Era médico, hermano de la esposa del tirano, la única dueña de las tierras. Él le había cedido la parte que le correspondía de herencia, horrorizado por una infancia rodeada de injusticia y de malos tratos. Un hombre de alma sensible y de ciencias que visitaba la plantación muy a su pesar todas las semanas para cuidar el delicado estado de salud de su

hermana.

Se paseaba por las tierras sin dar cuentas a su cuñado de lo que hacía en ellas en cuanto al tratamiento de heridas y enfermedades, en un intento de paliar el exceso de brutalidad que allí se daba y del que se sentía en parte responsable. Al otro le molestaba su presencia, lo aborrecía, pero lo dejaba hacer porque no se inmiscuía en los asuntos de la plantación. Venía y se marchaba lo más rápido que podía. Solo su humanidad le hacía quedarse si había casos graves. Era su forma de manifestarse contra la esclavitud, de transformar el dolor y el sufrimiento del que se vio rodeado en su niñez.

Cuando me recuperé me reincorporé a los trabajos más duros, ya no volvió a haber un ensañamiento directo conmigo, incluso acabaron por convencerse de que nadie aguantaría tales torturas si de verdad no le faltara el habla... y algo más. Me instalaron en una cabaña con varios trabajadores, una anciana y su joven hija de piel clara, heredera de la belleza de su madre y de la sangre blanca de su padre. Aquellas dos mujeres hacían de aquel cuchitril algo habitable, un hogar. Era lo más cercano a una familia que había tenido en mucho tiempo y me hizo bien. Me di cuenta de que el mayor problema de la gente como yo era la ignorancia que nos embrutecía. Comprobé por mí mismo que se esforzaban demasiado por mantenernos así.

Un día a media tarde volví a la cabaña, entré pensando que no había nadie, sorprendí a la joven mujer, el miedo en sus ojos delató que estaba incurriendo en una falta grave. Me acerqué a ella. Sacó temblorosa de entre los pliegues de su falda un libro. Teníamos prohibida cualquier forma de cultura. Ambos nos quedamos en silencio rumiando nuestros pensamientos. Ella permanecía inmóvil, y con la respiración agitada. Enséñame a leer, le dije en voz muy baja. Los dos tenemos secretos que guardar. La joven palideció al oír mi voz, se tranquilizó cuando cogí su mano. Me estremecí al sentir el suave tacto de su piel, y por unos segundos sostuve la mano de mi mujer entre las mías; llegó hasta mí el aroma y la calidez de su cuerpo. Permanecí perdido en mis recuerdos tratando de contener el dolor. Ella titubeó, al final se decidió a preguntarme con voz asustadiza que por qué había aguantado todas esas torturas que casi me llevaron a la muerte si podía hablar. Respiré profundamente fijando en mi mente el bello rostro de mi mujer y le respondí que era el dueño de mi silencio, no el esclavo de mis palabras, a nadie llamaría amo. Soy un hombre nacido libre.

Buscamos momentos para leer todos los días lejos de las suspicacias y rumores, alejándonos de madrugada entre los árboles hasta una pequeña choza semiderruida que ocultaba la luz de una pequeña vela que usábamos para ver en la oscuridad. Aprender a leer me cambió como hombre y cambió mi vida. Eran libros de medicina de difícil comprensión para mí, pero no para la joven Hope, que por su inteligencia había sido elegida por el médico como su ayudante en la plantación.

Ella fue un ángel que cambió mi forma de ver el mundo, me enseñó a comprender, a pensar y a apasionarme por la medicina como un medio de ayudar a los demás. Ya tenía un propósito para aguantar las duras jornadas de trabajo. Tenía una razón para que llegara mañana. Aprender con Hope.

En ausencia del médico Hope no podía abandonar la casa hasta el anochecer, así que si ocurría cualquier accidente durante el día o los capataces lubricaban el látigo en sangre, yo aplicaba las primeras curas hasta que por la noche los podía ver ella. Me hice respetar entre los míos. Aprendí hacer remedios caseros: infusiones, medicinas, cataplasmas, a utilizar el veneno de algunos reptiles como antídoto. Todo me lo enseñaron los libros.

Llegó a oídos del doctor que el negro gigante sin habla tenía poderes que curaban. Cierta día se acercó a mí. Me han dicho que dominas la magia que sana a las personas. En cambio, no eres capaz de sanarte a ti mismo. No le contesté ni le miré, seguí trabajando. Ni siquiera la cruel medicina de mi cuñado consiguió que hablaras el día que te encontré moribundo. Es evidente que oyes, de ahí no viene tu falta de voz. Supongo que tienes otras razones para no querer hablar y tienen que ser muy fuertes viendo tus cicatrices. Respetaré tu silencio, no es eso lo que me ataño sino tu magia. Quizá la hayas aprendido fuera de estas tierras, aunque me resulta curioso porque encuentro cierto parecido con la mía y en esta plantación solo hay una persona a la que yo haya enseñado, la señorita Hope. Si después de lo que te ha hecho sufrir parte de la raza humana, como muestra tu cuerpo, aún eres capaz de conmoverte por los demás y de ayudarlos, sígueme, necesito dos buenas y hábiles manos.

Cuanto antes aprendas antes podré perder de vista este lugar abominable. No tengas cuidado por el amo, dijo con tono irónico después de un largo rato caminando en silencio. Aceptará lo que sea con tal de no verme más

por aquí. Mi hermana se recupera. Me quedaré más tranquilo sabiendo que alguien tiene el conocimiento para ocuparse de estas pobres gentes. Lo siento por ti amigo mío porque la única flor que ha dado este lodazal me la llevaré conmigo. Era un hombre bueno, el primero de piel blanca que conocía, para mí fue una señal.

Seguimos ocultándonos noches enteras en la destartalada cabaña, leyendo y aprendiendo de los libros que el buen médico dejaba deliberadamente en la casa al alcance de Hope. Aquello compensó durante mucho tiempo las escenas de castigos y tratos vejatorios que se infligían a diario en la plantación, ya tenía un arma para luchar contra la frustración y la impotencia que me producía. Podía paliar el dolor de los demás y curar sus heridas a la vez que curaba las mías.

Hope se marchó, y con ella los libros y las noches de estudio. Mi espíritu se contagió de la nostalgia y de la melancolía. El tirano se mostró más violento y agresivo tras perder a Hope en beneficio de su cuñado. La señora que adoraba la sensibilidad de su hermano y el amor con el que la había cuidado no pudo negarse a la petición del joven como muestra de gratitud.

Todos los días me acercaba a los perros y les daba de comer, incluso de mi propia comida. Me conocían porque había dormido encadenado junto a ellos y procuraba que no se olvidasen de mí. Un día tarde o temprano los mandarían a darme caza.

El recuerdo de las extensas llanuras vírgenes de mi tierra golpeaba mi corazón y el espacio abierto y libre inflamaba mi espíritu cada día más. Por las noches las pesadillas me atormentaban de nuevo. La tristeza fluía espesa por mis venas. Me preguntaba una y otra vez que empujaba al hombre a tratar así a sus semejantes y no encontraba una respuesta. Incluso entre los míos observaba esa conducta. Los marginados a su vez marginaban para sentirse superiores, en lo más profundo de sus tinieblas querían ser como su amo.

A primera hora de una soleada y fresca mañana apareció en la plantación un carruaje. Me acerqué a él para hacerme cargo de los caballos. Descendió de su interior un hombre alto, trajeado, de largas barbas blancas y unos lentes redondos. Me miró fijamente unos instantes reconociéndome, me llevó a un lado y me preguntó si yo era el negro sin

voz, asentí. Venía de parte del hermano de la señora en una visita rutinaria. Me dijo que la señorita Hope era una ciudadana libre. Me pidió amablemente que me mantuviese cerca. Solté los caballos y los llevé a la cuadra. Pensé en la dicha de Hope y la bondad del doctor.

Cuando estuvieron listos los acerqué al carruaje, el hombre apareció dando por finalizada su visita y aprovechó el tiempo que tardé en engancharlos para decirme en voz muy baja y sin demora, solo son rumores, quizá ni siquiera sea verdad y no valga la pena arriesgar la vida por una habladuría, pero eso es algo que debes de decidir tú. Se dice que hay un velero de nombre desconocido, su capitán enrola esclavos que convierte en marineros libres. Nadie lo ha visto ni han dado fe de su existencia. No trato de darte falsas esperanzas y si por mí fuese ni si quiera te estaría contado esto. Algunos antiesclavistas han difundido el mensaje de que está atracado en el puerto. La ciudad está lejos hacia el este, el viaje es peligroso y quizá, aunque consigas llegar sin que te atrapen no encuentres nada. Piensa si vale la pena arriesgar tu vida, si es así te deseo toda la suerte del mundo.

El momento había llegado, era ahora o nunca. Volvería al océano que me trajo aquí o moriría con la dignidad de intentarlo. Me juré a mí mismo que si conseguía la libertad no hallaría descanso ni siquiera en la muerte, buscaría a mi mujer y a mi hijo vida tras vida hasta dar con ellos.

Preparé una pequeña dosis de veneno y lo mezclé con la comida de los perros. Lo suficiente como para que los animales anduviesen desorientados, sabía por la experiencia de otros que se iniciaría una cacería a la que se irían uniendo los dueños de las plantaciones vecinas. Contra más tarde notaran mi ausencia y más tiempo tardaran los animales en reaccionar más posibilidades tendría de escapar.

No conocía los caminos ni las tierras de alrededor porque no había abandonado la plantación desde el día en que llegué. Solo sabía que debía correr hacia el este. Al ocultarse el sol esperé la aparición de las primeras estrellas, las observé. Una vez que la plantación quedó en silencio me convertí en el cazador que había sido. Los peores presagios que habían albergado durante tanto tiempo los capataces y el señor de las tierras se cumplieron. Uno a uno cayeron los vigilantes sin darles tiempo a dar la voz de alarma. No acabé con sus vidas, me conformé con ver el miedo en sus ojos.

Abandoné la plantación hacia el oeste dejando un falso rastro hasta que mis pies dieron con una ciénaga, busqué las estrellas y corrí con todas mis fuerzas lejos del dolor y del sufrimiento que había vivido. Me aparté de los

caminos y de las zonas habitadas por pequeñas que fuesen. Tras largos días de huida la ciudad apareció recortada contra el horizonte.

Logré ocultarme en las estrechas callejuelas circundantes al puerto, mal olientes y llenas de suciedad donde comí despojos que tiraban de las tabernas y dormí junto a mendigos y borrachos. No oí ningún comentario respecto a un barco salvador. Había cientos flotando, la visión de cualquiera de ellos me aterraba.

Al oscurecer me acercaba a los muelles y me escondía para escuchar las conversaciones de los marineros. Sabía que un velero podía ser peor que una plantación. Había vivido en mis carnes la crueldad en un barco de esclavos. Debía asegurarme de que la desesperación y el miedo no me llevasen por error al interior de uno de ellos por precipitarme en mi huida. Debía pensar. En el peor de los casos si me descubrían en cualquier otro tipo de barco me arrojarían al mar.

Durante días los estuve observando junto con sus tripulaciones hasta que elegí uno, el que me pareció más humano. Estaban preparándolo para zarpar. Lo estuve estudiando desde mi escondite buscando el mejor lugar para ocultarme en él cuando llegara la noche.

Trepé por el cabo de amarre hasta la proa, el corazón me latía con fuerza. La silueta del marinero de guardia permanecía inmóvil. Me arrastré hasta la escotilla de la bodega y me escondí entre los bultos. Pocos minutos pasaron, aunque para mí fueron horas que oí abrirse la escotilla. Un sudor frío me heló la sangre. El vigilante me había visto desde el principio y me dejó hacer, una vez que estuve atrapado en mi propia ratonera dio la voz. Me preparé para lo peor. Me tendieron la mano y me ayudaron a salir de la bodega. Me calmé. Uno se acercó a mí, puso su mano en mi espalda y me retiró de los demás.

No puedes estar aquí, me dijo. No formas parte de la tripulación. Le conté mi historia como te la he contado a ti hasta este momento Jonás ¿Qué otra cosa podía hacer? Me estaba tratando con respeto, como a cualquier otro hombre.

Habló con uno de los marineros, este me acompañó a la cámara donde me dieron ropa limpia y una buena ración de comida. Me acompañaron de nuevo junto al hombre. Me hago cargo de tu situación, pero estamos en tierra y hay unas leyes, me gusten o no, no acatarlas significaría poner en peligro a mí velero y a mis hombres. Es mejor que no compliques más tu situación, mi consejo es que me acompañes. Una vez en tierra eres libre de seguirme o de huir. Su voz sonaba segura y me inspiraba confianza, no sé por qué me vi atrapado por él.

Caminamos hasta un puesto. Lo seguía como una oveja a su verdugo. Dos soldados se acercaron, él me dijo que esperara. Salió un tercero me

engrilletó y me subieron a una carreta. Viajamos durante toda la noche sin descanso. A primera hora de la mañana reconocí los alrededores de la plantación. El mundo se vino sobre mí. Perdí la fe, y las ganas de vivir.

El dueño acudió cuando oyó el ruido de los caballos. Nunca olvidaré su cara cuando me vio. Sus ojos se inyectaron en sangre y se frotó las manos. Atendió al hombre que me había entregado invitándolo a entrar en la casa para solventar el tema de la recompensa. Me quedé fuera junto a los soldados. Supe que mi promesa quedaba rota, que me convertiría en el hombre que no quería ser. Todo había acabado para mí, mi muerte se acercaba y con ella la del amo y sus capataces. Sobreviviría a todas sus torturas, esperaría a que cayera la noche y pondría fin a sus vidas uno por uno. Terminaría con la tiranía de ese hombre y con aquel lugar. No huiría, me sentaría en esa tierra maldita a esperar a que la ley y la justicia de los hombres que velan por la paz y la libertad de unos y permiten la esclavitud y la explotación de otros acabasen conmigo.

El hombre salió de la casa, llevaba un sobre grande enrollado entre medio de su cinturón. Lo desplegó y se lo enseñó a los soldados. Me indicó con la mano que subiera al coche. Una vez en marcha se presentó. Soy el capitán Roy Allen Randall, formas parte de la tripulación de El Navegante. Estos son tus papeles de compra.

Miré hacia la plantación, abandonaba una vida para comenzar otra. A medida que nos alejamos lloré, la vida no había permitido que me convirtiese en un asesino. El capitán pidió a los soldados que me quitasen los grilletes. Por primera vez pude viajar como cualquier hombre.

El Navegante estaba listo para zarpar. El capitán se acercó y me dijo, trabajarás para mí hasta que estemos la siguiente carga como compensación. Después podrás marcharte o quedarte. Si decides quedarte ganarás una comisión de los beneficios como cualquier otro miembro de la tripulación. Serás libre para recorrer cuantas tierras quieras en busca de los tuyos. Tienes mi palabra de que te ayudaré. Seguidamente desapareció por la escotilla de popa.

Catábasis

Suena la música bajo las estrellas en mi última noche en El Navegante. Estamos sobre la popa contemplando la tierra que aparece recortada por la claridad de la luna. Allí junto a los míos en silencio escucho la melodía del violín en las manos de Mumbusu por última vez y no puedo evitar sobrecogerme.

Dejo a los que amo para internarme solo en el mundo. Acabo una vida al amparo de mi velero para exponerme sin resguardo a todos los vientos. Es demasiado intenso el dolor de la separación como para dar muestras de él.

La tierra es el océano y yo mi propio velero. En el polvo que levantan mis pies la luz del sol proyecta imágenes de los buenos y malos momentos que viví a bordo. Soy un hombre fuerte y joven a la vez que un niño asustado.

¿Me olvidará el amor lejos del mar? ¿Me encontrará en aquellas tierras extrañas y perdidas? Quizá solo sea en el océano donde ella es capaz de atravesar mundos hasta llegar a mí.

Por más que caminé no lo encontré entre las multitudes de las ciudades, ni en la soledad de los parajes deshabitados. No lo encontré en mis primeros días de pobreza alojado en humildes aldeas, ni cuando conseguí mi pequeña fortuna comerciando en los mercados. Sí encontré la bondad y la ternura un día en los que mis pies se dejaron llevar por la soledad acabando en una aldea cerca del mar.

Dormía sobre la arena envuelto en las lágrimas de la nostalgia cuando una mujer me despertó y me invitó a su humilde casa. En ella vivía con sus dos hijos pequeños. Lo poco que tenía me lo ofreció con una dulzura y un cariño que me conmovieron profundamente. Su marido años atrás se hizo a la mar y no volvió. Ella, profundamente enamorada no perdía la esperanza. Le quise dar una parte de mis ahorros, no los aceptó. Le pedí

que me los guardase y a cambio se quedase con unos intereses.

Aquella aldea se convirtió para mí en un lejano hogar. Tras cada viaje regresaba, dejaba mis beneficios bajo su seguridad y volvía a los caminos con las manos vacías y unas pocas monedas para comenzar de nuevo.

Encontré la confianza y la amistad en la dulce madre. Mis visitas apenas duraban medio día, en el que observaba en silencio la vida familiar para recordar cómo fue mi hogar.

Con cualquier pretexto de urgencia abandonaba la casa. Ella siempre insistía en que me quedase unos días, deseándolo me marchaba para respetar la memoria del amor perdido, como lo hice aquella tarde con el sol cautivo entre las nubes, bajo un extraño presentimiento. Le dije que si no volvía que esperase unos años e hiciese uso de ese dinero para ella y sus hijos. Se esperar, me contestó. Me despedí de la mujer eternamente enamorada de un recuerdo y me marché.

No pude abandonar la playa, caminé sin saber a dónde siguiendo la costa. En mi camino se cruzó un puerto. Deambulé por los muelles y las cantinas... hacia tantos años... respiré la atmosfera cargada de olores a mar y salitre.

Permanecí por allí durante días alojándome en pensiones inmundas mientras mi alma zozobraba entre la tristeza y la nostalgia; el dolor de la búsqueda infructuosa; el desamor cubierto de vino noche tras noche. Iba a la deriva. Atracando en cada posada y hundiéndome cada vez más en las aguas alcoholizadas de la insatisfacción.

No distinguía el día de la noche, volvía a sentir que el tiempo no existía y que el mar me arrancaba el alma de la tierra. ¿Cuál era la razón de mi existencia? ¿Cuál era el camino que había perdido y cuándo, si es que alguna vez caminé por él? ¿Dónde estaba el niño que habitaba dentro de mí? No podía encontrarlo ni recuperar la visión de la vida que poseía. Estaba ciego, era incapaz de ver brillar la luz del sol sobre la materia. Después de tanto tiempo seguía sin saber quién era. Uno más entre miles, la oveja de un rebaño.

Borracho, acabé llorando mis penas tocando el violín que arranqué de las manos de un músico en una posada. Me dejaron porque me tomaron por un marinero. Bebimos, hablamos, cantamos entre imágenes borrosas y luces que daban vueltas; Mandíbulas desencajadas, ojos desorbitados y

papeles, papeles que agitaban en el aire antes de desvanecerme.

Me desperté con un terrible dolor de cabeza sin saber dónde me encontraba. Me tiraron de la litera en la que estaba tumbado y me empujaron para que me pusiese a trabajar. No recordaba conocer a ninguna de las personas que había. A pesar de la terrible resaca me di cuenta de que estaba en un velero. Cuando dije que quería hablar con el capitán me enseñaron los papeles que había firmado la noche anterior. Los que yo recordaba vagamente. Me habían engañado durante mi borrachera y sentí una enorme rabia contra mí mismo. De nada servía lamentarse, habíamos zarpado durante la madrugada. Por más que intentaba buscar una explicación, nada tenía sentido.

Era un mercante de gran tonelaje. Me llevaron a una pequeña cabina exterior a mitad de camino hacia la proa donde estaba instalada la cocina. Supuse que había hablado demasiado bajo los efectos del alcohol y que en algún momento dije que había sido cocinero.

De entre todos, a la hora de servir la cena y por muchos años que habían pasado creí reconocer una cara, a pesar de su deterioro lo delataron sus ojos. Era el tiburón. Me reconoció en la posada y aprovechándose de mi estado de embriaguez urdió el plan para vengarse enrolándome en su mismo barco. Sentí un desprecio hacia él como nunca antes lo había sentido por nadie. Él recordaba al niño, pero no conocía al hombre.

De madrugada en la litera le di muchas vueltas a mi situación, al final decidí aguantar y trabajar lo mejor posible hasta llegar a puerto. Una vez en él desaparecería. Apenas había conciliado el sueño cuando varios hombres me atacaron.

Las palizas quedaron silenciadas. Trabajaba sin descanso a las órdenes de un cocinero estúpido y cruel. El tiburón movía los hilos desde la oscuridad. Mis días se convirtieron en un recuerdo de lo vivido en El Navegante. Comencé a cambiar sin darme cuenta. Lentamente me contagiaba del espíritu sombrío de la gente de aquel velero sin nombre.

Despierto tras varios días encerrado en un camarote con heridas casi cicatrizadas. Débil y confuso. Más que un camarote parece la estancia de una bestia: oscuro y sin ventilación. Apenas me puedo mover debido al dolor. La piel me tira. Estoy vivo me digo a mí mismo. El recuerdo del

rostro del tiburón me produce náuseas, ardo de odio hacia él, lo culpo de todo lo que me ha ocurrido y de en qué me he convertido.

No soy capaz de pensar ni de razonar en mi encierro, en ese lugar oscuro y sin aire en el que me hallo perdido y desorientado en lo más salvaje de mí mismo. El animal que habita en mí se ha abierto paso desplazando al ser al fondo de esa espesa y abismal oscuridad.

Sobrevivo alimentado de la rabia y del rencor hacia los hombres como un lobo acorralado.

Me vuelvo agresivo contra mí mismo, contra cualquier muestra de compasión en mi pensamiento. Me lamo las heridas para recordar quien me las ha causado y mantener vivo el odio que me alimenta. Acecho en la oscuridad, mis ojos no ven, pero el resto de mis sentidos se han agudizado. El animal ejercita mis músculos durante el encierro, doblegada mi voluntad a él, no queda rastro de mí.

Mi cautiverio ha finalizado, me vienen a buscar para que me reincorpore a mi puesto. Una mueca dibuja una sonrisa en mis labios, evitan mirarme a los ojos porque no son mis ojos lo que ven.

Vuelvo a mi trabajo, al acecho del tiburón. Huelo su rastro de miedo, como huelo el de los demás. El cocinero actúa como si yo no estuviese allí. Cojo un cuchillo, lo afilo durante un largo rato en el que no se atreve a levantar la vista y me lo guardo en la cintura. Ya no es el cruel brabucón de días atrás. Suda a mi lado.

La mar está gruesa y las nubes oscurecen el cielo. No soporto estar encerrado en este velero con esta gente. Me falta el aire. Me tumbo en la litera, vuelve la oscuridad y la desazón. El animal se agita. ¡Tengo que acabar con esto! Presa de un arrebato de desesperación salto de la litera y corro hacia la escotilla. Salgo a cubierta. Llueve, el mar se encrespa levantando el oleaje. Respiro agitadamente, gruñendo, mirando a un lado y al otro con el cuchillo empuñado. Siento ganas de gritar.

Hay una tenue luz junto al timonel. Sé quién es. Lo puedo oler. Y camino despacio hacia él, sin prisa, hasta asegurarme de que me reconoce. Sus ojos se horrorizan, la boca se le tuerce en una mueca de terror. Ve el reflejo del acero en mi mano, se queda paralizado, no puede huir. Corro lo más rápido que puedo hacia él, viendo como su cara se descompone, lo rozo al pasar a su lado, cae al suelo de rodillas implorando, con las manos

cubriéndose el rostro. No me detengo.

Los movimientos fluyen lentos; el tiempo se dilata, corro dentro de él sin detenerme y sin avanzar. Huyendo de mí sin poder escapar, hacia la lejana popa, hacia el abismo oscuro que hay tras ella.

Me encuentro suspendido en el aire, caigo sobre el bote que cuelga de los pescantes y con un movimiento rápido e instintivo como la descarga de un rayo corto los cabos que lo amarran y caemos golpeando sobre el turbulento océano. Veo la popa del barco alejarse en la oscuridad. Suplico para que no vire en redondo.

Masas oscuras de agua se elevan en enormes crestas arrastrándome a profundos valles. No puedo hacer nada, soportar y esperar que el bote aguante las violentas sacudidas abrazado a la bancada para no salir despedido y perderme para siempre. Me sujeto fuerte, con los ojos cerrados y la cara apoyada contra mis brazos. Ya no valen las lamentaciones ni los errores cometidos, mi instinto surge para condenar mi pensamiento al silencio.

Las uñas de mis dedos sangran clavadas con todas mis fuerzas a la madera para resistir los embates del océano. Me entumece el frío, semi hundido en el agua que inunda la barca. No distingo nada a un palmo de mí, ni siquiera mi propio cuerpo.

La noche es perpetua, ni duermo ni estoy despierto; ni pienso ni dejo de pensar. Simplemente estoy y soy. No existe ayer, ni hoy, ni mañana, solo yo. Ni la lluvia, ni el océano; ni el viento, ni el bote, ni mi cuerpo; solo existo yo en todos ellos. Ni la vida, ni la muerte, solo yo en ellas. Y a medida que la noche no transcurre y permanece eterna, las aguas del océano van encontrando descanso. La lluvia amaina, el cielo se abre con un viento gélido que va apartando las nubes en el intrascorrir del tiempo.

Floto a la deriva sobre mi pequeño bote en el inmenso y desértico océano. Quizá haya muerto esta noche y no lo sepa, no hay nadie para arrojar mi cuerpo al mar. Puede que este sea el amanecer de la eternidad que llega a mi encuentro. Quietud y silencio. Agua y espacio.

Achico el agua con las manos en un trabajo lento como el mismo tiempo. Es desolador. No hay remos, debieron caer al mar durante la interminable

noche, la caña del timón está rota. Hay un palo tumbado y atado al costado del bote con una pequeña vela plegada sobre él. Veo bajo la bancada de proa cubierto por la lona de la vela el asa de un cubo. Me tiro desesperadamente hacia él. Contiene agua que pruebo con la esperanza de que sea de lluvia y la escupo.

El sol es cada vez más ardiente, me cubro con la ropa que antes intentaba secar y que ahora procuro humedecer. A falta de vientos coloco la lona de la vela de toldo. Descanso un poco y con el pozal me dispongo a seguir achicando agua, esta vez de forma rápida. A los pocos minutos debo abandonar mi tarea por culpa del asfixiante calor. Me recuesto bajo la lona y procuro no moverme. El agua que hay todavía en fondo del bote me mantiene húmedo.

Azul el cielo y azul el mar, hora tras hora no tengo otra visión esperando que el sol baje para seguir achicando agua. Quiero dormir seco cuando llegue la noche y colocar la vela si se levanta el viento. No hay rastro de vida. Ni sonido alguno que no sea el eterno chapotear del mar contra el casco.

Estoy absorto en el sonido rítmico que produce el balanceo a estribor y babor de la barca mecida por las olas. Trato de encontrar una armonía con el todo y la nada que me rodea que mantenga mi mente aislada de la desesperación. Del hambre y de la sed. El sol hace días que permanece quieto, no avanza. Arde y se refleja sobre el océano. El calor es sofocante bajo la lona. Muy de vez en cuando una ligera brisa de aire casi imperceptible penetra y roza mi rostro húmedo por el sudor, es muy breve, pero es todo cuanto tengo. Y decido aprovecharla manteniéndome mojado, vertiendo cubos de agua sobre mi cabeza. Achico el agua del mar sobre el bote. Achico el agua del bote sobre el mar.

Tomo un sorbo de agua salada y arranco una astilla de madera que mastico para engañar el hambre. Veo expandirse el vacío más allá del océano, del cielo y del sol que me abrasa.

Me quedo dormido y me despierto; o quizá muero y vuelvo a la vida. Pienso que floto sobre las aguas de mi eternidad. Lloro lágrimas secas que se deshacen como el polvo.

Oigo golpes y chapoteos, abro los ojos sobresaltado. Cientos de peces vuelan, algunos caen en el fondo del bote agitándose convulsamente. Desesperado me lanzo sobre ellos.

El olor nauseabundo me despierta, el espectáculo es sobrecogedor. El bote está lleno de restos de peces semi devorados que flotan en el hedor del agua estancada, mis manos están pegajosas, llenas de sangre al igual que mi boca. Tengo que apoyarme sobre la borda y vomitar.

Arrojo al mar los despojos, limpio el bote avergonzado de mí mismo, intento borrar cualquier huella de lo ocurrido. Me lavo el cuerpo y me siento sobre la proa e intento reflexionar. ¡Así no! me digo. ¡Así no vale la pena! Es mi primer pensamiento consciente desde que estoy a la deriva en el océano. La primera vez en mucho tiempo en que mi mente se impone a mi instinto, en el que como ser humano doblego al animal.

Levanto los ojos, veo el cuerpo inerte de un pez sobre la lona. Lo sujeto entre mis manos con respeto. Él me va alimentar. Lleno el cubo de agua, lo lavo con delicadeza, me hago con una astilla. Sobre la bancada abro el pez, lo limpio y lo troceo. Rasco la lona y todas las partes de la barca donde hay acumulada sal, aunque es poca la esparzo sobre los trozos del pez y los pongo a secar. Me lavo y lavo la bancada. Me siento bien, puedo racionar los trozos de pescado durante unos días. Me tumbo de nuevo al resguardo del sol bajo el toldo, la brisa cálida sopla suave como una caricia.

Aparecen las primeras estrellas. Sobre mi hombro coloco el violín con delicadeza, apoyo la barbilla, sujeto el mástil y presiono con los dedos las cuerdas invisibles, la música brota de mis oídos llenando la noche. Mis movimientos vacíos quedan llenos de imaginación. Dibujo con la mente allí donde no hay nada. El capitán Roy Allen y Mumbusu me observan en silencio. Toco para ellos con la esperanza de que no se vayan. Se desdibujan en la noche y vuelvo a quedarme solo. Más solo que nunca en mi soledad.

Deseo el calor del sol y cuando el sol arda desearé el frío de la noche. Me muevo entre los extremos del entorno hostil en que me hallo; de la desesperación paso a la esperanza, de la risa al llanto; de la lucidez a la locura de vivir y de amar; del silencio a la necesidad de componer versos para oír mi propia voz con el timbre de mis emociones y sentir que todavía soy. Busco con los dedos el contacto de mi piel, los latidos de mi corazón, para convencerme de que sigo vivo.

La sed me atormenta con el paso de los días. Tengo la lengua hinchada y la boca ulcerada. He intentado pescar de todas las formas posibles y he tenido que abandonar frustrado por el fracaso. A causa del dolor apenas puedo tragar un pequeño trozo de pescado seco al día que veo con desesperación como va desapareciendo.

Cuando me quedo dormido sueño con grandes lagos de agua dulce y fresca de los que bebo sin saciar mi sed. Apenas me muevo de debajo del toldo día y noche, me siento muy débil. Imploro la lluvia en todos los momentos en los que permanezco consciente, los que cada vez son menos.

Entre mis delirios se cuela el sonido de pequeños golpecitos que van aumentando progresivamente, no abro los ojos hasta que las gotas de agua caen sobre mi cara. Se filtran a través de la lona. ¡Llueve! ¡Oh llueve! ¿Lo estoy soñando? Tiemblo de emoción. Me arrastro fuera con la boca abierta, dejando que el agua me empape el cuerpo. Fresca y dulce sobre mis labios. Mi piel cuarteada la recibe como un milagro. Me siento renovado. Débil pero animado.

Coloco el cubo para recoger la mayor cantidad posible. Me desnudo y tiendo mis ropas sobre la popa. Mis suplicas han sido escuchadas el cielo está cubierto de nubarrones. No sopla el viento y el mar está en calma. Llueve con fuerza. Quizá todavía tenga esperanza en mitad de esta nada. Quizá pueda construir mi destino sobre ella, con mi propia voluntad. Pues poseo mi mente y mi alma para crear.

El cubo está lleno, a cubierto bajo la lona, atado para que no se vuelque. Algunos peces voladores cayeron en el bote. No me tengo que preocupar por la comida ni por el agua de momento. Mi estado de ánimo ha cambiado. Mi situación no ha variado, pero yo sí. Sigo aquí. Eso es lo que cuenta. Mientras esté, todo puede ocurrir.

La brisa comienza a rachear hasta convertirse en un viento constante. Coloco el palo y la vela, navego hacia ninguna parte. Sopla el viento día y noche, avanzo sin avanzar siempre en el mismo lugar. Quiero llegar a la línea del horizonte, donde acaba el mundo y caen las aguas. Quiero contemplar el secreto que oculta. Abrir mi mente a la comprensión y al conocimiento de todo lo que me rodea; de quien soy; de porqué estoy aquí, abandonado en la eternidad. Por qué mi vida ha sido esta y no otra. El horizonte se mantiene a la misma distancia, me acerque o me aleje se mueve conmigo guardando para sí el secreto de la vida.

Aparecen recortadas contra el cielo las velas de un navío. Me seco las lágrimas para cerciorarme de que es real. Atravesado estoy en su rumbo. Agito los brazos, distingo claramente su proa. Me llega la ayuda de otro

mundo.

Los caminos del alma

Durante años me enrolé en otros veleros, reviviendo lo que ya había vivido, por lo que no hay nada que valga la pena recordar de ellos. Siempre albergué la esperanza de llegar al puerto del que partí aquella desgraciada noche. Quería volver a aquel principio y cambiarlo. En un cálido atardecer puse un pie sobre él. Lo abandoné inmediatamente, caminé por la costa desandando las huellas que una vez me llevaron a él. Volvía a estar en tierra.

Tras varios días el amanecer me mostro la aldea con la humilde casa que en algunos momentos consideré mi hogar. Me senté frente a ella, ya no salieron dos niños a corretear, casi ni los conocí, en ellos me di cuenta del paso del tiempo. Me vieron y entraron de nuevo a avisar a la mujer que salió inmediatamente, quizá con la esperanza de que aquel hombre fuese su marido devuelto por el mar. En sus ojos había la misma bondad de siempre y el reflejo de la alegría de volver a ver a un viejo amigo.

Puso sobre la mesa una caja abierta. En su interior estaban mis ganancias intactas. Una pequeña fortuna. Empujé la caja hacia ella, me la devolvió. La convencí para que se quedara con una parte y la aceptó únicamente porque antes de llegar la noche, quedando el sol en un tenue destello rojo sobre la superficie del mar, me despedí de ella para siempre.

Volví sobre mis pasos desandando una vez más el camino andado y conmigo me llevé la manifestación que había en ella de lo femenino, de lo dulce y de lo bondadoso. Guardé su recuerdo en mi memoria para que no se marchitase su belleza, ni perdiese el aroma de lo que una vez fue y siempre será.

Llegué de nuevo al puerto, esta vez no me perdí en el alcohol arrastrado por la melancolía vagando por las calles de cantina en cantina. Me instalé

en una habitación en una buena posada, descansé en un lecho que no era la dureza del camino. Esperé durante días hasta que encontré un pasaje sin importarme el destino.

No sabemos a dónde nos conducen nuestros pasos ni porqué acabamos en un lugar u otro. Todo parece fruto del azar. Sin embargo, cada una de nuestras decisiones tiene una razón que quizá no podamos o no sepamos comprender porque son fragmentos de la composición de una vida entera y a cada fragmento le falta el que todavía está por llegar.

Seguí un camino trazado por mí mismo sin saberlo. Conducido por esa búsqueda de los anhelos y deseos más profundos que rara vez se manifiestan en la mente consciente, sino que escondidos me impulsaron y me dirigieron.

Así y no de otra forma, porque no encuentro otra explicación, acabé en una pequeña ciudad portuaria a la que llegué curiosamente caminando. Me alojé cerca del puerto. Durante varios días paseé por las calles y mercados como lo hice en cualquiera de los cientos de ciudades y aldeas que a lo largo de mi vida visité.

Una mañana, al despertar me acerqué a la ventana para contemplar el bullicio del puerto a primeras horas y me di cuenta de que más allá había una bahía en cuyas orillas acababan las últimas casas de la ciudad. Pude distinguir en ella desde la distancia los palos inclinados de un velero. Decidí acercarme. Se perfilaba un viejo barco abandonado varado en la bahía. Al apreciarlo con claridad eché a correr desesperado con el corazón encogido y los ojos arrasados en lágrimas. Ese viejo velero no era otro que El Navegante.

Sin pensármelo salto al agua y nado hasta él. Trepo con dificultad por el lado escorado, una vez sobre la cubierta puedo ver los estragos del tiempo y del abandono. Camino hasta la escotilla de proa acariciando la madera del velero, me asomo: han arrancado la madera de las literas, la mesa, los baúles, y robado todo lo servible. Queda un espacio diáfano y la vieja cocina de hierro. Ya no hay rastro de su lustre, pero sigue teniendo un porte noble.

Me dirijo hacia la escotilla de popa donde está situado el camarote del capitán con la esperanza de encontrar algo que me de alguna pista de lo

que puede haber ocurrido. Cada paso es un recuerdo. Abro la escotilla, desciendo. El olor que se respira es nauseabundo. Abro la puerta del camarote, tengo que taparme la nariz y la boca a causa de la peste que sale de dentro.

Hay botellas de licor vacías, papeles, cartas de navegación, libros... todo por el suelo. Sobre el camastro veo el cuerpo de un hombre tendido. Sin ropa. El dolor oprime mi pecho; pálida y cenicienta su piel negra que una vez brilló con la fuerza del ébano. Lánguidos y consumidos yacen sus músculos que antaño albergaron la fuerza salvaje de su tierra.

Nada me ha preparado para esto. Me siento desfallecer. Lo giro presa del llanto, lo abrazo y beso sus mejillas. Su cuerpo desnudo sigue tibio. Apoyo mi oído en su pecho, escucho débiles y espaciados los latidos de su corazón. Lo sacudo con fuerza. Froto su cuerpo durante un rato para que entre en calor y fluya la sangre. Sigue inconsciente. No me voy a rendir. Le grito para que me escuche. Para que no se marche ahora que lo he encontrado.

Le cojo la mano y la sujeto entre las mías. No da señales de abandonar su trance y despertar. Me siento junto a él, le hablo durante toda la noche. Le cuento lo que he vivido como hizo él conmigo.

La mañana llega y con ella la necesidad de abandonar el barco para comprar alimentos. También necesito traer agua fresca, pagar la habitación de la posada, recoger mi dinero y hacerme con una barca para transportar todo e instalarme en El Navegante. Estoy alterado e inquieto porque no quiero separarme de él. Salto, el agua fría disuelve mis pensamientos, nado hacia la orilla. Escurro mis ropas en las rocas y corro hacia la posada como si en ello me fuera la vida.

Acabo de comprar las provisiones, unos chicos me ayudan a cargar con los alimentos y el agua a cambio de unas monedas, nos dirigimos rápido hacia la playa. Corren como el viento bajo la promesa de que si llegamos pronto y me consiguen una barca el premio será mayor. Uno de ellos se adelanta veloz, su abuelo posee un viejo bote varado en la arena no muy lejos de donde se encuentra El Navegante. Al llegar, el viejo me está esperando para negociar el precio, no tengo tiempo, cargo todo en la barca, le pago lo que me pide, les doy a los chicos lo prometido y me ayudan a empujar la barca al mar.

La amarro con un cabo al velero. Suelto la carga sobre la cubierta, corro hacia el camarote para ver el estado de mi hermano. Me tranquilizo cuando toco su frente mientras apoyo el oído en su pecho y escucho los todavía débiles y pausados latidos. Lo tiendo bajo el cielo azul y luminoso para que el sol caliente su negra piel y el viento llene sus pulmones. Le

hablo de lo que vamos a hacer cuando despierte.

Los días se prolongan y mi hermano sigue en el mismo estado. Comienzo a invertir parte del tiempo en ir revisando y arreglando los desperfectos de El Navegante. Está varado limpiamente sin ninguna vía de agua, como si hubiera sido empujado dulce y respetuosamente por las mareas hasta este lugar para que descanse plácidamente.

Hago viajes de vez en cuando a tierra para comprar materiales y provisiones. Tumbo a mi hermano todas las mañanas sobre la cubierta mientras yo trabajo. Le cuento cada idea que se me ocurre y si estoy lejos se las grito. Le digo lo fácil que va a ser reflotar el velero aprovechando la subida de la marea y esperando un buen viento que hinche sus velas. Al terminar, ya de tarde, instalo a Mumbusu de nuevo en el camarote.

Duermo junto a él sentado en una silla con las piernas apoyadas sobre otra. Me despierto sobresaltado de madrugada, he tenido un sueño. Corro hacia la escotilla de proa, bajo sin tocar los escalones, en la total oscuridad reinante de la cámara me agacho a ciegas detrás de la cocinilla junto al mamparo de la bodega; nervioso palpo las tablas. Me asaltan las dudas ¿Y si no fue real, si solo fueron cosas que imaginé de niño? Fuerzo una de las tablas que al tacto está apenas unos milímetros por encima de las otras y la misma luminiscencia se filtra a través de las juntas, dejo escapar una risa emocionada.

Ahí están los libros moviéndose bajo las aguas azules que iluminan la cámara. Sigo siendo un niño y siento que la vida no me ha decepcionado, que no ha muerto la magia en El Navegante, ni los sueños que en él viví. Levanto las tablas de al lado, meto la mano hasta que palpo la caja ¡Allí está, también! La saco, cojo varios libros, coloco las tablas y vuelvo al camarote.

Enciendo una lamparilla, pongo delicadamente un libro húmedo y vivo sobre su pecho, coloco sus manos sobre él. Abro la caja, cojo el violín, respiro el aroma de la madera vieja... lo acaricio como si fuera el frágil cuerpo de una mujer, ella corresponde a mi ternura con la mejor y más dulce de sus melodías mientras rozo su delicada figura. Le brindo a mi hermano lo mejor de mi memoria; de mi vida y recuerdos de chico junto a él. Toco durante toda la noche, durante todas las noches de mi vida como si jamás hubiese dejado de hacerlo hasta que la claridad del alba me sorprende por las ventanas de popa. Guardo el violín en su caja. Y al oído de mi hermano leo.

Día tras día parece que va abandonando ese estado de profundo sueño, aunque no está despierto parece más consciente. Cada noche con la música y la lectura vuelve un poco más a la vida, y según él revive, revive El Navegante como si ambas vidas estuviesen entrelazadas.

Revisé todas las cartas de navegación del capitán, entre los papeles encontré el documento más importante, el que jamás me hubiera esperado encontrar. Un contrato de propiedad en el cual el capitán Roy Allen Randall hacía dueño a Mumbusu del velero con nombre El Navegante. Esa era la mejor de las noticias que podía recibir. Nadie, ni siquiera las autoridades del puerto ni el gobierno de la ciudad lo podían reclamar.

Pensé en el capitán con cierta inquietud ¿Qué habría sido de él? Había estado tan absorto con Mumbusu que apenas había tenido tiempo para pensar en el capitán Roy, en qué le podía haber ocurrido para dejar El Navegante. Recordé todo lo que había hecho por mí. Los momentos compartidos, sus enseñanzas bajo las estrellas, los días de estudio encerrados en el camarote. Sus extravagancias, su carácter genuino, su visión de la vida; lo eché profundamente de menos, allí sobre su velero, que también gracias a su generosidad había sido y volvía a ser mi hogar.

Invertí casi todo mi dinero en la reparación de El Navegante. Tuve que contratar a un carpintero de rivera para los trabajos de rehabilitación más difíciles en el casco. También reduje su arboladura para hacerlo más navegable con menos volumen de vela. No necesitaba que fuera veloz, pero si manejable por dos personas, tenía la esperanza de que Mumbusu despertara y si no, me las ingeniaría para hacerme con él yo solo. Si había sido capaz de sobrevivir durante una eternidad a la deriva en un bote en mitad del océano, qué miedo podía tener de hacerlo sobre un oasis de vida como era El Navegante.

No eran pocas las veces que me asaltaban las dudas sobre lo que estaba haciendo; si Mumbusu no despertaba... si el velero quedaba para siempre atrapado en el banco de arena... o si al final y lo que más me preocupaba y angustiaba, si nada de lo que estaba intentando era suficiente para cambiar mi vida y no me quedaba otro remedio que volver a la que había dejado atrás ¿Cómo lo soportaría? Había elegido y la única forma de saberlo era llegando hasta el final. No había otro camino que continuar

hacia adelante, mirando atrás solo para aprender, nunca para volver.

En la madrugada doy cabezadas sobre las páginas de un libro tenuemente iluminado por la luz de la lamparilla que se consume. Las palabras escritas se emborronan, sus significados se mezclan con mis sueños formando imágenes exageradamente surrealistas y absurdas de las que intento escapar abriendo los ojos. Una corriente de aire gélido apaga la lamparilla y acaricia mi rostro desde la distancia de otro mundo, e iluminada por la espectral luz de la luna que penetra por las ventanas la veo frente a mí, niña con el rostro cambiante como las mareas.

Permanezco quieto y callado mirándola, porque si es un sueño no quiero despertar. En su presencia soy un niño. Siempre lo he sido en otra vida y en otro tiempo junto a ella. Se acerca, a través de sus ojos veo mundos y en todos ellos vivo. La realidad es irreal. Delicadamente se inclina sobre la frente de Mumbusu, la besa, este abre los ojos y la acaricia. Abandona la estancia, la sigo sin alcanzarla, se pierde caminando sobre las aguas.

Estoy sentado en la silla, buscándola, Mumbusu yace sobre el camastro con los ojos cerrados. Le acaricio la frente donde ella lo ha besado, cierro el libro con la esperanza de que vuelva y verla una vez más. Es el sol el que regresa iluminando el camarote. Abro los ojos y veo a Mumbusu con la mirada fija en el techo. Me levanto sobresaltado, no estoy soñando. Temblando cojo un poco de agua, se la acerco a los labios incorporándole con la otra mano la cabeza.

Está confuso, muy débil para hablar y para pensar. No sé si me reconoce. No le puedo decir nada porque tengo un nudo en la garganta que me lo impide y los ojos llenos de lágrimas. Me expreso a través del tacto acariciándolo. Cierra los ojos. Estoy desbordado por la emoción y decido dejarlo descansar.

No soy capaz de concentrarme en el trabajo, constantemente lo interrumpo para ver a Mumbusu que sigue dormido. Cuando el sol está en lo más alto cargo con mi amigo, lo tiendo sobre la cubierta como todos los días para que la luz y el calor bañen su cuerpo y la brisa marina le llene los pulmones de aromas lejanos. Abre y cierra los ojos. Le hablo, le ánimo para que no se vuelva a ir. Paso toda la tarde junto a él leyéndole fragmentos de historias de libros que luego pongo entre sus manos.

El sol inicia su puesta en el horizonte, lo incorporo apoyando su espalda sobre mi pecho para que contemple la vida como solo nosotros la sabemos contemplar. Recibimos a la noche, cálida y estrellada, oyendo el débil chapoteo de las aguas golpeando contra el casco. Mi hermano

duerme. Bajo al camarote a por unas mantas, pasaremos la noche bajo la luz de la luna.

Sobre las aguas caminan los fantasmas de mi memoria. Entre ellos busco el amor que perdí antes siquiera de tenerlo. Corro tras él, hacia la vida que quiero vivir porque es mía. No quiero convertirme en un anciano y en mi lecho de muerte darme cuenta de que he desaprovechado un sueño. Con los primeros y cálidos rayos de luz me quedo profundamente dormido. Cuando me despierto Mumbusu me está mirando plenamente consciente. Me apresuro a su lado, levanta despacio la mano hasta rozar mi mejilla, intenta decirme algo, pero la debilidad y la emoción le impiden hablar.

Abandoné los trabajos en El Navegante y me dediqué por entero a la recuperación de mi hermano. La fuerza vital de aquel hombre era envidiable, se restableció mucho antes de lo que yo esperaba. Evité hacer cualquier referencia al pasado, tanto al suyo como al mío. Actué como si nunca me hubiera marchado.

Él apenas hablaba, la mayor parte del tiempo se quedaba sumido en una extraña quietud. Me di cuenta de que le faltaban recuerdos, de que su vida estaba incompleta. Todavía no era el hombre que yo había conocido y para él por su forma de actuar yo solo era un vago recuerdo al igual que El Navegante. Caminaba por él con el alma perdida, mirando y tocándolo todo, intentando recomponer todas las imágenes que le asaltaban y que no lograba asociar para reconstruir el pasado.

Una noche abrió la caja del violín que estaba en el suelo del camarote al lado de las mantas sobre las que yo dormía. Lo observó durante un rato. Subió con él a la cubierta, oí sus pasos sobre la popa. Al principio sonaban notas sueltas sin sentido, según avanzó la noche compuso la música que siempre había tocado. La escuché tumbado en la oscuridad del camarote. Y también toqué el violín acariciando el vacío, como lo hice en mi barca perdido en el océano. Vi la gigante y oscura figura de mi amigo en la puerta iluminado por la débil luz de las estrellas que penetraba por las ventanas. Después de tanto tiempo nos volvíamos a encontrar.

Al día siguiente le enseñé el documento que le hacía propietario del velero, dejó lo que estaba haciendo, lo sostuvo unos minutos entre las manos, sus ojos se desviaron hacia el mar y sin pronunciar una palabra me lo devolvió. Sobre el mediodía comimos en silencio. Al terminar se recostó un poco y mirándome fijamente se dispuso a contarme lo sucedido

con la intención de hacerlo lo más rápido posible y olvidarse de ello.

Encontró el hogar que había abandonado de niño. Sus raíces y su identidad estaban entre aquellas colinas y bosques. Entre aquella gente obstinada y capaz, tan extravagante, dura y genuina como él. Gente que luchaba por un sueño. Se dio cuenta inmediatamente cuando pisó esa tierra y respiró su aroma que jamás la iba a abandonar.

Era el nuevo mundo al que pertenecía. No pude decirle nada, ese era su destino. Durante años solo se había preocupado del mío, de mi búsqueda infructuosa alrededor de toda la Tierra. Cuando llegamos a aquel puerto desde el cual zarpó siendo un niño supo que era su casa. Aquella costa extensa por la que habíamos navegado innumerables veces, donde yo encontré la esclavitud y la libertad, era la tierra de nuestro capitán.

Fue una revelación para él cuando lo descubrió. Tomó una decisión, la recorrería de norte a sur y de este a oeste por el resto de sus días. Me dio en propiedad el documento que me acredita como dueño de El Navegante. Un regalo que me negué a aceptar porque significaba que no nos volveríamos a ver nunca más. Ante las negativas me amenazó con hundir para siempre el velero en ese mismo puerto y delante de mis ojos. Lo prefería bajo las aguas que en manos de otro. Lo acepté. Una mañana desapareció y no lo volví a ver más.

La tripulación no era de la raza del capitán Roy, no podían concebir estar bajo las órdenes de un hombre negro. En cada puerto fue mermando, hasta que me quedé solo y di con mis huesos y los del viejo velero en este lugar. Volveremos a navegar, le dije. Sin otra tripulación que nosotros dos. No habrá cargas que transportar ni negocios que tratar. Vagaremos por los océanos.

El Navegante está reparado. Hemos pasado la noche barajando soluciones para reflotarlo fuera del banco de arena. Ninguna depende de nosotros. Las velas están izadas y preparadas para maniobrarlas en cualquier momento. Desde que estoy en este lugar apenas si ha soplado una suave brisa marina, sin embargo, Mumbusu asegura que llegó empujado por buenos vientos. De momento solo podemos esperar.

Quedan algunas provisiones por comprar y aprovecho las últimas horas de luz para hacerlas. No hay ninguna señal en el cielo o en el mar de que el

tiempo vaya cambiar repentinamente.

Recorro las estrechas callejuelas de la medina que me llevan hasta el abarrotado mercado que ocupa la plaza central y que se extiende por algunos callejones colindantes. Los mercaderes alborotan y gritan mostrando su género. Mi intención es comprar algunas verduras, tenemos suficiente acopio de carne y pescado en salmuera para una larga travesía, aparte de varios sacos de cereales para hacer galletas. No quiero perder mucho tiempo en volver al velero.

A escasos metros de mí se monta una trifulca, no tengo ninguna curiosidad por saber lo que ocurre, pero no me queda más remedio que pasar por ahí. La gente se agolpa. El dueño de un puesto de fruta lo abandona encarándose contra una mujer que lleva un largo vestido harapiento y un pañuelo que le cubre la cabeza y parte de la cara, sujeta una pieza de fruta en la mano mostrando un lado podrido, supongo que la ha cogido del suelo, porque hay varias tiradas debajo del puesto.

Pienso en la estupidez, la avaricia y el egoísmo de los hombres como ese, cada vez me resulta más difícil abrirme paso, la multitud se empuja como si acudiera a un espectáculo. El mercader golpea a la mujer tirándola al suelo, asustada se cubre la cara, el hombre exige el pago. La gente insulta e increpa a la mujer que se espera lo peor. No doy crédito a lo que está ocurriendo, la muchedumbre se ensaña con el más débil.

El sabor a hiel me enjuga la boca, el corazón me bombea de forma acelerada, empujo bruscamente a las personas que tengo delante de mí, se apartan sorprendidos, me abren un pasillo que llega hasta el hombre del puesto. Este cuando me ve dirigirme a él se sobresalta. Me hierva la sangre de rabia. Saco unas monedas, probablemente las suficientes para pagar toda la fruta que tiene y se las tiro a la cara. Al caer al suelo la gente se vuelve loca y se abalanza. El tendero se olvida de la mujer, grita, pisa y da patadas a todos los que quieren quitarle su dinero.

Tiene la cara contra el suelo cubierta por los brazos, al cogerla por la axila para ayudarla se estremece. Se deja llevar sin levantar los ojos como una niña asustada. La conduzco fuera de las callejuelas del mercado. Se queda de pie frente a mí. Lleva el vestido sucio y mojado igual que el pañuelo con el que se cubre la cara. Sus ojos rasgados son azules como el mar, inocentes y hermosos. Aparta la tela de su cara y sus finos labios se mueven para darme las gracias. Es una mujer extraordinariamente hermosa.

Me pregunto cómo está en esas condiciones; si es que los hombres no saben valorar la belleza y el arte. Porque ella es una figura de mármol esculpida con todo el amor y la dulzura de su creador. Le digo que me espere allí, lo ignora siguiéndome en la distancia. Le compro dos vestidos de bonitos colores y un poco de comida. Me mira sorprendida cuando se lo pongo todo sobre las manos, más aún cuando me giro y me voy.

Los demonios habitan en lo oculto capaces de amputar de forma miserable la belleza de una flor evitando que del rocío del conocimiento brote lo mejor de sí misma. Con dolor me alejo del mercado pensando en ella, atrapada en el fango de la pobreza y de la ignorancia sin que nadie le tienda una mano que no sea para hundirla más. Aun así, huyo, no soy mejor que los demás.

En la orilla, de pie junto a la barca miro al mar. La niña de mis sueños camina sobre las aguas. Pasa junto a mí, me giro para seguirla y veo la silueta recortada contra el cielo que oscurece de la mujer del mercado con los dos vestidos colgando de sus brazos. Me acerco a ella atraído por la cálida sensación que envuelve el anochecer, le tiendo mi mano, la coge, y la suave brisa nos arrastra.

Remo hacia El Navegante, ambos permanecemos en silencio. Me siento hechizado por su belleza, su presencia me causa inseguridad, procuro no mirarla, aunque no lo puedo evitar. No sé exactamente lo que estoy haciendo ni porqué, me guía la súplica en sus ojos de abandonar este lugar y no me puedo negar porque no soy diferente a ella. Según nos acercamos al velero me asalta la duda de cómo reaccionará Mumbusu. Lo he olvidado por completo y lo que es más he olvidado que él es el capitán y dueño del barco.

Lanzo un cabo, mi hermano amarra el bote. Pone la escala y ayuda a subir a la mujer, la coge en volandas depositándola sobre la cubierta. La acompaña hasta el camarote instalándola en él y saca las escasas pertenencias de ambos llevándolas a la cámara de proa. Esta vez no hay literas donde dormir, Mumbusu desaparece y vuelve con dos hamacas que no sé de donde ha sacado pero que agradezco enormemente. Me lanza una y busco un su sitio para colgarla de las cuadernas.

No sé qué explicación darle de por qué ella está aquí. Lo más importante y tranquilizador para mí es que él no parece necesitarla. Sigo pensando aun

con el paso de los años que puede leer mis pensamientos.

Preparo algo de cena. Le tiendo una ración para que se la lleve. Me mira y sonrío, me molesto y le hago un gesto para que se apresure. Me siento extraño con su presencia en El Navegante. Querría estar junto ella para verla a la vez que no me atrevo a acercarme. A falta de la mesa y de los bancos me tumbo en mi hamaca a cenar. Al volver hace lo propio. Su hamaca está frente a la mía, no me quita ojo.

Cada vez me siento más incómodo e irritado y él más cómodo y divertido, no puede evitar la sonrisa burlona entre bocado y bocado. Tienes buen gusto para la ropa, me dice irónicamente. Me he dedicado muchos años al negocio de las telas, algo sabré, le contesto agriamente. La respuesta hace que se atragante, salta de la litera tosiendo y sin parar de reírse, bebe un poco de agua y acto seguido deja la cámara.

Mañana iré a tierra, habrá que buscar madera para construir una mesa y unos bancos, ahora somos tres, dice Mumbusu una vez devuelta. Apaga la lamparilla y se tumba. Es bella ¿verdad? le pregunto en la oscuridad. Muy bella Jonás, me responde. Ni siquiera sé su nombre ni si se quedará. Se llama Briseida. No hay nada que la retenga en tierra, quizá haya encontrado algo que la retenga aquí.

Sus palabras lejos de tranquilizarme me inquietan aún más. Nada es como era ayer, ni siquiera como era esta mañana. En un instante todo ha cambiado, incluso El Navegante es distinto con ella aquí.

Me quedo dormido. El viento gélido me acaricia el rostro, noto el aliento respirándome en el oído. Abro los ojos, el espacio vacío rebosa de millones de partículas que nacen de la materia invisible que forma la oscuridad creando una dimensión sobre otra. La niña está aquí. Sé que no estoy dormido ni tampoco despierto, estoy consciente más allá de mi consciencia. La sigo como siempre sin alcanzarla, esta vez no se pierde caminado en las aguas. Se transforma en viento e hincha las velas de El Navegante que arrastra su quilla sobre el banco de arena tirado por cientos de cabos invisibles que lo liberan. Vuelo sobre él, abrazado por ella. Experimento el vértigo de la altura; es real lo que mis ojos ven y lo que mis sentidos perciben. Es tan real como real es la realidad en la que me encuentro, donde la mente es poderosa porque nada la limita. Ella es viento en mi rostro e ingravidez en mi cuerpo.

Amanece. Hace horas que estoy despierto e inquieto. Con los primeros rayos de luz subo a cubierta. Los minutos parecen siglos. Una sensación de irrealidad embota mis sentidos, altera mi percepción elevándola de lo

bello a lo divino cuando la veo aparecer reflejando en su piel la luz del sol naciente. ¿Es amor lo que siento? Percibo que somos dos planetas que giran uno frente al otro, las mismas fuerzas que nos atraen nos mantienen en la distancia.

Deseo con toda mi alma adentrarme en ella. Maravillarme en los parajes que esconde sin que mi presencia influya en ellos cambio alguno y encontrar siempre un rincón por descubrir y explorar. Sé que si es así estoy abocado al dolor de salvaguardar las fuerzas que equilibran la distancia entre ambos mundos para que no choquen y se destruyan o se alejen hasta quedar olvidados. ¿Es amor descubrir y contemplar sin conquistar ni someter?

Ella me ve y se acerca hasta la proa, se sienta junto a mí. Su aroma me embriaga, respiro tranquilo porque veo que es real. No me salen las palabras. Mira el mar y la ciudad, la brisa le despeja el rostro acariciando hacia atrás su negro y rizado cabello. Sus ojos azules brillan como el océano. Mumbusu aparece, nos mira sin detenerse caminando hacia la borda donde cuelga la escala y está amarrada la barca. Poco después lo vemos alejarse.

Respiro profundamente pues ella no se ha ido. Permanecemos sentados durante horas, acerco mi mano a la suya, noto el contacto de su piel, me invade una sensación que libera mi pecho y el aire penetra más profundo en mis pulmones. Entrelaza sus dedos con los míos sin apartar ambos la mirada del mar y juntos soñamos en silencio con alejarnos de allí. Se dibuja la figura de Mumbusu con la barca llena de tablas, observamos cómo se acerca lentamente. El sol comienza a descender cuando lo ayudamos a descargar. El día ha pasado como un suspiro.

Mi hermano no la abandonó, dedicó la mayor parte de su tiempo a compartir con ella todo el conocimiento que poseía. Briseida se transformó en otra persona y su belleza física se filtró interiormente brillando con mayor intensidad a través de sus ojos. Con Mumbusu aprendió a respetarse y a que la respetaran. Volvió a la ciudad en varias ocasiones, se paseó y compró en el mercado, mi hermano o yo la esperábamos en la playa junto a la barca. Nadie la reconoció porque era otra mujer. Encontró la zalamería y la adulación en muchos de los que antes la habían despreciado o se habían aprovechado de ella. Briseida poseía un tesoro que ellos estaban lejos de alcanzar.

El tiempo pasaba y con él arrastraba muchas mareas altas sin viento. Esperábamos ese momento, ese instante en el que se dieran las condiciones perfectas que pudieran liberar al velero de su trampa de

arena. Soltaríamos las amarras del pasado para dirigirnos hacia el futuro que cada uno había soñado.

El viento comenzó a soplar constante día y noche, nuestros intentos eran inútiles. La marea subió y en un acto de desesperación amarré la barca a la proa del velero, Briseida se puso al timón y nosotros remamos intentando tirar de él hasta quedar agotados. Anocheceía, extenuados seguíamos luchando.

Decenas de velas se dirigen a la costa, los pescadores navegan hacia el final de la jornada. Algunos se acercan atraídos por la curiosidad, otros porque coincidimos en su rumbo. Amarran cabos a nuestra locura. A una voz remamos. Se tensan y tiran perdiéndose en la noche iluminados parcialmente por las lamparillas de las barcas.

El Navegante comienza a deslizarse poco a poco sobre el fondo. El viento nos envidia y empuja arrastrando al velero a aguas más profundas liberándolo. Gritamos y gritan como si el barco fuera de ellos. Y en parte lo es porque son hombres de mar.

Las barcas se pierden en la oscuridad. Ponemos rumbo a mar abierto dejando la ciudad atrás. Mumbusu está al timón. Miramos hacia adelante, más allá de la oscuridad, a la espera de la luz de un nuevo amanecer. Permanecemos toda la noche sobre la cubierta de popa sin dormir. El horizonte se convierte una línea curva que se cierra a nuestro alrededor. Abrazo a Briseida, sus pupilas brillan rojas como el sol que despunta. Respiro el aroma de los recuerdos que viajan en la brisa del océano. Con un gesto mi hermano me cede su lugar, vuelvo a sentir entre mis manos la fuerza de El Navegante. Briseida se retira a descansar y Mumbusu durante un tiempo vaga por entre las memorias del velero de un lugar a otro. Estamos en nuestro hogar. Navegamos sin tiempo ni rumbo.

La presencia de Briseida avivó en Mumbusu el recuerdo del amor perdido, la tristeza se asomaba a menudo a sus ojos. Entonces repasaba cartas de navegación marcadas con cientos de lugares donde habían buscado, esperando encontrar en ellas una visión reveladora o una inspiración que nunca llegaba. Después pasaba largas horas mirando al mar. No había nada que pudiera hacer por ayudarlo excepto respetar su dolor y su

silencio.

La paradoja

La mañana amaneció envuelta en una densa niebla. Avanzábamos de forma casi imperceptible. Todo estaba en calma, no se veía nada a escasos metros del velero.

Las horas pasaban lentamente en el más absoluto de los silencios hasta que el tiempo se detuvo y permanecimos en la niebla sin días ni noches. Hacía frío y nuestras ropas estaban permanentemente húmedas.

Nos trasladamos al recogido camarote del capitán junto a Briseida al calor de la pequeña estufa para mantenernos secos y calientes. Tuvimos que arrancar la mesa y los bancos de la cámara de proa para hacerlos astillas. La reserva de alimentos disminuyó hasta el punto de tener que racionarlos. Pescábamos desde la barca amarrada a la popa del velero para no perdernos en la niebla. A través de las ventanas del camarote únicamente se veía una cortina blanca que dejaba penetrar una tenue luminosidad que no variaba.

No sabíamos cuando comer, cuando cenar ni cuando dormir. No teníamos percepción del tiempo. Hacíamos guardias bajo un toldo hecho con una vieja lona impermeable en la cubierta de popa. Incluso abrigados y cubiertos con ropa embreada acabábamos calados hasta los huesos con el frío metido en la piel. La lectura nos transportaba lejos de allí, a mundos cálidos que nos hacían olvidar momentáneamente donde estábamos, ayudándonos a mitigar aquel sin tiempo de soledad en el que solo se oía crujir la madera del velero.

Briseida está en su turno de guardia. Miro hacia el techo, está ahí sobre la cubierta de popa, expuesta a la intemperie. La quisiera arropar con el calor del sol, sentarla junto a la estufa apartándola de la dureza del medio que nos rodea. Quisiera protegerla de todos los peligros ¿Pero que quedaría de ella? sería una prolongación de mis miedos o peor aún, sería lo que yo quiero que sea y no lo que ella es. Tengo la sensación de que este techo que nos separa siempre está presente. Incluso cuando sus azules y hermosos ojos están frente a los míos y nuestras pieles entran en contacto con alguna sutil caricia, la siento lejos. Es arena que se desliza entre mis dedos. Somos inalcanzables más allá de nuestros cuerpos, quizá nuestros cuerpos solo sean una manifestación temporal de nosotros mismos, un medio para expresarnos y entrar en contacto.

Me abrigo bien, cojo la caja del violín y subo junto a ella. Levanta los ojos del libro cuando me oye llegar y sonrío dulcemente ¿Me amaré como yo la amo? es más ¿Será capaz de amar a algún hombre después de cómo la trataron? Me conformo con amarla en silencio. Quizá sea cobardía o miedo de perder lo que tengo que es su presencia y su compañía. Le digo que por favor siga leyendo que no es mi intención interrumpirla. Me siento a su lado. Saco el violín de la caja y toco para ella. Sus lágrimas caen sobre la húmeda página del libro. Sé que es la primera vez que llora desde que era una niña, cuando el mundo era una sinfonía cargada de amor y sueños. En qué momento dejamos de escucharla no importa, lo que importa es que la ha vuelto a escuchar.

Comemos los tres juntos al calor de la estufa en el camarote. Envueltos en mantas, con las ropas tendidas a secar. La situación es delicada. Si se prolonga durante mucho más tiempo acabaremos desmantelando El Navegante, comenta Mumbusu. Son las únicas palabras que se oyen durante la comida. Al terminar preparo los aparejos. Voy a dedicar la tarde a pescar en el bote.

Tiro del cabo y acerco la barca al costado del velero, la amarro bien y coloco la escala para descender. Detrás de mí aparece Briseida. Está abrigada, lleva la caja del violín bajo un brazo envuelta con algunas mantas y en la otra un hatillo. Mumbusu está detrás de ella junto a la rueda del timón, sin darme tiempo a decir nada le coge las cosas y la ayuda a bajar.

Estamos en un estanque de aguas someras y oscuras, rodeados de un decorado de nubes que arrojan minúsculas gotitas de agua. No hay sensación de profundidad, no hay océano que se extienda, ni cielo infinito, solo nosotros dos flotando en las aguas de una habitación cerrada, con paredes que atravesamos para encontrarnos en el mismo lugar. Nos

mantenemos unidos al mundo que conocemos amarrados por un cabo que se difumina en la niebla.

Lanzo el sedal sin cebo en el anzuelo, lo ato a mi muñeca para sentir la vibración de las olas que se prolonga a través del hilo por mis manos hasta las cuerdas del violín, mana de él la música del mar, un canto de sirenas que guía y hechiza a los navegantes a través de las aguas uniendo diferentes mundos y tiempos, porque el océano es perpetuo desde el comienzo de la existencia y en su memoria queda para siempre el recuerdo de lo ocurrido en él.

Briseida lee y sus palabras se enredan entre las notas, interrumpe la lectura cuando aparecen de entre la niebla unos trozos de madera flotando cerca de la barca. Estira la mano y coge uno. Me lo enseña. Es un pequeño trozo de una embarcación. Hay varios flotando a nuestro alrededor. Dejo el violín en la caja. Pongo mis manos alrededor de la boca y lanzo una voz que choca contra la niebla. Nos parece oír un gemido. Vuelvo a repetir la misma acción varias veces y por respuesta obtenemos cada vez el mismo débil lamento que parece humano.

El cabo que amarra la barca está tenso, no nos podemos alejar más. Grito a Mumbusu que nos dé más cuerda. Sabe que está ocurriendo algo porque seguro que ha oído mis voces. El cabo se destensa, remo. Nos parece divisar algo, pero el cabo se vuelve tensar y nos impide avanzar. Vuelvo a gritar a Mumbusu, está tardando, no sé si nos oye. Doy tirones al cabo, al momento se vuelve a destensar. Sigo remando, se perfila una forma difuminada entre las nubes que interactúa con nuestras voces. Estamos tan alejados que Mumbusu ya no nos oye.

Siento algo muy fuerte que me llama, aquello sea lo que sea que flota frente a nosotros está vivo. Sé que si volvemos hacia El Navegante lo perderé. En cambio, si suelto el cabo seremos nosotros los que nos perdamos para siempre ¿Cómo voy a abandonar de nuevo a mi hermano dejándolo solo en mitad del océano? ¿Cómo voy a condenar a Briseida a vagar perdidos en la eternidad? Ella adivina mis pensamientos y no soy yo el que toma la difícil decisión. Ha desatado el cabo de la barca, lo sujeta por el extremo con la punta de sus finos dedos. En su mirada hay compasión. Lo suelta, alejándonos para siempre de Mumbusu y de El Navegante.

Hay dolor y lágrimas en sus ojos y en los míos. Remo con fuerza, en mi llanto suplico el perdón y la comprensión de mi hermano y el de Briseida por lo que estoy haciendo. Un trozo grande de la amura de proa de un velero flota frente a nosotros. Sobre él envuelto en unas mantas hay un niño. Acerco la barca, lo cojo entre mis brazos, lo miro y veo que soy yo. El océano me ha devuelto mi infancia para que la cuide. Soy él, su futuro, y estoy aquí para cambiar su vida. Su nombre es el que me pusieron mis

padres. Darío.

Remo, no puedo hacer otra cosa que remar y remar. Briseida lleva al niño entre sus brazos. Mis recuerdos se difuminan como la bruma y me pierdo en ellos y en ella.

La voz cesa y reina el silencio en la penumbra de la habitación. Darío y yo somos dos niños que hemos escuchado una hermosa historia. Sin embargo, Jonás llora. Doña Gregoria le seca las lágrimas, besa sus mejillas cuando él se incorpora sobre ella. Está perdido entre los recuerdos que acaba de escuchar. Recuerdos que no tenía y que ahora surgen de la bruma de su mente. Está confuso, mira a los ojos infantiles y felices de Darío que no son otros que los suyos.

Somos nuestro propio tiempo Jonás, dice doña Gregoria. Presente, pasado y futuro. Es difícil decidir cuál es cuál cuando uno mismo es todos a la vez: lo que ocurrió, lo que ocurre y lo que ocurrirá; no busques el principio en el pasado ni el final en el futuro, principio y final solo son palabras contrarias que intercambian sus propiedades al encontrarse la una frente a la otra, siendo imposible distinguirlas sin caer en el error.

Jonás camina perdido en sus pensamientos, sin dirección, alrededor del viejo almacén, yendo y viniendo sobre sus pasos. De repente sus ojos se iluminan, corre al interior, algo a lo que no había prestado atención se manifiesta en su mente como una revelación. Darío y yo corremos detrás de él arrastrados por la fuerza de la curiosidad. Encuentra una vieja manta anudada por las puntas en forma de hatillo junto a una caja alargada que la gente del pueblo descargó de la barca el día que llegaron a la isla. La depositaron en un rincón del viejo almacén antes de limpiarlo y ordenarlo, yacen semiocultos por algunos utensilios y aparejos viejos.

Se arrodilla en el suelo, arrastra la manta y la caja hasta liberarlas en el espacio abierto de la habitación. Briseida observa desde el umbral de la puerta. Jonás deshace los nudos, ante nuestra sorpresa aparecen unos cuantos libros amontonados con las tapas húmedas llenas de escamas. Veo a Briseida acercándose despacio, intentando recordar lo que parecen vagos sueños que despiertan en ella la visión de los libros. Los acarician, pasan sus páginas lentamente, como lentamente van recordando.

Cuando abre la caja mira a Briseida, esta coge su mano. Jonás cierra la caja y sale al exterior. Coge trozos de madera que hay amontonados junto a la pared y enciende una hoguera. Ha oscurecido, el cielo está estrellado. Saca la caja y la manta con los libros. Nos sentamos. Suena la melodía de la vida y de mi vida, de los recuerdos que el tiempo traerá y de los que se

llevará. Inundada de una energía que fluye de lo más profundo de mí danzo alrededor de la hoguera, mi cuerpo es agua del océano y mis movimientos las mareas.

Ninguno queremos que esta noche acabe, la voz de Briseida suena dulce entre las notas, leyendo las líneas de una historia que cuenta un libro abierto entre sus manos. Los ojos de Darío brillan como si fueran de otro mundo viéndome bailar. Esa noche se convierte en el recuerdo de mi niñez junto a Darío. Una niñez que nos prometemos eterna.

La mañana nos sorprendió junto a las ascuas de la hoguera. Jonás observaba las escasas barcas que cada mañana se hacían a la mar. Mecidas entre las olas sus ocupantes se afanaban estérilmente por pescar en un mar agotado de frutos. Eran tiempos de hambruna y de escasez.

Cuando doña Gregoria oía las quejas de los vecinos por los tiempos que corrían, decía como si hablara para sí misma y sin dirigirse a nadie, los tiempos siempre han sido duros lo que cambian son las personas y su modo de enfrentarlos. Si andaba cerca me miraba y me decía dirigiéndose a ellos, el día que tengas miedo dejaras de ver el mundo como lo ves. Crece, pero no te hagas mayor.

Es una noche cálida y tranquila. Duermo sobre mi cama con la ventana abierta. Noto un frío que me estremece el cuerpo, al abrir los ojos ellos están en mi habitación. Me miran en silencio. Pálidos y espectrales esperan a que me levante y los acompañe. Corremos por las calles, se dirigen a las afueras, a la playa. Se paran frente al viejo templo del mar. Entran conmigo. Toco el hombro de Darío para que me vea primero y no se asuste. La piel se le eriza cuando le susurro al oído, despierta Darío. Abre despacio los ojos y sonrío al verme, busca el calor de su cuerpo frotándose los brazos. Ve a los niños espectro detrás de mí. Le acaricio tranquilizándolo. Le doy la mano para que se levante. No habla. Cree que sueña junto a mí.

Corremos por la playa siguiendo a los niños hasta las rocas donde rompen las olas, allí se detienen. Uno de ellos desciende por ellas y se adentra caminando sobre las aguas, bajo sus pies una luminiscencia azul ilumina los párrafos de una historia que nos cuenta el mar.

Adiós, Ernest, adiós

La luz roja del sol moribundo cae densamente en una cortina de polvo en suspensión, difuminando los contornos del paisaje de un pequeño trozo de luna que flota en el océano.

Cráteres cenicientos la coronan a lo largo dando amparo a sotavento. A barlovento coladas de lava se extienden formando el malpaís que perfila una costa abrupta de arrecifes acuchillados que baña el mar en crespones de espuma, los hervideros se interrumpen para dar paso a pequeñas playas de arena negra.

Los volcanes muestran las vetas de minerales ácidos que hieren los cráteres, colores rojizos y ocres se entremezclan arrastrados por los vientos dominantes del océano. Las primeras y ancestrales formas de vida vegetal se abren paso sobre la inhóspita y árida tierra.

A sotavento la isla se suaviza, laderas de rofe negro y rojo dan paso a tierras tostadas y secas, cubiertas de pequeños matorrales y plantas silvestres que mordisquean las cabras que campan a sus anchas por aquellos parajes de soledad.

El pueblo es un reflejo de llamas rojas en sus fachadas que miran hacia la playa blanca, donde siluetas polvorientas aureoladas por la luz del ocaso se afanan en varar sus barcas cargadas, arrastrándolas fuera del alcance de la marea.

Una vela rasga la fina cortina de luz rojiza. Los pescadores abandonan sus quehaceres y la observan, están todos allí. La quilla vara contra el fondo arenoso de la playa, un viejo pescador con movimientos cansados salta al agua. Varios hombres acuden a ayudarlo. Arrastran la barca fuera del mar.

El viejo es alto, tiene el cabello escaso y gris, una barba cana le cubre el rostro ulcerado y quemado por el sol y el mar, sus ojos tristes brillan con un destello de esperanza y de locura. Se ven restos en su cuerpo de una antigua fuerza y corpulencia venida a menos por el esfuerzo y la lucha; por el hambre y la sed. Sus manos sangran llenas de cortes sin cicatrizar, abiertos una y otra vez. Se apoya sobre la amura de proa inclinado hacia delante; absorbo, respira pesadamente tratando de recuperar el aliento y con él reunir sus últimas fuerzas.

No escucha los comentarios de admiración de los pescadores que contemplan reunidos a su alrededor el extraordinario pez que lleva amarrado a lo largo de la borda. Un magnifico ejemplar que a primera vista calculan que habrían hecho falta tres de ellos para luchar contra él relevándose hasta acabar con sus fuerzas. ¿Qué hay del triunfo y del orgullo? En el viejo no se percibe ninguno de ellos... solo un gran vacío. El pez aún da unos débiles coletazos contra la popa "Suéltame ¿No ves que aún puedes redimirte?" El viejo lo mira, se apoya contra la borda y suelta los cabos, el pez cae pesadamente contra la arena entre sus últimas convulsiones.

Lo agarra por la cola, tira de él hacia el mar, apenas puede moverlo. Hace otro intento vaciándose en él y consigue arrastrarlo. Los pescadores hacen amago de ayudarlo, los mira: es algo que tiene que hacer solo. Las olas lamen sus pies, queda un último esfuerzo. El pez flota inerte, el viejo lo sujeta por la aleta dorsal, le acaricia el costado para reanimar su respiración. Poco a poco se recupera, cada vez agita la cola con más fuerza hasta que se escapa de entre las manos hacia las profundidades del océano. Los pescadores se acercan, le pasan el brazo por los hombros para que se apoye en ellos y caminan lentamente hasta el pueblo. Ya oscurece.

Lo alojan en una casa vacía que hay frente al aljibe de la plaza; es una casa pequeña de un solo cuarto encalado de blanco, con aroma a madera de un viejo escritorio vacío, una silla y debajo de una ventana un desvencijado mueble de celosía guarda en su interior una destiladera polvorienta, que alberga como los huesos de un esqueleto las ramas secas y amarillas de un helecho.

Lo recuestan sobre una cama que apenas es tan ancha como él y que compone el total del mobiliario. Dejan sobre el escritorio un hatillo con las escasas pertenencias que han recogido de la barca. Estará bien aquí, le dicen. Una vecina entra con un cuenco de caldo caliente a la luz tenue y humeante de una lamparilla que ilumina débilmente el cuarto, ayuda al viejo a beber para que no lo derrame. Cada sorbo reconfortante que vierte en su interior; cada roce cálido de la mano de la mujer sobre su piel lo sumen en una sensación de irrealidad; tiembla al igual que su mente

confusa.

El viejo se deja llevar por la ensoñación, la amabilidad y la bondad de esa gente. Cierra los ojos, oye los susurros que se retiran lejanos en el tiempo y siente el tiempo alejarse para siempre llevándose con él el dolor de sus heridas y el amargo sabor de la soledad.

La maresia cargada de humedad y aroma a mar penetra por la ventana arrastrada por la brisa fría de la madrugada acariciando al viejo, mezclándose con sus sueños, se sobresalta y sin llegar a despertarse el tacto de su mano sobre la áspera manta con la que lo han cubierto le devuelve la tranquilidad.

La mujer entra en el cuarto, entorna la puerta para que la luz no lo despierte, deposita sobre el escritorio un cuenco con comida caliente que va retirando una y otra vez frío y sin probar; vierte el agua de un pozal en la destiladera y la piedra seca se estremece cuando la empapa el agua, también rellena una jarra que hay en el suelo junto al cabecero de la cama, de la que el viejo bebe sin beber entre sueños y delirios; flota la jarra en el mar entre reflejos dorados, el viejo estira el brazo desde su barca; flota la barca en la inmensidad del cielo azul cuando el viejo coge el mar entre sus manos y sacia su sed.

La mujer entra y sale una vez... y una vez... y una vez... únicamente una vez, la que el viejo ve cuando abre los ojos; ella lo mira y sonríe a la vez que deposita un cuenco de comida humeante sobre el escritorio, el viejo mueve levemente la cabeza con infinita gratitud. El olor del guiso llena el cuarto, el estómago se le retuerce de hambre.

Se incorpora, su visión es nebulosa, la sensación en sus extremidades es de debilidad, pero le responden, no se desploman cuando apoya su peso, no nota el dolor de las heridas en las palmas de sus manos. La habitación se mueve mecida por las olas. Se arrastra sentado hasta los pies de la cama, desde ahí se estira hasta alcanzar la silla, se apoya en ella y se pone de pie, todavía no se siente seguro, arrastra la silla unos pasos hasta sentarse frente al escritorio.

La mujer vuelve a entrar con un pozal lleno de agua del aljibe, lo vuelca en la pila de la destiladera y guarda un poco para rellenar la jarra que hay en el suelo junto a la cabecera de la cama. Al terminar aprieta suavemente el hombro del viejo que está incorporado sobre el cuenco de comida, este con un movimiento lento le acaricia la mano, la mujer sale dejando la puerta abierta para que entre la luz del sol y la brisa del

mediodía.

La destiladera empapada comienza a gotear... Cloc... cloc... cloc... golpean las gotas en el fondo del bernegal, el viejo que come despacio saboreando y disfrutando del guiso a pesar del hambre, las oye, no hay otro sonido en el mundo, solo los pulsos de las gotas, reloj que marca el paso del tiempo inexorable hacia la muerte. Se sobresalta con ese pensamiento, nota una punzada en el estómago que se lo revuelve subiéndole la malagana hasta la garganta, le tiemblan las manos y suelta el cuenco, la ansiedad atenaza su pecho, el aire no le llena los pulmones, la visión se le nubla, apoya las palmas de las manos en el escritorio para sujetarse; lucha contra sí mismo por controlarse... ¡No! ¡Aquí no! ¡No en este lugar!... las palabras estallan en su mente con la certeza absoluta que alimenta la razón, la calma le llega en una corriente suave y embriagadora desde cada átomo de su cuerpo.

Se gira desde la silla, contempla la destiladera, su gotear incesante, reflexiona; en este mundo yo soy el tiempo. El viejo observa. La gota filtrada se descuelga de la rugosa piedra y queda suspendida en el vacío; el espacio se expande alrededor de ella aumentando el tiempo y la distancia; la piedra donde nació queda muy lejos y su destino la vasija de barro apenas es un punto lejano en la inmensidad; la gota sigue cayendo, pero ya no se percibe el movimiento porque está más allá del tiempo.

Se vuelve a girar sobre el escritorio y rebaña el cuenco, se siente bien. Respira el aire cálido que entra a través del umbral de la puerta abierta; respira la luz mágica de la isla que irradian las blancas fachadas; respira la arena tostada de sus calles y parajes; respira la bondad de su gente; respira el cielo azul y diáfano que la cubre; respira las aguas claras y profundas que la bañan.

Se levanta despacio, se tumba sobre el camastro, cierra los ojos y escucha mientras cae en un leve sopor los murmullos de las mujeres hablando en la plaza, los pasos sobre la arena ágiles o pesados de jóvenes o de viejos, el balido de alguna cabra que deambula sin dirección; todo se mezcla en la intemporalidad absurda de los sueños, en el interior de la gota de agua suspendida en el vacío, lejos, muy lejos, duerme.

Se despierta sorprendido por lo pronto que se ha restablecido, sale al exterior, siente el calor de la arena bajo sus pies descalzos, la luz anaranjada del sol de media tarde que baña la isla hace que se pregunte si sigue soñando, si la materia es materia o solo ilusión. Qué lugar este... piensa el viejo, qué lugar éste... Tras un rato vuelve a entrar en el interior de la casa, deshace el hatillo que yace sobre el escritorio, hay una camisa

y un pantalón perfectamente plegados y limpios, sonríe, de debajo saca una caja de madera embreada para evitar que le entre agua cuando navega en mar abierto. En su interior hay un cuaderno con las tapas de cuero, una pluma, un trozo de madera con un sedal enrollado en él y un anzuelo, son todas sus pertenencias.

Saca el cuaderno y la pluma, abanica las hojas con el pulgar, aspira el olor del papel viejo, el cuaderno está en blanco porque sus historias están grabadas. Sale a la plaza, se sienta en el aljibe bajo la sombra estirada de una palmera en una atmosfera cálida. Los vecinos le saludan alegremente como a uno más, como a uno de toda la vida. El viejo abre el cuaderno y se dispone a escribir, respetan su silencio y lo dejan marchar.

Apoya el dorso de la mano con la pluma atrapada entre los dedos sobre la hoja de papel, con la punta seca de tinta traza surcos formando letras que curvan y retuercen el blanco vacío dándole sentido. En un estado de profunda concentración atrapado entre visiones de las que sabe que no puede escapar y atado a la pluma para no perderse se adentra en la dimensión etérea de la imaginación, de formas inconexas, de sensaciones abstractas que poco a poco va llenando de sí mismo, lo intangible toma forma y cobra sentido a través de la pluma sobre la hoja; fusionando ambos mundos en un acto creativo, fijando la imaginación en la realidad. El viejo levanta la cabeza, mira a su alrededor buscando referencias para saber en cuál de los dos mundos se encuentra. Suspira satisfecho pues ha vuelto una vez más.

Se ha formado un corrillo de personas junto al aljibe que charlan animadamente como cada tarde cuando el sol pierde su ardor y lo puedes mirar sin deslumbrarte, rojo, bañándose en el mar. Al ver que ha cerrado el cuaderno y que ha regresado, se reúnen en torno a él. Siguen con la alegre chachara; unos se unen, otros se van para regresar después, se sientan los que están cansados, se cansan los que están sentados y alternan sus sitios. El viejo charla y sonríe, observa a los hombres y a las mujeres; las expresiones de sus rostros al hablar, los gestos acompañando lo dicho para darle fuerza y veracidad; tan distintos y tan iguales; cada uno un amigo y un desconocido a la vez; universos únicos e insondables de luz y oscuridad.

Agradecido por la calidez y la compañía sus pupilas se van dilatando a medida que la luz desaparece, y suavemente como una ilusión también van desapareciendo los rostros, nada queda de ellos pasado un rato ¿Quién podría decir que han estado allí? ni siquiera la ligera brisa que borra sus huellas en la arena, porque esa brisa arrastra el pasado y trae el futuro en el murmullo de los pescadores que se acercan por las callejuelas después de faenar, cargados de aparejos, pisando la tierra bajo sus pies que una vez más a devuelto el mar. Se alegran cuando ven al viejo sentado sobre el aljibe muy recuperado. Lo saludan con palmadas afectuosas, le cuentan cómo ha ido el día de faena, sin darse cuenta los

hombres se pierden en los recuerdos contando viejas anécdotas de marineros bajo la pálida claridad de la luna serena y distante. Se hace tarde, se retiran cansados y hambrientos hacia sus hogares llevándose con ellos al viejo, dejando el eco de sus voces recorriendo las vacías y oscuras calles en el mismo murmullo que en un ahora trajo la brisa y que en un ahora se lleva.

Por la mañana madruga, ha tenido sueños hermosos que le hacen sentirse bien. Se asoma a la plaza apoyado en el marco de la puerta, recreándose en el recuerdo de esos sueños advierte con gran sorpresa que solo el aljibe, las dos palmeras y la casa que habita permanecen en el mismo lugar, el pueblo ha cambiado.

El sol naciente se refleja tímidamente en algunas fachadas bajo un inmenso cielo azul limpio y profundo, unas mujeres jóvenes y bonitas sacan agua del aljibe. La luz de un nuevo despertar lo asombra, porque allí donde sus ojos se posan la naturaleza es bella y le habla ¿Qué intentas entender viejo? no importa cómo has llegado a este lugar ni cómo te irás, lo único que importa es que estás. Entra dentro de la casa, se pone la camisa, coge su caja embreada y se aventura por las calles arenosas en un laberinto de paredes blancas.

Los primeros sonidos de la vida despiertan poco a poco en cada hogar. En su paseo no le faltan invitaciones para desayunar a pesar de la escasez, que acepta gustosamente descubriendo las casas y a sus gentes; las mujeres en sus quehaceres todavía sacan tiempo para prepararle alegremente un generoso tazón de leche fresca de cabra con unas cucharadas de gofio.

Abandona el pueblo, aparece en la playa frente a un viejo almacén que deja a su espalda encaminándose sobre la fría arena que entierra sus pies a cada paso hacia las negras rocas que se perfilan bañadas por la blanca espuma del mar. En el horizonte pequeños puntos se mueven entre las aguas en dirección opuesta, se gira y divisa las pequeñas barcas, ve la suya en la lejanía varada en la arena, suspira y vuelve a caminar sin mirar atrás.

En las rocas sobre las que en otro presente nos encontramos nosotros frente a él, se acomoda buscando un buen lugar. Bajo la luz de la mañana le observamos desde la oscura noche. Desenrolla el sedal, lo lanza al mar

sin cebar pues no tiene intención de pescar. Se ata el otro extremo a la muñeca, de la caja de madera embreada saca la pluma y el cuaderno, se dispone a escribir sintiendo la vibración del mar a través del sedal como un cordón umbilical que lo une y lo nutre. Escribe y la naturaleza se expresa a través de él porque lo necesita para comprenderse a sí misma.

Cuando vuelve, a lo lejos, una silueta le hace señas con el brazo. Se levanta pausadamente, recoge el cuaderno y la pluma dentro de la caja, enrolla el sedal clavando el anzuelo en el taco de madera. Las olas rompen contra las rocas rociándolo con pequeñas gotas de agua que arrastra la brisa.

Un hombre muy anciano está sentado junto a la puerta, lo saluda. Una mujer lo invita a entrar desde el interior. Le dice que no es bueno estar tanto tiempo sin comer, el viejo se sienta frente a una mesa, ella le pone un cuenco de caldo espeso y humeante con unos trocitos de pescado flotando en él. La voz del anciano se oye desde el exterior contestando al saludo del viejo. Da unos sorbos y mastica un trozo de pescado, el delicioso sabor arranca un sonido de admiración de sus labios que la mujer acepta gustosa.

Sabe de él y de su gran pez por medio de los pescadores. Hija y mujer de pescador siente gran curiosidad y le pregunta cómo logró capturarlo. Pienso que a quién pesqué fue a mí mismo, contesta el viejo. Se hace un largo silencio y vuelve a tomar unos sorbos. En la lucha contra los demás solo quedan vencidos, de eso estoy seguro, se oye decir al anciano desde afuera. En la lucha contra uno mismo aún cabe la posibilidad de la victoria. El viejo tiene los codos apoyados sobre la mesa, sujeta con las manos el cuenco cerca de sus labios mientras asiente con gesto grave y profundo inhalando el aroma del caldo. Al acabar se despide de la mujer agradeciéndole el delicioso manjar. Al salir toca el hombro del anciano y se despide de él. Adiós, contesta el anciano cuando el viejo ha desaparecido por las calles.

Al mediodía y con las últimas luces del atardecer el pueblo se embriaga de olores mezclados de pucheros y sartenes. Le gusta en esos momentos si está por la plaza sentarse sobre el aljibe a respirar los aromas del esfuerzo de las gentes que trabajan para arrancar de la tierra y el del mar sus frutos; de las mujeres que se afanan en la cocina por variar el sabor de la monotonía: papas, cebollas, pescado y gofio. Puede faltar alguno de ellos por la escasez de lluvias en alguna fuerte sequía o por largos periodos de mala mar que impiden salir a faenar, pero en cuanto a variedad no hay más. No le falta una invitación para comer en una casa o cenar en otra confraternizando con los vecinos en largas conversaciones

de sobremesa.

De vuelta por las oscuras calles se levanta un viento que le eriza la piel, silba entre los recovecos de las casas barriendo los parajes solitarios hasta perderse en la superficie desértica del océano. Entrada la madrugada el viento brama en una locura desatada que golpea todo cuanto hay a su paso, amenaza con tirar abajo la puerta, no puede dormir más que a cabezadas hasta que la isla amanece cubierta por un espeso mar de nubes oscuras y plomizas que se suceden a gran velocidad empujadas por el temporal.

El mar ruge y se levanta en enormes olas que se estrellan contra las rocas en gigantescas crestas de espuma que el viento difumina y arrastra humedeciendo todos los rincones de la isla. El pueblo parece abandonado, grandes turbonadas de polvo y arena recorren las calles desoladas, ni siquiera las cabras se aventuran a deambular por ahí.

El viejo saca la cabeza por la abertura de la puerta que sujeta con fuerza apoyando el cuerpo, cuando cierra su escaso pelo está alborotado, los ojos llorosos enrojecidos por el viento y la arena que lo llena todo, colándose a través de las ranuras y de las grietas en todos los hogares y lugares de la isla; la luz es triste, apagada. Pasa el día sentado sobre el camastro con las piernas estiradas escribiendo, de vez en cuando toma un poco de pescado seco.

Así se suceden los días bajo el implacable temporal que lejos de remitir aumenta su intensidad. Los alimentos comienzan a escasear, las mujeres gestionan las reservas, los hombres se desesperan alejados del mar sintiéndose inútiles.

La tenue llama de la lamparilla cimbrea formando sombras en la habitación, en el exterior los nubarrones se pierden en la noche, el viento aúlla golpeando las contraventanas y la puerta. A los pies de su cama, los niños espectro, Darío y yo lo observamos. El viejo se despierta sobresaltado. El viento por primera vez en mucho tiempo amaina, son calmas peligrosas que los pescadores conocen bien. En otra situación no se harían a la mar, pero la escasez y el temor a la hambruna les obliga a arriesgar sus vidas.

Se oyen pasos y voces sobre la arena que pronto se pierden en la lejanía camino de la vida de cada uno; camino de la vida del mar. El temporal se puede desatar con mayor violencia en cualquier momento, los pescadores se apresuran con un ojo puesto en el cielo y el otro en las aguas. Se alejan de la costa lo menos que pueden que es mucho más de lo que ellos

quisieran. Van todos juntos con las barcas amarradas por cabos para que ninguna quede a la deriva en caso de que se vuelva a levantar la tempestad.

Pescan hombro con hombro, se percibe la tensión que cada uno ve reflejada en los ojos del otro, pues no pueden más que esperar cuidándose del peligro que acecha en el mar. Con cada pequeña ráfaga de viento que se levanta sus nervios se tensan y la boca del estómago se les cierra. Tiran de las redes vacías y las vuelven a lanzar. Tiene que ser esta vez, esta vez será, suplican a su suerte, se convencen a sí mismos, siempre sin perder la esperanza que les aguarda sobre la arena de la playa en las mujeres y los ancianos que se han reunido sujetando las barcas con la mirada y tirando de ellas con el alma.

El viento comienza a rachear de forma inconstante, el viejo sabe que si no se apresuran no volverán. Coge su cuaderno, se precipita rápido por las calles, el vendaval estalla, agacha la cabeza para proteger sus ojos e inclina su cuerpo hacia delante para hacer fuerza al caminar. El viento parece querer desmembrarlo, aguanta todos sus embates y no deja de caminar hasta llegar a las rocas.

El mar se levanta de repente y zarandea las barcas como si fueran hojas en el aire, los pescadores caen entre las bancadas agarrándose fuertemente donde pueden. Unos se alzan sobre las crestas de las olas, otros desaparecen entre valles de masas oscuras de agua. Aun así, reman desesperadamente empujados por el miedo a morir; reman porque mientras luchan se tienen los unos a los otros y en la orilla los suyos no se rinden, se cogen las manos con fuerza y cuando las fuerzas fallan se apoyan unos en otros y soportan el terror y la incertidumbre. Juntos no pierden la esperanza.

La violencia de las olas rompiendo contra las rocas tiran al viejo una y otra vez, lo arrastran desollándole los codos y las rodillas, se levanta y camina, agarrándose con una mano ensangrentada en los afilados salientes rocosos y con la otra elevando el cuaderno por encima del agua. El dolor y el agotamiento no lo detienen, lucha cada palmo que avanza. Encuentra una oquedad entre las rocas que le permite resguardarse. Ahí, frente a la tempestad, frente a un mar que amenaza con tragárselo se siente al borde del abismo; exhausto, abre su cuaderno protegiendo con su cuerpo las hojas del viento, y a aquel que muestra su grandeza con violencia le entrega con humildad lo mejor de sí mismo.

Entre resuellos de fatiga arranca la primera hoja en blanco con las letras grabadas en surcos que el mar llena como la tinta al depositarla sobre su

superficie, así va arrancando una a una las hojas contándole su historia al mar. Este se calma sin hacerle caso al viento. Cuenta a todos mi tormento, viejo, el ser humano es ciego y camina dándome la espalda, grito para que me escuche, a pesar de su fragilidad me ignora y mi frustración acaba en locura de la que luego me arrepiento.

Los pescadores claman al cielo cuando el mar abre su puerta permitiéndoles bogar hacia la orilla, viendo a los suyos cada vez más cerca. Saltan al agua arrastrando las barcas, ayudados por sus gentes que corren a reunirse junto a ellos. Se sueltan los nervios, corren lágrimas, están sanos y salvos. No saben que ha pasado, no lo pueden explicar, unos miran al cielo agradecidos, otros ven la figura del viejo recortada en el horizonte contra los negros nubarrones; camina lenta y pesadamente sumido en sus pensamientos; extenuado por el esfuerzo, empapado por el mar; de sus dedos ensangrentados cuelga el cuaderno y de este, jirones de su alma.

Duerme cuando una voz lo despierta en la madrugada, es hora de marchar, le susurra al oído. Suelta el hatillo en el interior de su barca, la empuja, rema para vencer la fuerza de la rompiente, y cuando se aleja coloca el palo y caza el viento que lo arrastra hacia los confines del océano, envuelto en una tempestad que nada puede con un hombre que navega en paz. Lo vemos desaparecer desde las rocas, entre las brumas de nuestro mundo.

Jonás y la ballena

El equilibrio del ser humano con la naturaleza siempre ha sido frágil y pronto lo olvida. Acepta cuando es castigado, pero cuando vuelve a ser compensado no toma de ella solo lo que necesita. De ese desequilibrio era

muy consciente Jonás, a veces se mostraba preocupado, entonces nos miraba intentando retenernos junto a él. Fuese lo que fuese lo que presentía, le asustaba a la vez que lo esperaba para enfrentarse a ello, cada vez de una forma mucho más intensa de lo que lo percibí la primera vez, quizá arrastrado por el amor que sentía por nosotros. En aquellos momentos oscuros buscaba refugio en mi viejita. Sentía el peso del mundo sobre sus hombros. No de todo el mundo sino del nuestro. Como si el destino de nuestras vidas en la isla estuviera en sus manos. Doña Gregoria lo alentaba, conocedora tal vez de lo que ocurriría.

En aquella tarde tan hermosa y suavemente cálida, sin brisa, en la que la gente estaba radiante y había un extraño halo pacífico que envolvía la isla, nada hacía presagiar lo que iba a deparar la noche.

Jonás estaba exultante junto a Briseida, regresaban al viejo almacén después de haber paseado por la isla, deambulando por las calles del pueblo durante horas charlando con unos y con otros. Se les veía felices. Briseida llevaba un poco de leche y un trozo de queso de cabra que algún vecino había compartido con ellos. Al anochecer Jonás encendió la hoguera y tocó el violín, yo dancé deleitando a Briseida y a Darío que me observaban hechizados a la luz de las llamas. Después de bailar volví a mi casa. Me despedí de ellos, abracé fuerte a Jonás, como abraza un niño feliz y agradecido por aquellas noches llenas de magia. Ellos también se levantaron. Jonás echó arena y apagó la hoguera perdiéndose sus siluetas en el interior del viejo almacén.

Estoy dormida en mi cama, el abrazo gélido de un niño espectro me despierta. Sale por la ventana de mi habitación, lo sigo hasta la playa. Cruza el umbral del viejo templo. Se acerca a Jonás y lo despierta.

Abre los ojos, está acostado sobre el lecho de redes junto a Briseida y Darío, no nos ve, aunque permanecemos allí. Está agitado, sudoroso. Se levanta y sale al exterior. Es la segunda vez que vive la misma experiencia. La luna llena ilumina el mar y cerca de la costa emerge el contorneado lomo de una ballena. Jonás está perdido en sus pensamientos, no se percata de su presencia hasta que sopla bajo el cielo nocturno. La ve. Corre desesperado, no sabe si alguien más la ha podido oír en el pueblo.

El mar está en calma, rema rápido hacia ella. El niño espectro me da la mano, juntos caminamos sobre las aguas siguiendo a Jonás que se apresura antes de que la ballena vuelva a soplar y despierte a los demás. De vez en cuando se gira y mira hacia la playa, no ve a nadie, eso lo tranquiliza un poco. La mitad del cuerpo ha emergido, no puede dejar de

maravillarse ante las dimensiones del extraordinario ser que tiene delante. Su ojo acuoso y humano; grande, profundo y triste lo contempla. Percibe conciencia en él, le suplica que se marche, le dice que si la descubren la matarán cegados por la necesidad.

El niño espectro acerca sus labios al oído de Jonás, el aliento frío de la muerte vibra en su tímpano. Si tan importante es para ti que se marche y que la riqueza que arrastra llene estas aguas, ocupa su lugar ¿Lo harías por ellos Jonás?

Está de pie sobre la barca, cae de rodillas llevándose la mano al pecho porque una punzada de dolor lo atraviesa. Con la otra mano se sujeta fuertemente a la borda, cierra los ojos apretándolos para no dejar escapar las lágrimas. Los abre, mira a las oscuras aguas, siente tanto miedo que su estómago se revuelve y vomita; se encuentra débil y enfermo, tiembla envuelto en un sudor que rezuma pánico. Ese momento que tanto ha buscado y del que tanto ha huido ha llegado.

Se deja caer al mar sin pensar, se hunde, cada vez más profundo. El pecho le arde y los pulmones se contraen desesperados por una bocanada de aire, hasta que ya no lo puede soportar e instintivamente abre la boca para respirar. Su cuerpo queda atrás, lo ve, vacío. Sigue siendo consciente más allá de los límites de la realidad. Él es. Y se proyecta a través del ojo de la ballena, destellos de luz iluminan su mente permitiéndole ver como en un día claro las profundidades oscuras del océano en las que desaparece.

Me levanté sobresaltada de la cama. Ves tranquila mi niña, ya todo pasó, me dijo mi viejita cuando me crucé con ella en la sala de la casa. Corrí tan rápido como pude hacia el viejo templo. La playa estaba llena de gente, en la orilla estaba la barca vacía que algunos hombres habían recuperado después de buscar durante horas a Jonás. Darío estaba junto a Briseida quien como una bella escultura de mármol permanecía quieta con la mirada perdida en el horizonte, sin moverse y sin hablar.

Las nubes cubrían el sol de la mañana y soplaban el viento. Llegué hasta Darío, le cogí la mano, él me la apretó fuerte y con los ojos llenos de lágrimas me miró, pero no me pudo hablar. No sabía cómo explicarle que él era Jonás. El chico que encontraba cuando viajaba a través del tiempo.

El día pasó en un ir y venir constante de los vecinos. Se rumorearon en corros apartados cientos de historias de lo que le había ocurrido a Jonás; nadie vio nada. Briseida permanecía inmóvil mirando al mar. Se encendieron hogueras para velarlo en la noche. Dormimos sobre la arena

de la playa. Al amanecer algunos hombres se hicieron a la mar en busca del cuerpo de Jonás. Lo que encontraron fueron grandes bancos de peces. Volvieron rápido con la buena noticia. Dijeron que había sido él el que había sembrado las aguas.

Briseida era una figura con la mirada perdida entre el cielo y el océano. Las mujeres habían dejado flores y comida a sus pies. Darío apartaba con un trapo húmedo la arena de su cuerpo y de sus ropas; la sal se le incrustaba en la piel como pequeños diamantes de cristal que brillaban con la luz del sol. ¿Qué clase de amor sentía Briseida que la había anulado como persona encerrándose en sí misma? Se había negado a la vida que la rodeaba y a todas las personas que la querían. Ni Darío que dormía a sus pies la pudo sacar de su encierro. Ni siquiera se dio cuenta de quién era Darío.

Dejé de ir al viejo templo porque me daba miedo. La había querido y la había admirado, pero no quería ser como ella. Darío sufrió mucho aquellos días: la pérdida de Jonás, el estado de Briseida y mi distanciamiento. Lo aceptó todo en silencio. Venía a visitarme a mediodía, comía con nosotras y al oscurecer se marchaba.

Una mañana Darío pasó frente a mi ventana, me levanté y salí a su encuentro. Lo acompañé ante su sorpresa al aljibe, fui con él hasta el viejo templo del mar, sus ojos se llenaron de alegría, juntos limpiamos el cuerpo de Briseida que poco a poco se convertía en una figura de arena y sal. Yo no era como ella.

Los años pasaron y crecimos a los ojos de los demás, no a los nuestros. Nos habíamos prometido ser siempre niños el uno para el otro. Darío se hacía a la mar cada mañana antes del amanecer, yo solía acompañarlo siempre que podía. Pasábamos largas y duras jornadas pescando bajo el sol, contentos de estar juntos. La figura de Briseida llevaba siglos en la orilla brillando como un faro, reflejando la luz del sol en los miles de minúsculos cristales de sal que la cubrían. A sus pies siempre había ofrendas que las olas arrastraban mar adentro.

Por las noches Darío encendía una hoguera y tocaba el violín mientras yo bailaba alrededor de las llamas. Cuando nos cansábamos nos tumbábamos juntos a la luz y el calor del fuego, releíamos aquellos viejos libros una y otra vez recitándolos casi de memoria, interpretándolos como

si de vidas vividas por nosotros se tratasen.

En más de una ocasión también le dimos la espalda al mar y nos perdimos durante días en los grandes campos de lava que cubrían las llanuras desérticas de la isla. Penetramos en pequeños conos volcánicos caminando por sus cráteres extinguidos, de colores extraordinarios pintados por el silencio y la soledad; de formas esculpidas por la fuerza de la naturaleza y erosionadas por el incesante viento que siempre soplaba en aquellas alturas.

Sentíamos el calor manar de la tierra cuando nos tumbábamos sobre ella, la energía de una naturaleza viva vibraba bajo nuestros cuerpos y se percibía a nuestro alrededor. Desde la cima de los cráteres se podía contemplar el espacio abierto en todas las direcciones del bello y árido paisaje de tierra cenicienta rodeada por las azules aguas del océano. En aquel mundo deshabitado y solitario barrido por el viento se dibujaban en la lejanía las blancas fachadas de las casas del pueblo en nuestro camino de vuelta. Construcciones que la naturaleza no podía crear y que emergían como un milagro entre las tierras quemadas por el sol y la lava. Apresurábamos el paso hacia aquel reducto de vida en mitad de la nada, en busca del contacto de los nuestros, porque nos necesitábamos para tejer el argumento de nuestras vidas. Entrar en las primeras calles era cruzar el umbral a lo conocido, al pequeño mundo creado por nosotros; al hogar.

A última hora los pescadores que iban llegando varaban sus barcas en la playa y se acercaban al fuego junto a nosotros. Otros marchaban para sus casas y corrían la voz volviendo al rato acompañados de más vecinos. Asamos pescado para todos. La figura de Briseida se vislumbraba entre el movimiento de las parejas; espectral desde la orilla reflejando la luz de la Luna que bañaba su cuerpo.

Perdimos la noción del tiempo, hasta que un sonido rompió la noche. Una columna de aire y de agua se difuminaba en el aire. Emergía frente a nosotros una colosal silueta. Se hizo un repentino silencio, la gente quedó inmóvil, algunos hombres reaccionaron rápidamente y corrieron entre ellos órdenes de ir a buscar arpones y de dirigirse hacia las barcas.

Al ponerse en movimiento grito desesperada, ¡Es Jonás! Se les hiela la sangre. Ninguno se mueve. El ojo de la ballena crece, oscuro y profundo,

fagocitando su propio cuerpo hasta que queda un agujero negro flotando sobre las aguas. Las olas lamen dulcemente los pies de Briseida. La eternidad la va deshaciendo lentamente en el mar. El agujero absorbe las partículas que componen su cuerpo liberando la energía de sus átomos.

En el centro de la singularidad cada instante de sus vidas transcurre en un continuo abierto a infinitas posibilidades, ilimitando la existencia; revelando millones de vidas en una sola. Nada se pierde, nada deja de existir. En otra dimensión Jonás y Briseida navegan junto a Mumbusu a bordo de El Navegante.

Sobre la arena quedan las huellas de un amor que el mar no puede borrar. Encendemos hogueras en la playa y permanecemos en ella hasta el amanecer junto a Darío. Depositamos presentes sobre las huellas de Briseida que las olas arrastran mar adentro, quien sabe si hasta las aguas donde navegan ahora. Darío se siente liberado del dolor de ver a Briseida vacía como una figura de cristal con la mirada pérdida en el mar.

La eternidad

Seguimos siendo dos niños tratándonos con la misma inocencia que el primer día que nos vimos. Mantuvimos nuestra visión del mundo intacta. No perdimos la luminosidad que en otros acaba apagando la desilusión y que les muestra en el espejo el reflejo de un rostro que no reconocen como suyo, surcado de olas como el mar, porque su tiempo ha pasado sin darse cuenta.

Todavía puedo ver las nubes arrastradas por el viento, llevándose con ellas los días en sombras proyectadas que cubren la luz del sol y surcan la superficie del mar y de la isla sin detenerse; aun sin saber qué son los días y qué se va con ellos, porque si bien pasan también llegan y si se

llevan, traen. Uno siente que es y que siempre será.

Llueven gotas de agua de la tierra al cielo, se elevan flotando ingravidas. Las nubes crecen deshaciéndose en movimientos inversos. El viento sopla desde los cuerpos y desaparece en el vacío. Las olas nacen en la orilla y rompen mar adentro. El sol sale y se pone; la noche apenas es una sombra y el día un breve destello de luz.

Las familias llevan a sus ancianos a la orilla del mar. Darío viene a la casa y me ayuda a llevar a mi viejita doña Gregoria hasta la playa. La tumbamos en el nacimiento de las olas donde están todos los viejitos con sus seres queridos alrededor. Sus cuerpos yacen desnudos. El sol danza de forma diferente para cada uno; se pone por el naciente y sale por el poniente; perpetúa la noche o gira por la bóveda celeste en días interminables.

El agua baña a mi viejita, su rostro comienza a rejuvenecer, sus arrugas desaparecen lentamente, su cuerpo encogido se estira creciendo hacia la juventud, recuperando su belleza y vigor; desde ahí se vuelve a encoger camino de la infancia, de su ombligo crece un cordón umbilical que la une al mar, entonces la depositamos siendo un bebe dulcemente en la arena y la cubrimos con una manta.

Algunos sueltan a los bebes en el mar porque ese es el deseo de sus ancianos. Sobre la arena Gregoria crece bajo la luz y el calor de su propio sol, junto a nosotros que la cuidamos. El cordón umbilical que la une al mar va desapareciendo y cuando se convierte en una mujer joven y bella abre los ojos, la luz la deslumbra, ve la silueta velada de los que la amamos a su alrededor. Al reconocernos nos abraza con inmensa alegría, para nosotros no ha pasado el tiempo, pero para ellos han pasado vidas.

En el momento en que las olas vuelven a romper en la playa, la brisa cálida acaricia nuestros cuerpos y en el cielo se pintan los colores del atardecer, caminamos hacia nuestros hogares; algunos acompañados por los ahora jóvenes ancianos, otros solos, porque los suyos decidieron comenzar desde el principio una nueva existencia, en otro lugar del universo.

En la madrugada mientras duermo la joven Gregoria cruza el umbral de la puerta de mi habitación, besa dulcemente mi mejilla, oigo sus pasos desnudos alejarse. Abandona la casa dejando la puerta abierta tras de sí, la sigo por las calles del pueblo hacia la playa. Empuja una de las barcas varadas hasta que las olas bañan su blanco camisón, se sube a ella y se aleja en el mar bajo un cielo estrellado. Cuando de ella solo me queda el

recuerdo ya no tengo nada por lo que volver a la casa y dirijo mis pasos hacia mi nuevo hogar, junto a Darío, en el viejo templo del mar. Duerme profundamente con la puerta abierta de par en par sobre el lecho de redes, me tumbo a su lado con cuidado de no despertarlo, noto el calor reconfortante de su cuerpo, el aroma de la compañía y con el suave rumor de las olas me pierdo en mis sueños.

Homero no te oye

El mar está en calma mostrando una parte de sus aguas, el resto está cubierto por un banco de niebla que impide ver el horizonte. Algunas barcas faenan manteniéndose distantes. Darío pesca en una de ellas, rema de vez en cuando alejándose de los otros, le gusta estar acompañado únicamente por sus pensamientos. Deriva lentamente arrastrado por la corriente hacia la niebla, se deja llevar y cuando considera que está demasiado cerca corrige la deriva alejándose de nuevo, es un juego que tiene con el mar; la niebla tiene algo extraño que le fascina y cada vez cede un poco más acercándose a los brazos invisibles que lo rodean, entra y sale de su abrazo hasta que sin apenas percibirlo queda inmerso en ella.

Parece más bien una bruma seca. No hay movimiento en la superficie del océano, la barca parece varada, todo es quietud. Oye ecos lejanos de voces y crujidos que surgen de detrás de las paredes blancas, no vienen de una dirección sino de todas, cada vez se oyen más altos. Once proas de un mismo velero emergen rompiendo la niebla en un laberinto de espejos que se reflejan unos a otros. Son etéreas como la bruma, avanzan todas hacia el mismo punto, uniéndose en un solo cuerpo que adquiere la densidad y el volumen de la materia frente a Darío. Mira perplejo lo que está ocurriendo.

Es un velero tan antiguo como el mismísimo océano, con remos que se hunden sobre una cama de algas que se arrastra sujeta al viejo casco. En el único mástil que porta hay un hombre atado. La melena le cae sobre los

hombros, una barba larga y espesa le roza el pecho, su cuerpo es delgado a la vez que fuerte: forjado en el tiempo. Hay varios hombres más en la embarcación de aspecto parecido, aunque ninguno tiene el halo de grandeza del que está atado de forma voluntaria, porque todos le obedecen y le profesan admiración.

Darío se pone de pie, les grita, pero ni el mismo escucha su voz, agita los brazos, no parece que ellos le vean y rema hacia el navío sin avanzar.

No lo pueden ver desde su mundo cerrado, no tiene cabida allí porque son desconocedores de otros tiempos y dimensiones. Todos menos el que está atado se taponan los oídos cuando la bruma deja ver el contorno de la isla.

Darío es un viajero en el tiempo sentado sobre la bancada de su barca. Se pregunta al ver sus rostros inquietos y asustados que es lo que están esperando y de repente cada partícula de agua del océano vibra como una cuerda en una sinfonía de perfección. Oye el canto de las Nereidas. Se asoma por la borda, con la palma de la mano roza el agua, bajo la superficie lo contemplan mis ojos, soy una de ellas, extendiendo la palma de mi mano bajo la suya, él no me ve, pero me siente, sabe que soy yo, la niña que tanto ama y se lanza al agua sumergiéndose en las profundidades en mi busca, cada vez más y más lejos de la superficie.

Me despierto sobresaltada, sola sobre el lecho de redes del viejo almacén, salgo a la playa con un nudo en el corazón. El mar está cubierto por una densa bruma, corro con los ojos arrasados por las lágrimas hasta la orilla donde me sumerjo. Buceo en busca de Darío en la inmensidad del océano. Veo un cuerpo inerte flotando en el abismo. Lo abrazo. Sus ojos abiertos tienen la mirada perdida en las profundidades; buceo hacia la superficie tan rápida como puedo, no me rindo, aunque arrastro conmigo todo el peso del dolor de un amor que se muere entre mis brazos. En mi agónico ascenso trato de sujetar fuerte su alma junto a la mía sellando sus labios con los míos insuflándole el aire de mis pulmones, el aliento de la vida y del mar. Mis ojos se adentran buscando en la oscuridad de sus ojos vacíos un destello de vida.

¡Resiste! dice la voz que me despierta ¡Resiste!... Es ella, la niña de mis sueños.